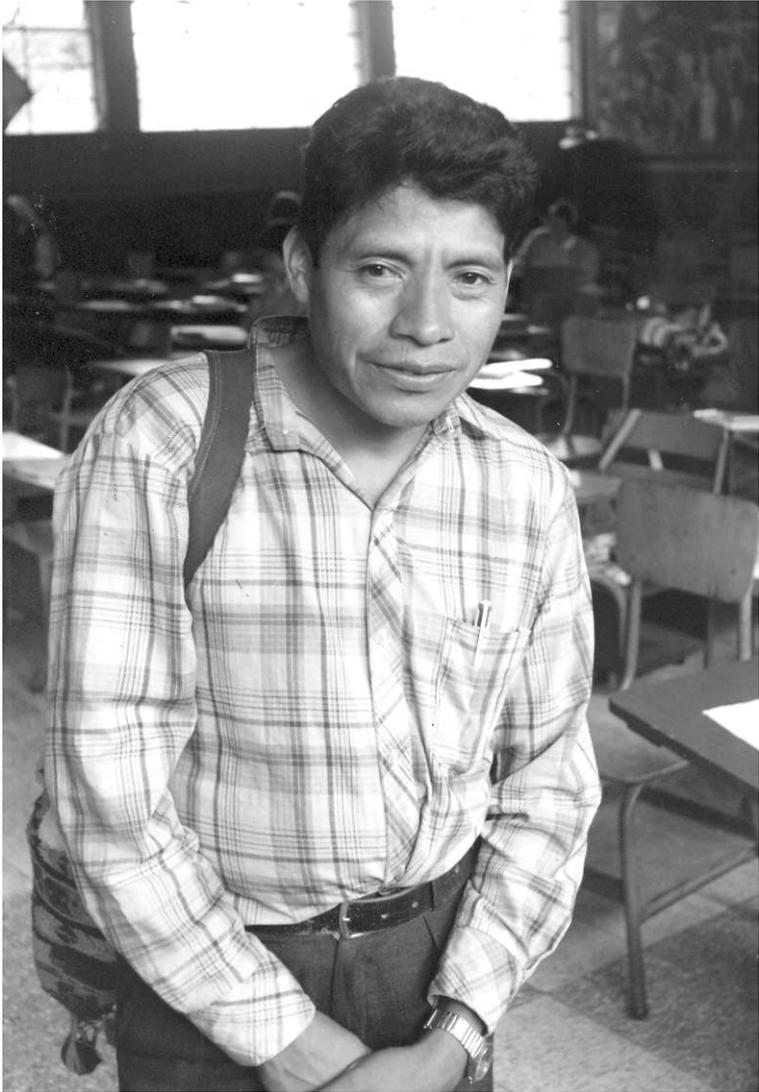


MARCELINO LÓPEZ BALAN



En Chichicastenango 1993

ITINERARIO DE VIDA

- Marcelino López nace el 26 de abril de 1952, en la aldea Chohatalún, San Martín Jilotepeque, Chimaltenango. Lengua materna el k'akchiquel.
- De niño nunca pudo frecuentar la escuela. Trabajó en las fincas de la Costa Sur.
- Desde adolescente fue Catequista, líder juvenil y cooperativista.
- En 1975 se integra a las Cooperativas de Ixcán, norte de Quiché. Vive primero en Tercer Pueblo, y posteriormente en Cuarto Pueblo.
- Continúa su labor de Catequista.
- Trabaja como comerciante y agricultor en su parcela.
- En las masacres que sufre Cuarto Pueblo en 1981, pierde a su padre y a su hermano.
- Forma parte de la población de las Comunidades de Población en Resistencia de Ixcán, donde trabaja como Catequista durante 12 años.
- Con la salida “al claro” de las CPR en 1994 decide regresar a Cuarto Pueblo y seguir su labor como agente de pastoral de la Iglesia, participando en las Asambleas y Reuniones de la Diócesis de Quiché.
- Ha sido uno de los coordinadores de la labor del Proyecto de Recuperación de la Memoria Histórica en Ixcán, y posteriormente, encargado de la Pastoral Social.
- Ha viajado con su esposa por diversos países con el fin de promover la solidaridad con su pueblo y con su gente: Holanda, Bélgica, Alemania, Italia...

- Vive actualmente en Ixcán con su esposa, María Lorenza y sus hijos. Se le encuentra en su oficina frente a la computadora, leyendo o redactando documentos.
- A petición de varias personas e instituciones ha narrado el testimonio de las Comunidades de Población en Resistencia y de su acompañamiento a las mismas; parte de ese testimonio de vida es el que nos ofrece seguidamente.
- En 2004 recibe la Orden Monseñor Gerardi de la Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala.

RAÍCES DE MI VIDA

Nací el 26 de abril del año 1952, (ahora, aniversario del martirio de Monseñor Gerardi), en el Paraje San Miguel, Aldea Chohatalún. Mis padres fueron Catalino López y Apolinaria Balan. Mis abuelos por parte de mi papá: Ciriaco López y María Coj. Y los abuelos por parte de mi mamá, Abelardo Balan y Encarnación Puy. Todos ellos eran campesinos, que vivían del cultivo de la tierra en el campo, pero de forma muy rudimentaria; aunque trabajaban con bastante tierra, no lograban conseguir la cosecha suficiente para atender a la familia, ni siquiera la deseada para poder vender y obtener algún dinero... Tampoco existían los agrónomos que los pudieran asesorar, ni tenían la tecnología agrícola necesaria.

En lo religioso, mis abuelos no estaban muy dentro de la espiritualidad cristiana, van a Misa, pero es un cristianismo de domingos, no asisten a las reuniones ni están comprometidos con la Iglesia. Así los recuerdo, cuando yo era chiquito. Mi papá era rezador, hacía novenas para los Santos, para las Ánimas del purgatorio, porque en aquel tiempo había muchas tradiciones entre la gente, como las de San Antonio, San Judas Tadeo y otras. Luego lo nombraron catequista de niños. Era amigo del padre Joaquín, párroco de San Martín, pero el vínculo no es muy estrecho, sólo por el tema de los niños, él daba la enseñanza del catecismo, hasta que llegaba el Sacristán que examinaba a los niños, para ver si estaban bien preparados. Yo siempre andaba con mi papá, bien pegado a él todo el tiempo. Me hizo un palo con un bordón, para que los perros no me mordieran cuando visitábamos las casas. Me gustaba ir a rezar con mi papá, era muy alegre. Le preguntaban, ¿por qué tu niño es tan callado? Pero yo no me enojaba. Utilizaba el “Catecismo de los Niños”, que tiene como 75 preguntas. Todas estas preguntas se aprenden de memoria, todo se tenía que memorizar.

Después de la Primera Comunión, venía el estudio del Catecismo Único de Adultos, que contenía una explicación a las preguntas que se hacían. Luego se pasaba a la Instrucción Religiosa, no se manejaba mucho la Biblia, es decir, la Sagrada Escritura. Cuando

yo tenía como doce años, hacia 1963 ó 1964, nos enteramos que la Iglesia quiere hacer el cambio del ritual en la Santa Misa, porque antes cuando se iba a Misa, el sacerdote estaba de espaldas al pueblo y era en latín. Fue el tiempo del concilio Vaticano II; de esto se habló mucho. Hubo un año de preparación para que el pueblo aprendiera a contestar en castellano en la Misa, y así pudiera seguir con más atención todo lo que se celebraba... Antes sólo el Sacristán contestaba, o una religiosa, diz que en latín... En realidad, ante la Misa era casi como un adorno, porque nadie sabía qué se decía... La gente estaba allí por su fe, y qué fe tiene la gente, porque a pesar que no entendían nada, siempre llegaban. Después nombraron párroco al Padre González Herrera, pero llegó cuando yo ya estaba algo mayor.

Recuerdo que en aquellos años no había gente evangélica en las comunidades; y por ejemplo, para contraer matrimonio teníamos que seguir unas disposiciones bien ordenadas. Para poderse casar o tener una esposa hay que cumplir con el matrimonio civil y luego realizar el matrimonio por la Iglesia, está muy prohibido el juntarse así no más... La gente de antes tenía estas disposiciones muy en cuenta. De acuerdo con este orden, corresponde al alcalde municipal revisar tu cédula para comprobar si no estás casado, si has tenido hijos con otra mujer... Y como eres cristiano, aunque no te hayas entregado mucho a Dios, te tienes que casar por la Iglesia; esta era entonces la costumbre de la gente. Mi papá nos dijo a mis hermanos y a mí, que si no nos casábamos, no estaba permitido tener una mujer en la casa para vivir en matrimonio.

MIS HERMANOS

Fuimos diez hermanos, uno falleció, si no seríamos once. Voy a recordar los nombres: Heliodoro López, Fermana, Dorotea, Felisa, Marcos (ya falleció, en la violencia, como diré después), luego vengo yo, Marcelino, luego Teresa, Juana, Edmundo y Felipa (no la conocí, murió de chiquita); nos contaron que el primer hijo de mis papás falleció... Es decir, vivimos actualmente ocho hermanos.

Mis papás vivían en extrema pobreza, era demasiada la pobreza,

cuando yo crecí... puedo decir que no conocí qué es un pantalón, sino que me cubrían con un “*mantabril*”, una tela algo basta... áspera. Antes de que yo naciera fue el tiempo de la revolución, que se conoce como la Primavera Democrática, y mi papá estaba afiliado a esa revolución, para conseguir tierra, y lograron obtener un terreno para ellos. Pero cuando dan vuelta a la revolución, vino otra ley que indicaba que los que estaban afiliados a la revolución, iban a ser sancionados por la ley; era como un castigo. En realidad, los empezaron a perseguir. Entonces mi papá tuvo que irse de la casa para esconderse en los montes, de modo que las nuevas autoridades no lo fueran a capturar. Esto es algo de lo que yo escuché, de la desgracia de estas políticas, pero también lo viví... Yo me iba detrás de él por los caminos de las montañas, para esconderme con él bajo los árboles. Mi papá llevaba un costal con algunas cosas, y yo lo acompañaba para dormir en el monte con él y que no se quedara solito. Mi mamá se quedaba en la casa triste y preocupada. Al fin agarraron a mi papá, y lo llevaron a la cárcel, tal vez lo metieron en la cárcel de Chimaltenango, de esto ya no recuerdo. Mi pobre madre lo iba a ver. Se acabó el maíz en la casa. Comíamos frutas y otras cosas; por ejemplo, con la mata del guineo, se escarba la raíz del guineo, se corta y luego se machaca un poco, y se le echa algo de masa de nixtamal, y así comemos, pero era una comida dura y basta, ordinaria, lo indispensable para no morirnos.

No fue mucho tiempo el que pasó preso a mi papá, tal vez cuatro meses. Mi mamá había pensado pagar la multa para sacarlo de la prisión, pero no tenía dinero; así que mi padre tuvo que “pagar” quedándose en la cárcel, así fueron corriendo los días, hasta que le tocó salir. ¿Cómo buscar dinero y dónde buscarlo? Pasaron los años, y cuando yo tenía unos diez años, hice mi Primera Comuni3n; esto fue algo muy alegre; primero me tuve que aprender de memoria las 75 preguntas con sus respuestas del Catecismo, y después logré aprenderme también una parte del catecismo de adultos.

ROMERÍA DE CHIANTLA

Mis abuelitos eran muy religiosos y devotos del Santo Cristo de Esquipulas y de Nuestra Señora de Candelaria; recuerdo que en una ocasión me llevaron a Chiantla, para la romería de la Candelaria; pero el compromiso, decían, es que hay que visitar a la Virgen tres veces. La segunda vez me fui con mis hermanos y otras personas; cuando caminábamos en medio de toda la gente, en la romería, llevábamos con nosotros las candelas que nos habían dado, para que el sacerdote las bendijera en Chiantla, porque en el santuario había un lugar por donde uno se acercaba a rezar delante de la imagen de la Santísima Virgen... Pero por el campo por donde caminábamos había unas estacas donde amarraban las vacas y otros animales, y me tropecé en una estaca, y al verme en el suelo, mis compañeros se empezaron a burlar, y a decirme que eso era porque yo había cometido un gran pecado, y que por eso me caí... me decían que la penitencia de mi romería ya no valía... Y así se lo dijeron al sacerdote, cuando llegamos a pedirle que nos bendijera las candelas, que las mías no se podían bendecir, porque yo había perdido la gracia.

Esto para mí fue una gran tristeza, al ver que mis compañeros querían impedir que el sacerdote bendijera mis candelas; pero cuando paso el padre de la iglesia, sí bendijo mis candelas, y yo sentí una gran alegría al ver que bendecía mis reliquias.

Cuando llegamos a la aldea, mis hermanos y los otros compañeros empezaron a contarle a la gente que nos salieron a recibir, y les dijeron que las candelas que yo llevé no estaban buenas, porque cuando iba en la romería me caí, y que eso era por un pecado... Pero más bien, lo que sucedía es que ellos habían tomado, y eso era la verdad...

Recuerdo que en otra ocasión, después de hacer la oración, me fui para mi casa; de la misma casa donde fui a hacer la oración salió un perro negro; el perro me siguió y me iba acompañando. Como llevaba mi linterna, a cada rato iba alumbrando para ver si me seguía o no. Cuando yo me detenía, también se detenía el perro; cuando yo caminaba, el perro caminaba. Así todo el camino.

Y tenía que cruzar por un lugar donde la gente decía que “espantan”, yo pasé con el perro y nadie me asustó. Luego dejé el camino, y me metí por una vereda, como un sendero, y el perro me siguió... Iba llegando ya cerca de mi casa, y tenía que pasar por un arroyo, brinqué para saltar el arroyito, y pasé del otro lado. Alumbré para ver al perro... ¡Ya no estaba! Me acompañó y luego desapareció.

Esta historia la recuerdo porque es como pensar que el acompañamiento viene de parte de Dios. Porque, ¿cómo es que un perro sale detrás de una persona que no conoce, y cuando yo le alumbraba el se paraba y no se acerca a mí, y guarda con una distancia?

ESCUELA Y TRABAJO

No pude entrar en la Escuela, y como tenía unos tíos que de vez en cuando iban a trabajar a las fincas de la Costa Sur, mis papás me recomendaron con mis primos, uno era González Balan, hijo de un tío mío... Yo era muy pequeño de edad y de estatura. En mi mente pensaba que la Costa era un lugar muy lejos. Pero los acompañaba en los viajes a las fincas de la Costa. Fuimos a una finca por Siquinalá, Escuintla; sembramos milpa en los cerros de las fincas de Siquinalá, donde prestaban terreno... Muy al principio empezamos a trabajar en el corte del algodón; pero el caporal de la finca no me recibió como un trabajador, porque soy un niño, y lo mismo, sólo me dieron media ración de comida. Comencé a trabajar más duro, hasta juntar 100 libras, me pagaban un centavo por libra de algodón. Al ver que sí podía trabajar bastante, aunque eso sí, no tenía fuerzas para cargar mi costal en el camión... Entonces el caporal habló con la molendera para que me entregaran la ración completa. Yo ya me sentía más contento. Aprendí que hay que tener amistades que te ayuden para subir al camión el algodón.

Después pasamos a otra finca. Como no tenía fuerzas para trabajar con ellos en la tierra, ni ellos querían que lo hiciera, empecé ayudándoles con la comida, molía el maíz y les hacía las tortillas,

teníamos una piedra de moler, era como el cocinero... Y después llegó otra persona a trabajar con nosotros y yo siempre les preparaba la comida a todos... Y en recompensa, un día me dijeron que me iban a dar mis cinco cuerdas de milpa; yo no tenía la menor idea de cuánto era eso. Pero por dentro sentí una gran alegría, una satisfacción inmensa; un niño se alegra de todo lo que le dicen que le van a dar... No era mi papá el que me da comida, yo trabajaba, como les ayudaba, ellos me dieron cinco cuerdas de milpa, que era bastante. Y cuando en la primera ocasión que regresamos a la aldea, vendieron uno de los quintales del maíz que me habían dado, y me ayudaron a llevar el resto del maíz a la casa... Pagaron transporte para llevarlo. Yo iba feliz. Esto fue un regalo para la familia, les llegaba el alimento.

Esto era en 1965. Todas las cosas estaban baratas en ese tiempo; los jornales de un día de trabajo son de 25 centavos; si uno quiere comprar una mula, cuesta cuarenta quetzales, si quiere comprar un caballo, cuesta 15 quetzales. La libra de sal vale 2 centavos, la libra de maíz 3 centavos... Y esto lo pongo aquí por escrito para que no se olvide. Cuando uno encuentra un buen trabajo, le pagan 30 quetzales al mes, ¡es un buen trabajo!

Por aquellos años, mi hermano mayor, Marcos, estaba en la escuela de la Aldea. Entonces, también mi papá quería que yo también fuera a la escuela; y a mí me entró la gana de aprender, como un deseo de estudiar, y me fui unos días a la escuela. Pero resultó que unos días después, otros tíos se fueron a la Costa, entre ellos, Mateo Balan... Y le hablaron a mi papá, para ver si me dejaba ir de nuevo con ellos... Y tuve que salir de la Escuela y me regresé a las fincas de la Costa... Sólo fui a conocer el maestro, que se llamaba Rigoberto, era algo grande.

Cuando se enteró la autoridad de que yo estaba en la Costa, porque no llegaba a la escuela, llegaron a preguntar por mí en la casa, porque yo había sido inscrito, pero sólo aparecían ausencias; le reclamaron a mí papá, y cuando yo regresaba de la Costa, lo que hacían era esconderme, para que no me viera el Alcalde auxiliar, o el maestro. Pero un día me encontré con el maestro por

la calle, y me preguntó qué había pasado, por qué no llegaba a la escuela... y le tuve que explicar la situación. El me insistió que no me desanimara, que aunque fuera letra por letra, tienes que ir aprendiendo, porque me daba vergüenza llegar tan pocas veces a la escuela, tú puedes llegar cuando quieras, me dijo el maestro, que era bien comprensivo, y así, aunque sea poco a poco, pero vas adelantando.

Pero me daba pena, porque no podía estudiar y no iba a sacar el examen, y mis compañeros iban por delante en los estudios. Pero hice lo que me ordenó el maestro, y con esas letras que yo aprendí, empecé a leer el catecismo que yo me había aprendido de memoria, empecé a deletrear, y deletrear... y aprendí, porque lograba relacionar los signos con los sonidos, y aprendí a leer un poquito, no mucho... Pero siempre tenía que regresar a la Costa por los meses de marzo, abril, mayo, junio... Mis tíos arrendaban terrenos en las Fincas... Y se pagaban cinco centavos por cuerda, y podían sembrar, otra parte la pagaban con maíz... Yo iba con mis familiares, ellos hacían toda la siembra... y yo les ayudaba con la preparación con la comida. Así fue cómo me acostumbré a dejar a mi mamá y a mi papá, y marchar a la Costa. Con el tiempo ya no me daba tanta tristeza dejarlos.

CATEQUISTA

Pero resultó que cuando tenía unos trece años, empecé a trabajar con los niños, porque mi papá tuvo que viajar, y tenía a su cargo las clases de Catecismo para la Primera Comunión en la Parroquia. Me dijo, ya que tú sabes el catecismo de memoria, tú puedes preparar a los niños... Y le dije: Voy a probar. A pesar de que no fui a la escuela, me gustaba participar en las cosas de la Iglesia.

Me senté, y me dije, ¿qué voy a hacer con estos niños? Como yo también era niño, me gusta jugar; entonces se me ocurrió decirles a los niños que vinieran al catecismo media hora antes de la clase, y jugábamos a la pelota, con esto podíamos comenzar la clase a la hora indicada, que era a las cinco; nadie faltaba, todos llegaban a tiempo para jugar. A las cuatro y media nos juntábamos en el

patio de mi casa, había un patio grande, colocábamos unas porterías y jugábamos pelota, niños y niñas... Mi mamá estaba en sus tareas, no nos decía nada... Días después los mismos niños se organizaron para comprar una pelota, y llegaban puntuales para jugar... Y luego el catecismo: les enseñaba el catecismo. Tenía entre 18 a 23 niños. El párroco era el P. González Herrera; después de un tiempo, cuando comprobé que todos ya sabían el catecismo, llevé los niños para que los viera el sacerdote, se los presenté, y le dije: ya le traigo a los niños para el examen, porque lo que yo sé ya lo saben ellos también. Se quedó muy admirado y contento de la preparación, me felicitó y se acordó todo lo relacionado con la Santa Misa de su Primera Comunión. Luego venía la confesión, antes de la comunión. Todos felices.

ANIMADOR DE JÓVENES

Y en esas estábamos, cuando el sacerdote me dice que de ahora en adelante tú vas a venir a las clases con el resto de los catequistas. Está bien, Padre, si usted lo dice, vengo; tenía que venir con los catequistas, que ya eran personas adultas. Llegó el domingo indicado para hacer la Primera Comunión de los niños que había preparado, y fue fiesta. Y cuál no fue mi sorpresa, cuando en la tarde empezaron a llegar los padres de familia con regalos para el Catequista, y cada uno daba un regalito al catequista, y yo no sabía nada de eso, pero lo sentí como un agradecimiento de los padres. Yo no conocía qué era comer pan, sólo lo comíamos en las ferias, y apareció un montón de pan en la casa, mi mamá agradeciendo, y colocando cada cosa en su lugar, porque me regalaron muchas cosas, yo no lo esperaba, fue una gran sorpresa... Eso me animó mucho...

Me comprometí a preparar otro grupo para enseñarles a los niños el catecismo... Pero un día el sacerdote cambió de idea y decidió integrarme al grupo de jóvenes; era como dar un paso adelante... Éramos como 130 jóvenes, y yo uno de los más pequeños. Recordemos que la Iglesia estaba haciendo los cambios que mandaba el Concilio Vaticano II; el párroco nos dio un Nuevo Testamento a cada uno, no sé cómo lo consiguió, bueno, lo

compramos. Cada domingo nos enseñaban cómo leer los Evangelios, nos explicaban qué son los capítulos, los versículos; íbamos poco a poco a leer la Sagrada Escritura. La Santa Misa era a las ocho de la mañana, así que a las nueve empezábamos la formación, como a las once, ya quedábamos libres... Yo era como un jovencito en medio de todos los jóvenes, más grandes que yo. Pero había un entusiasmo grande.

Un día el sacerdote nos reunió e hizo unas preguntas a los presentes, fue preguntando a varios y me preguntó también a mí: Marcelino, ¿tú estarías de acuerdo en ir a recibir un Curso en la Casa Central, en Guatemala? La parroquia te da el pasaje... No vas a ganar nada, pero vas a aprender bastante sobre la Palabra de Dios, para que te formes bien en la Biblia. Tal vez nos fuimos seis jóvenes de San Martín... Estuvimos quince días en la Casa Central... Llegaron diversos sacerdotes para darnos los cursos, charlas, conferencias y demás. Allí resulta que conocí al Padre Ricardo Falla, tenía barba y era blanquito... Y después cuando nos vimos en las CPR, yo lo descubrí y le dije que yo lo conocía de los Cursos de la Casa Central, porque nos había hablado del libro del Génesis, de cómo eran antes las cosas, sobre la creación del mundo y del universo, de cómo fue la evolución, nos enseñó esa palabra. ¿Verdad que tú eras? Sí, me contestó. También estaba el padre Chemita, que hablaba por Radio Mundial, y sacó un folleto de los Cantos Sagrados, era muy espiritualista, fue mi maestro; también otros padres salesianos... También llegó el señor Arzobispo Mario Casariego y otros obispos a saludarnos y darnos charlas... En la Casa Central nos daban hospedaje y comida. Estábamos muy bien, a veces nos pedían que diéramos de comer a unos conejos que tenían.

Luego pasamos a otra casa de los padres Salesianos, los cursillos duraban más o menos lo mismo: quince días cuatro veces al año, durante dos años. Era algo intenso.

Pero considero que en ese tiempo se desató mucha propaganda contra la Iglesia Católica... Se notaba que los hermanos evangélicos querían como suplantar a la Iglesia, con sus autoparlantes y

propaganda gritaban y hablaban... De San Martín nos quedamos sólo cuatro de los jóvenes y luego al final, tres... Nos dieron la instrucción para formar un equipo para la defensa de la Iglesia, integrábamos equipos de tres personas. Nos llevaban al Parque de La Concordia, donde se mantenían algunos pastores evangélicos predicando y gritando todo el tiempo, de vez en cuando hablando contra la iglesia católica..., y nosotros fuimos a observar qué decían aquellos señores, siempre nos acompañaba algún maestro... Ninguno de nosotros decía nada. Al regresar, evaluaban con nosotros; íbamos viendo todos los puntos necesarios para defender nuestra fe. Recibimos una tarjeta, un carnet, con la que podíamos mostrar que éramos Misioneros de la Iglesia Católica. El Obispo nos dio la bendición y nos entregó la tarjeta; conmigo también estaba José Cupertino Zunuc (que lo mataron en la violencia) y Manuel Antonio Vargas, que era muy joven, también ha fallecido... Fuimos los tres que conseguimos la tarjeta. Yo tenía unos 17 años. Tenía el carnet de la Iglesia, pero todavía no tenía mi cédula. Con esa tarjeta ya podíamos a ir a las parroquias, más bien nos mandaban, nos presentábamos con los párrocos, y trabajábamos con los jóvenes.

Fue así que desde mi juventud tuve la satisfacción de contar con esta tarjeta, que se me arruinó toda en los años de la violencia. Pero cuando llegué a Ixcán, llevaba esta tarjeta. Conseguí una Biblia Nácar-Colunga, esta fue mi “arma”, la llevaba a todos los lados, hasta que en Ixcán el ejército acabó con todas mis cosas; también con esta Biblia. Luego de estos años de mi juventud, me casé.

CONOZCO A MARÍA LORENZA Y ME ASOCIO A LA COOPERATIVA

Conocí a María Lorenza en el pueblo de San Martín, ella era de La Estancia de La Virgen en el departamento de Chimaltenango; estuvimos unos tres años platicando, a veces nos encontrábamos una vez al mes, había tiempos que nos veíamos como a los tres meses... La distancia del tiempo se nos hacía largo, comparado como lo que pasa ahora; además yo tenía que cumplir con mi trabajo y ella también. Fui muy directo con ella, le hice ver que

la quería, pero también le hablé de mi pobreza, que era mucha, que no fuera a pensar, que cuando nos casáramos le iba a dar todo. Fui franco en decirle que no tenía nada...

Recuerdo que en una de las reuniones de jóvenes en la Parroquia, el coordinador que trabajaba con nosotros, los varones, un día nos preguntó: ¿Qué piensan ser el día de mañana? ¿Qué piensan hacer? ¿A qué se piensan dedicar? Cada uno fue contestando lo que quería hacer. Yo le dije: Voy a conseguir a una mujer, me voy a casar... Así se lo dije directamente. También hubo como diez o quince jóvenes que se decidieron por el estudio, algunos tal vez fueron al Seminario para ver si podían ser sacerdotes. El resto nos tiramos por el matrimonio.

Y según esto, nos dieron las capacitaciones, porque si nos queremos casar había que tener una capacitación: qué es tener una mujer, qué preparación vamos a tener como jóvenes, como cristianos, qué responsabilidades tiene que tener un esposo... Y esto nos lo daban los catequistas; uno de ellos fue mi padrino de matrimonio, el señor Oswaldo, pero también estaban los señores Santiago Estrada, Francisco Estrada (ya falleció) y Wenceslao Armiro... Todos ellos nos daban la formación. Todos los compañeros recibimos la misma formación, formación cristiana, humana, pero también sobre el trabajo y la economía familiar. Y la idea era que antes de casarnos debíamos tener una cuerda de terreno, para tener un lugar donde hacer la casita, y presentarle a la mujer al menos el lugar donde iba a estar nuestra casita. Logré conseguir un terreno con árboles de pino, porque se necesita la madera para la casa, por ejemplo... Luego había que descombrar el terreno y prepararlo bien, para hacer la casa, conseguir la madera, láminas o teja, lo que se necesitara... Porque cuando uno se quiere casar, hay que ver que en la familia también hay otros hermanos y, si el papá no te da terreno, ¿dónde vas a estar, dónde vas a vivir? Nos daban bien la formación para que nosotros mismos pudiéramos conseguir los propios recursos; ellos nos ayudaban. La otra parte de la formación sobre el matrimonio era cómo ser fiel con la mujer. Si te vas a casar debes saber el compromiso que contraes, y debes ser fiel, y vivir unidos hasta que Dios nos de la vida o nos separe. Que a veces viene la cruz, la enfermedad, los problemas, o cuando no hay centavos... Pues si el matrimonio está unido, no habrá

tanto problema. Nos daban toda la formación, para que estuviéramos bien preparados. Las clases sólo las recibí yo, no mi esposa.

De acuerdo con estas instrucciones, me decidí a comprar mi terreno, lo busqué donde había pinos grandes para construir; tenía las láminas... Posteriormente recibí también la formación agrícola. Era una capacitación que nos preparaba para dejar la Costa y empezar un trabajo en nuestra propia tierra; todo esto nos venía por parte de la Iglesia. Teníamos que aprender a cultivar la tierra con la técnica que nos daba el agrónomo, que era el que nos acompañaba. Wenceslao, nos daba los talleres agrícolas... Francisco Estrada, nos daba la capacitación sobre qué es una Cooperativa, y Santiago Estrada nos impartía otros talleres. Yo creo que ellos están en el Cielo, porque hicieron mucho bien a los jóvenes. Aquellos cursos era como ir a la universidad, porque no es que un maestro te da toda la capacitación, como en la escuela, sino que cada maestro te da una parte de la capacitación, de manera ordenada y práctica, que nosotros la podíamos entender. Así nos preparaba la Parroquia. Con la capacitación nos integramos en la Cooperativa Flor chimalteca. Entonces, cuando compré el terreno, lo empecé a arar... La Cooperativa nos mandaba el tractor para arar la tierra, donde no se podía, cavábamos con azadón. Nos decían: Es un deber del campesino preparar el propio terreno. Si lo haces bien, tienes segura la comida, y entonces ya puedes tener una familia. Esta era la formación que nos daban. Nos insistían que si uno es una persona responsable, tenía que trabajar bien la tierra. Para mí fue una maravilla aprender a trabajar como campesino.

Pero para realizar el matrimonio tuve un problema; primero no tenía fondos y después había un problema con los papeles de mi esposa. Lo hablamos con María, que era muy jovencita, ella tenía 17 años y yo 18. Ahora no nos podemos casar, pero si me esperas, tal vez dentro dos años o tres años, nos podemos casar. Yo le proponía un tiempo de espera, pero ella me hizo otra propuesta: ¿Y por qué no de una vez? Si yo me voy contigo y tú conmigo, no tenemos que gastar nada, y después veremos qué pasa dentro de tres años, como tú dices... Todavía me río de la propuesta...

Cuando la vi tan decidida, entendí que era el momento de juntarnos, pero todavía no nos podíamos casar. Y yo le pregunté, si de veras estás decidida, vamos adelante. Pues yo estoy decidida, me respondió. Concertamos cuándo la iba a buscar para llevármela a la casa de mis padres. Pero para llegar a este punto, todavía había que sobreponerse a otras dificultades.

Hablé de todo esto con mi papá, que me quería casar, que ya había encontrado una mujer para mi vida, pero que no sabemos cómo nos vamos a salir de todas las dificultades... Y me preguntó por la pedida; le respondí que no iba a haber pedida, ella se viene así no más a nuestra casa, y ya veremos cuándo viene lo del casamiento. No le gustó a mí papá esta manera de arreglar las cosas. Traté de hablarle serenamente para que entendiera las dificultades: Primero, no teníamos fondos, cierto, había comprado el terreno, pero no tengo fondos. De todos modos tanto María como yo queríamos casarnos, acordamos qué vamos a hacer; y así se lo hablé a mí padre.

Hubo otra dificultad; en ese momento tampoco el papá de María Lorenza, don Daniel Cumatzil, se encontraba en la aldea; llevaba varios días fuera de casa en no recuerdo qué trabajos. Llegué con los abuelitos de María Lorenza. No estaban muy de acuerdo, y en su cara pude ver el enojo o la disconformidad... De todos modos ya nos presentamos juntos. Días después llegó el que iba a ser mi suegro, el papá de María, tampoco estaba de acuerdo y se puso enojado con María y conmigo. Tuvimos que buscar a otras personas para que hablaran con él. Algunos vecinos de su confianza y familiares llegaron a su casa para hablarle de nuestro casamiento, de que no fuera a tomar una mala decisión con su hija; tu yerno vendrá a presentarse, y es buen muchacho. Los que le hablaron daban las razones que nos favorecían. Cuando escuché que las cosas están calmadas, llegué a visitarlo; iba con cierta preocupación y nerviosismo. Y me presenté, y le dije: aquí estoy, soy tu yerno, tal vez no es lo que usted quiere, pero ya estamos viviendo juntos... Le hice ver que yo quería a su hija, y que nos disculpara porque ya estábamos viviendo juntos, pero que iba a cuidar de ella.

Uno de los problemas que tuvimos que resolver fue lo relacionado con los papeles. La mamá de María Lorenza, que se llamaba

María Faustina Hernández, ya había fallecido, y en los papeles de mi esposa estaban cambiados los datos. Había una confusión con el nombre de mi esposa y el de su mamá, de tal manera que aparecía que mi esposa se llamaba Faustina. Esto atrasó las cosas que no nos permitió preparar todo para casarnos desde un principio. Conocía al Licenciado José García Bauer, que trabajaba con todo lo relacionado a la Iglesia, llegué a su casa de la Capital, me conocía bastante con él. Le expliqué mi situación, le hice ver que no sabía qué hacer...

No te preocupes, yo te hago el matrimonio y te ayudo a arreglar todo lo de los papeles. Usted pregúntele al sacerdote de San Martín cuándo puede hacer la celebración del matrimonio; yo llevaré la máquina de escribir y el sello para que arreglemos todo ese mismo día, para que te cases por lo civil y el mismo día también por la Iglesia. Siempre le agradecí al Licenciado José Francisco García Bauer este gran favor, estaba muy afligido...

Nos casamos el 7 de abril de 1971, en la Iglesia de La Estancia de la Virgen, en San Martín Jilotepeque, nos casó el Padre González Herrera y, después de la Santa Misa el Licenciado García Bauer, nos casó por lo civil. Nuestros rostros se llenaron de alegría. Fue una celebración sencilla, como lo hace la gente humilde. Pero estábamos realmente muy felices. Pasamos el día en la casa de los papás de mi esposa, y luego regresamos a nuestra casa en Chohatalún. Cuando decidimos juntarnos yo ya tenía mi casita preparada, sencilla, pobre, pero ahí estaba nuestra casita, con el lugar para el fogón, para cocinar. La primera casa que hice era muy chiquita; las pareces las hice de bajareque, las cañas se cortan por la mitad, se van juntando y se recubren con arcilla o lodo; se hacía fácilmente y resultaba barato... Pero no vivimos en ella mucho tiempo. Luego tomamos la decisión de hacer una casa mejor. Habíamos reunido algo de dinero.

CONSTRUIMOS NUESTRA CASA

Sembramos una buena cantidad de milpa. Y la bendita milpa se dio muy bien. ¡Dios es muy bueno con uno! Vendimos esa vez 150 quintales de maíz, y estaba a tres quetzales el quintal. Nunca en

mi vida había juntado tanto dinero. ¡Era mucho dinero! Al menos para nosotros, que vivíamos muy sencillamente. También nos sobró el maíz necesario para nuestro consumo. Con ese dinero conseguimos la madera, la teja, hicimos los adobes, pero todavía no teníamos lo suficiente para contratar un albañil, o si le pagábamos al albañil, nos quedábamos sin nada de capital. Mi esposa fue del parecer de no gastar todo el capital. En ese tiempo no había nacido ninguno de nuestros hijos. Decidimos empezar a trabajar nosotros dos, yo hacía de albañil, sabía hacer el adobe, me enseñaron a poner la plomada, a trazar las esquinas con escuadra, y los lugares donde iban a quedar las puertas y ventanas y, María, mi esposa, fue nombrada ayudante de albañil; juntos hicimos el trabajo. Fue bonito trabajar juntos. Todo de puro adobe; la construcción fue creciendo rápido. Cuando ya íbamos llegando a la parte de arriba, donde hay más dificultades, hablé con un hermano mío, y también con un cuñado, hermano de mi esposa, nos ayudaron, sobre todo para colocar la madera del tejado... No había muchas complicaciones, siempre era una casa humilde, el fogón lo hicimos de adobe, como le gustó a María.

Personalmente sentí, que al casarme lograba tranquilizar mi corazón; sentía una gran satisfacción, uno siente como una limpieza en su vida, porque tuve que pasar un año sin ser catequista, iba a la Misa, pero no participaba en la comunión, me sentía aislado, no me sentía bien. Pero cuando ya me casé se volvieron a abrir las puertas, y retorné al trabajo de la misión, viendo qué hacer en la Iglesia; esta ha sido mi vocación, realmente.

DE NUEVO LA COSTA Y PROBLEMAS CON MI ESPOSA

Sin embargo, para vivir yo no podía dejar de trabajar. Tengo que irme de nuevo a la Costa Sur a trabajar, esta vez fuimos por el Cerro Colorado -que dicen-, en Tiquisate, por las Fincas del Cajón, en el departamento de Escuintla... Pero en ese tiempo ya había otro objetivo: ayudar a los rancheros, y ser presencia de Dios en medio de su trabajo. Yo llegué a trabajar con ellos, con la idea de que también el párroco sepa que estamos trabajando. Sembré milpa en la Finca de Guantepec. Y los sábados y los domingos

llegaba a las pequeñas iglesias de las fincas, y allí daba la formación sobre la Iglesia, sobre la fe cristiana, sobre la religión; me daban un rato para platicarles en las celebraciones. Estuvimos en Cerro Colorado, que no está tan lejos de El Cajón, y cuando los catequistas ven que yo también estoy con ellos trabajando y a la vez aprovecho los sábados y domingos para la catequesis, ¡yo le agradecía a Dios!, porque ellos también comprendieron la necesidad de uno, y decidieron ayudarme... Yo sé que voy a la Costa a sembrar milpa pero también voy con la preocupación de la misión; y cuando ellos me preguntan cómo estoy con la siembra, les digo que estoy fregado, atrasado... No tenga pena, me dijeron. Juntaron una colecta, no sé cómo lo hicieron... y después llegaron para ayudarme a limpiar el monte para sembrar la milpa, rápido desmontamos las cuerdas que a mí me correspondían. Ese aporte que me ofrecieron me hizo ver que no estaba solo; quedamos en que les iba a seguir dando los cursos de religión y en lo que podía ayudarles, que estaba a su disposición.

La gente me pedía un día y a veces cinco días; les gustaba la predicación. Los Catequistas invitaron a algunos evangélicos, y yo les dije que sería bueno que llegaran, que después de la conferencia íbamos a platicar los catequistas con ellos solos.

Pero yo había dejado a mi familia, a mi esposa, cerca de tres meses. Es cierto que había conseguido bastante milpa, pero estaba lejos de mi esposa. Cuando llegué a mi casa mi esposa estaba enferma... Estaba enojada, pensando que yo andaba con otra mujer en la Costa, ¿por qué tanto tiempo? Mis hermanas se pusieron a pelear conmigo, dándole la razón a mi esposa, y que me tenía que corregir de los errores que había cometido.

Sólo escuché todo lo que decían; porque tienen razón, es cierto que me alejé muchos días de la casa, eso sí lo reconocí. Pero no es cierto que tenga otra mujer. Traté de calmar a mi esposa, y lo que hice fue pedirle que me acompañara en los retiros espirituales y en los cursos bíblicos. Me dijo que eso no era la solución, lo que ella quería es saber dónde tenía yo la otra mujer. ¡Bueno, no la pude convencer! Lo que hice fue ir a orar debajo de unos pinos en un cerro, y aprovechando llegué para una conferencia a Santa

Anita Las Canoas; llegué temprano, aunque los catequistas tenían que llegar a las dos de la tarde. En mi oración, meditando, le presenté a Dios mis problemas, todo lo que estoy sufriendo, porque yo hablo de la importancia de la vida de un Catequista y del regalo de la vida de Dios para uno. Al cabo de un rato sentí que mis lágrimas estaban regando las páginas de la Biblia que llevaba. En ese momento me dije: Voy a seguir con la Palabra de Dios y voy a conseguir que también mi esposa se venga conmigo.

Sabía que esto no era fácil; tuve que aguantar muchas cosas y por mucho tiempo; mi vida se fue arreglando un poco. Pero la oración me ayudaba a entender que no estaba solo, siempre pensaba que cuando uno sufre, si uno habla la verdad, uno tiene la fuerza de Dios para mantenerse uno mismo y ser consciente que la vida es pasajera, y sobre todo, saber que la vida es de Dios. Y en ese momento siento la unión con la naturaleza, cómo Dios es tan lindo, porque uno ve cómo la naturaleza nos habla de Dios, y recuperé la fuerza, uno siente la fuerza de Dios.

Durante mi vida no todo me ha dado satisfacción; también he podido experimentar frustraciones, tristezas y no pocos sufrimientos. La vida de catequista no ha sido cosa fácil para mí; cuando uno está casado, la mujer necesita el calor y el cariño del marido, necesita la compañía, vivir estrechamente y compartir juntos el trabajo, el cuidado de los niños, las cosas de la casa... Pero lo que me sucedió, es que el trabajo pastoral no me dejaba tiempo para mi familia. Yo llevo actualmente cuatro años aquí en Cantabal, Playa Grande, desde el año 2006, y puedo decir, con algo de pena, que hasta ahora puedo decir que sé lo que es el matrimonio. Durante mi vida, creo que he estado siempre en el trabajo de la misión de la Iglesia, he caminado de comunidad en comunidad, de pueblo en pueblo, y me quedaba en las comunidades quince días, a veces un mes... Otras veces ocho días; en ocasiones conseguía regresar a mí casa dos o tres días; mi esposa ha sufrido bastante con todo esto, no es que no estuviera de acuerdo, porque siempre me ha apoyado, pero estaba claro que no le dedicaba tiempo. La salvación no la tengo sólo yo, también está en ella, y tengo que pedir perdón por dejarla sola y fatigada. A veces maíz, hay... pero

faltan otras cosas. María tenía que luchar sola con los hijos. Siempre la apoyaba, y le he guardado un amor profundo y tierno, pero no es igual que estar y compartir juntos el día a día. Yo le explicaba que lo que hacía era una responsabilidad mía, no era un trabajo del que voy a sacar un salario. Para el Catequista no hay un reconocimiento por parte de la Iglesia, es un trabajo gratuito, dar las clases a los niños, formar para el matrimonio, para la Confirmación, coordinar la pastoral... lo hacemos porque sentimos que es una responsabilidad con nuestra fe. Ella a veces me reclamaba, que no he sido el mejor marido. Y yo no le podía decir nada, porque tiene toda la razón. Pero yo también sé por qué lo hago, sabía que mi misión era estar con la gente. Tengo que decir que todo este trabajo nunca lo hubiera podido realizar sin el apoyo de mi esposa María Lorenza. Agradecerle a ella es como agradecerle a Dios y a mis hijos. Sólo Dios sabe lo que hemos vivido durante este tiempo. Yo sólo le pido que haga fecunda la semilla de nuestro trabajo; lo poco o mucho que hemos sembrado, que Dios vele para que algún día de fruto.

EL AGUA DE LA CASA

Pero volviendo al principio, mi costumbre es tener agua en la casa, en el patio de la casa. Hice un pozo de unos diez metros de profundidad, y encontré agua muy buena... La gente empezó a llegar a buscar agua, porque sobraba para nosotros. Entonces pensando en la gente, hice otro pozo, dentro del mismo terreno, porque en la aldea donde vivimos la sequía aflige mucho a la gente y no era tan fácil conseguir agua, viendo esta necesidad, y para que mi familia estuviera más tranquila, decidí hacer otro pozo similar al que había hecho antes. Así que hice otro pozo para la gente. Le puse un cerco al terreno donde cavé el pozo para la gente de la aldea, pero les dije que no les iba a cobrar, solamente que tenían que hacer un trabajo muy sencillo, y todos estuvieron de acuerdo, sobre todo las mujeres, que son las que más llegan a buscar agua. Les hice una puerta para que entrara la gente; pero cada persona tenía la obligación de regar algunas matas de chile que yo había sembrado... Porque a veces tienen que lavar sus tinajas, y para que no se desperdiciara el agua les pedí ese favor...

Y así iban regando las matitas del chile y otras hortalizas... Y así nos iban ayudando, hicimos las siembras y ellos lo regaban. Y no era una cosa difícil, y lo hicieron muy bien. Mi esposa, cada domingo llevaba un canastito de chile y de otras cosas a vender al mercado del pueblo; y con esto ganaba el dinero necesario para el gasto; con cinco o seis quetzales cada domingo, perfectamente alcanzaba para el gasto y ella misma compraba las cosas necesarias para la casa. La gente nos ayudaba y yo les ayudaba. Esto hizo que hubiera mucha amistad entre las familias.

¿Por qué sabías que en ese lugar había agua? Me preguntaban. Pero en realidad, yo no sabía que en ese lugar había agua; un señor que sabía buscar agua me dijo dónde podía cavar para encontrar agua, porque yo no sabía cómo buscar agua en la tierra, hice el pozo y salió buen agua. Yo sólo me imaginaba que tendría que haber agua... Ahora creo que ya sé cómo encontrar agua. Fue pura obra de Dios, el encontrar agua. Ese terreno lo vendí años más tarde, cuando estaba en Ixcán, para comprar una parcela. Y cuando lo vendí, vino un inspector, con el fin de instalar el agua potable para toda la aldea, y debajo de mi pozo, también ellos encontraron suficiente agua, en la misma dirección de donde estaba el pozo que yo hice, y sin profundizar muchos metros más. Todavía hoy el pozo da agua surte a toda la aldea, y se hizo la instalación de tuberías para todas las casas de la aldea, que están algo separadas; se instaló un motor que bombea el agua para un estanque colocado en una loma, un lugar alto, y alcanza para todos. Ellos encontraron la bendición del agua. Yo ya no lo aproveché. Lo vendí a un vecino, Simeón Sajil, al que todos le dicen Moncho... Este mismo señor vendió un pedacito del terreno a la comunidad para el manantial del agua potable.

COOPERATIVA FLOR CHIMALTECA

Como ya he explicado, con la formación que recibimos siendo jóvenes, dejé de ir a la Costa, y me asocié a la Cooperativa Flor Chimalteca. Hubo una organización llamada “Vecino Mundial”, de Estados Unidos que apoyó bastante... Con este apoyo se formó

la Cooperativa Flor Chimalteca; esa asociación así llamada Vecino Mundial, estuvo unos diez años trabajando con nosotros. Los jóvenes que formó la Parroquia no se quedaron en la calle, porque teníamos formación agrícola y de cooperativa... Y los que nos enseñaron nos aconsejaron que nos asociáramos a la Cooperativa para trabajar mejor, y así nos podamos superar económicamente hablando. Uno de los que trabajaba con Vecino Mundial, era Rolando Gamuch, y él nos propuso: Ustedes que son jóvenes, ¿estarían de acuerdo en que compremos una finca?... ¿Ustedes podrían pagar anualmente una parte del terreno, por abonos, y un día el terreno les quedará para ustedes? La condición que nos ponía Vecino Mundial para entregarnos el terreno era el pasar a formar parte de la Cooperativa y que trabajáramos la tierra de acuerdo con las instrucciones que ellos nos habían dado. Reconocieron que estaban seguros de que nosotros podríamos salir adelante con este trabajo. Y aceptamos comprar la finca. Vecino Mundial compró la Finca Catalán, cerca de Chohatalún. Esto debió ser por el año 1973. Midieron y dividieron las parcelas, eran de dos manzanas o de manzana y media cada una. Se pagaba al año alrededor de unos cuarenta quetzales, en aquel tiempo, entendíamos que no era tanto. Pero había unas condiciones que teníamos que cumplir: Había que cumplir con las condiciones agrícolas que nos aconsejaban, para eso nos daban cursos de capacitación, y si hacemos lo que el agrónomo dice, nos prometían que la Cooperativa también iba a tener en cuenta nuestro trabajo, es decir, se nos perdonaba la deuda que teníamos que entregar anualmente. Pero si no cumplíamos con estas condiciones, y el rendimiento de nuestro trabajo no era el adecuado, entonces, sí, había que pagar lo que se había acordado. Era un incentivo. Era un acuerdo que estaba a nuestro alcance, siempre que trabajáramos bastante. Teníamos que dedicarnos a nuestro trabajo. Con nuestro trabajo también podíamos hacer crecer el fondo que cada uno tenía en la Cooperativa.

Durante el primer año sembré manzana y media, haciendo curvas a nivel para las siembras; es un trabajo que hay que hacer con mucho cuidado; pero no era tan difícil. Este fue el primer reto. Llegaba el agrónomo y el gerente, que era don José Cupertino, revisaban nuestro trabajo y los cultivos y, si encontraban bien, y

así durante todo el año, se nos perdonaba el monto que teníamos que aportar cada año por el pago del terreno. Al siguiente año nos piden arreglar tres cuerdas, y cultivarlas bien, de acuerdo con las técnicas que ellos nos daban, y si lo hacíamos bien, nos perdonaban la deuda. Lo que importaba era lograr una buena cosecha. De esa manera fue como fui aportando e incorporando la tecnología a los cultivos que yo hacía. Lo que producíamos lo vendíamos a la Cooperativa, y la Cooperativa nos pasaba el dinero, y todos estábamos de acuerdo.

Pero no me olvidaba del trabajo de la Iglesia. Por las tardes sigo yendo a la misión, y por la misión tenía que salir de mi aldea, a otras aldeas de San Martín; cada domingo teníamos reuniones, y ahí nos asignaban el trabajo que teníamos que hacer durante la semana y qué aldeas teníamos que visitar, por ejemplo, había que ir a Santa Anita Las Escobas, o a Las Escobas... La parroquia enviaba sus misioneros para hacer el servicio de la parroquia. Llegábamos a las aldeas para dar las “conferencias”, hablábamos del Evangelio, de los tiempos litúrgicos, si es Cuaresma, o el tiempo de Pascua... En cada aldea se había organizado el Círculo Bíblico, se leía la Palabra de Dios y se dialogaba sobre la misma, se leía pero también se meditaba y se hacía oración con la Palabra de Dios. Se trataba de meditar lo que nos dice hoy la Palabra de Dios y cómo se aplica a nuestra vida; en la Parroquia los catequistas encargados nos daban las instrucciones y nosotros lo multiplicábamos en las aldeas... El Licenciado José García Bauer llegaba de vez en cuando, él más bien se encargaba de los retiros, enseñaba a la gente a rezar el Rosario, daba charlas. El vivía una fe profunda.

Mi esposa quedaba preocupada cada vez que yo tenía que salir a la misión de la Parroquia. Al mismo tiempo, nos ayudábamos con todo lo relacionado con la Cooperativa, para vivir bien, con lo necesario. Y si vives bien, todo en tu vida estará bien, puedes ir a la Santa Misa, puedes ir a las conferencias, pero lo importante es vivir bien, hacer bien las cosas... En la Cooperativa Flor Chimalteca había una tienda grande, donde se recoge el producto que nosotros cultivamos, y lo vendía; a nosotros nos pagaban puntualmente. Mientras más aportas a la Cooperativa, más te

reconoce la Cooperativa. Al año nuestro fondo iba creciendo. Si necesitábamos dinero, la Cooperativa nos prestaba. Desde mi punto de vista, la Cooperativa ha sido una bendición para nosotros los pobres, que siempre nos ayudó a nosotros, los pobres. Y he seguido esta mística de trabajo en la Cooperativa hasta ahora. Cuando fue la guerra de 1980 en adelante, yo todavía visité la Cooperativa Flor Chimalteca, porque yo tuve que salir después de la primera masacre de Cuarto Pueblo, Ixcán; hice viaje a Chimaltenango, para hablar con los de la Cooperativa Flor Chimalteca, llevaba mi tarjeta de la Cooperativa Ixcán Grande, y me dijeron que mi fondo todavía estaba allí, y que podía hacer con él lo que quisiera; decidí retirarlo, saqué el fondo que allí tenía, porque yo había dejado la Cooperativa en 1975, cuando me fui para Ixcán.

EL CAMINO A IXCÁN

Tengo que decir que no sé por qué me decidí en salir de mi pueblo. La misma Iglesia me trajo. En aquel tiempo se escuchaba que el Gobierno estaba dando facilidades para colonizar tierras en Petén, por ejemplo. Después me enteré que la Iglesia había logrado acuerdos para llevar a Ixcán a campesinos sin tierra. La Iglesia compró las fincas de las Cooperativas, y pensé que la Iglesia no puede engañar a la gente. Cuando ya tuve mi parcela en Ixcán, y estaba seguro que tenía mi propia tierra, dejé la Cooperativa Flor chimalteca. Desde 1973, yo había empezado a buscar tierra para cultivar. En ese tiempo el ente encargado era el Instituto Nacional de Transformación Agraria (INTA). Yo llegué al INTA para ver si podía conseguir una parcela, ya fuera en Petén o en cualquier otro lugar... Llevé mi cédula y la de mi hijo. Cuando llegué al INTA dejé mis papeles, y quedaron en mandarme un telegrama para avisarme dónde me podrían asignar tierra. Pero el tal telegrama nunca llegó. Después me enteré por un paisano de mi pueblo, que llegó de Ixcán, llamado Ramón Lool, él conoció al P. Guillermo Woods... Y me dijo que iba a haber parcelas, que si viajaba para Ixcán me iban a dar tierra. No lo pensé mucho, deje todo lo que tenía en Chimaltenango, y emprendí camino con él y toda mi familia, mi esposa y dos niños -Catalina y Josué

Amado, que todavía estaban chiquitos... Fuimos en carro hasta Huehuetenango, y con buena suerte, logré hablar con el P. Guillermo Woods. Le dije que era catequista, que trabajaba en la Parroquia San Martín Jilotepéquez, en Chimaltenango, se quedó contento de saber todo lo que le dije de mi vida. Me pidió la identificación de la Cooperativa Flor Chimalteca. Y me dijo: prepárate, porque pasado mañana nos vamos para Ixcán. Yo estaba junto con mi esposa y mis dos hijos: Catalina y Josué, nunca me imaginaba cómo íbamos a viajar; por primera vez mi familia y yo supimos lo que era viajar en avioneta, con el Padre Guillermo Woods, llegamos a Pueblo Nuevo. El pasaje por persona, no era fijo como ahora, nos pesaban, y se pagaba a tres quetzales el quintal, según lo que uno pesaba; no recuerdo cuánto pesábamos toda la familia, con las cosas que llevábamos.

El Padre Guillermo Woods llevaba algunos años trabajando en la legalización de la propiedad de los terrenos, que iban a ser asentados a nombre de la Cooperativa Ixcán Grande. Era gringo; un sacerdote muy simpático, nos preguntaba muchas cosas, nos animaba. Le gustaba hacer bromas a los niños. No tenía problemas para hablar con nadie, de modo que era muy bien aceptado por todos. Supimos después que era de la orden de los Sacerdotes Maryknoll, de Estados Unidos, que trabajaban por todas las parroquias de Huehuetenango, y en ese tiempo, trabajaban para que la gente más pobre de Huehuetenango pudiera tener tierra, buena tierra, y no tener que bajar a la Costa⁴.

Llegué a Ixcán el 22 ó el 23 de abril de 1975. Sentí que estábamos aterrizando en medio de la montaña. Íbamos a lo desconocido. “¡Están en La Resurrección!”, nos dijo el Padre Woods. Así se llamaba a Pueblo Nuevo, también conocido como Tercer Pueblo. Fui observando el trabajo que hacía la gente. Me llevaron con la Directiva que me dio las instrucciones de cómo funcionaba todo. Que lo primero que tenía que hacer es buscar a una persona que hacía de padrino. Allí mismo busqué un “padrino”, que ya tiene parcela y contrato con la Cooperativa, el ya podía ser padrino mío, y podía hablar por mí e informar de mi trabajo y posibilidades.

⁴ Para la biografía, ver: OTERO, Santiago, PADRE GUILLERMO WOODS.. Ixcán, Quiché., Guatemala 2006.

Llevaba nylon, compramos láminas en la Cooperativa, así pudimos hacer un ranchito para protegernos, mientras conseguíamos hacer una casa algo mejor. Mi padrino fue Cecilio López, creo que era de Huehuetenango, y también era Catequista, o Animador de la Fe. Daba los cursos en la Iglesia. Cuando llegué estuve tres meses sin nada, pero sí asistía a las celebraciones de la Iglesia... A mi esposa le costó bastante adaptarse a la situación del Ixcán. Pero como dicen, “el amor es más canijo...” es por eso que ella se vino conmigo; también yo tuve que hacer el esfuerzo, porque en San Martín ya estábamos bastante bien. En Ixcán todo era nuevo, todo era selva, no había pueblos. Hacía un calor sofocante; no había mercado dónde comprar, solo se podía comprar lo que había en la tienda de la Cooperativa. En algún momento también a mí me entró la tentación de regresarme a mi pueblo. Los niños se enfermaban mucho, y esto nos llevó a una tristeza muy grande.

Cuando uno cumple seis meses de permanencia en la Cooperativa, sortean las parcelas, y la Junta Directiva de la Cooperativa te comunica qué parcela te ha tocado. Recuerdo que entonces uno de los responsables de la Cooperativa era Mateo Silvestre. La parcela me la dieron en Cuarto Pueblo, aunque yo había llegado a Pueblo Nuevo donde estaba viviendo hasta ese momento. Sentí una gran alegría de saber que ya tenía un terreno, ¿y dónde queda? Pregunté... La Junta nos mandaba con el Comité de vigilancia, porque ellos sabían bien dónde quedaban los mojones de cada parcela; no era fácil orientarse. La parcela que me tocó a mí, tenía unas diez cuerdas de ancho y otras cuarenta de largo, -eso en mi caso-; había parcelas con otras trazadas de diferente manera, pero siempre con la misma medida, 400 cuerdas de terreno. Cuando llegué a la parcela me sentí algo dichoso, sabiendo que iba a ser el dueño de aquella tierra. La junta nos daba un carnet, con el número de la parcela y el nombre del cooperativista; luego nos entregaban una certificación; era como un título de “propiedad” pero no escritura, sino más bien un escrito con el que la parcela quedaba registrada en el archivo de la Cooperativa.

La Cooperativa tiene su reglamento:

1. Cada asociado tiene que conocer el reglamento de la

Cooperativa, pide que alguien se lo explique bien, y si estás de acuerdo, pides el ingreso.

2. Tienes que buscar un padrino para entrar en la cooperativa; un padrino que ya es socio y a la vez testigo de los progresos que uno ha realizado durante seis meses, y luego te asignan y entregan una parcela y el lote en el pueblo.
3. Hay que cumplir con las colectas que demanda la Cooperativa, que sirven para los gastos de la Junta Directiva, para que se movilicen a la Capital para hacer las gestiones de la escritura de la tierra y otras actividades propias de la Cooperativa.
4. Se elige un líder en cada Centro para reunir las colectas y organizar la mano de obra para el mejoramiento de la comunidad.
5. Cada 15 días había una reunión en el Centro para ver qué trabajos hay que hacer; tienen que asistir todos; el que falta, tiene que tener el permiso, si hay que pagar una multa para cumplir con el reglamento.
6. La educación con la familia durante los seis meses es bien evaluada, si no te has emborrachado, si no has pegado a tu esposa... todo el comportamiento.

NOSTALGIA DE SAN MARTÍN

A veces pensaba en por qué salí de San Martín, porque no tenía ningún problema. Tal vez la razón que me impulsó fue que ya tenía a mis hijos, y pensaba que en el futuro ellos, y los hijos de ellos tendrían que tener un terrenito, y eso no había en San Martín, allí la tierra es pobre. Tenía la esperanza de que la parcela que me pudieran entregar en Ixcán, daría buen resultado. Así fue; era una parcela muy grande, se pierde uno dentro de la gran extensión de toda aquella parcela; esto nos produjo una gran satisfacción a mi esposa y a mí; al fin teníamos tierra. Las distancias también eran grandes, a veces ni nos veíamos con los demás vecinos. Cuando yo llegué a Ixcán seguí con la misión de catequista, hablé

con los Animadores de la Fe y les presenté mi carnet de Catequista.

Sin embargo, las dificultades de los primeros meses no fueron fáciles de superar. En la selva había animales, mosquitos, zancudos, un calor que no te dejaba tranquilo... Luego venían unas lluvias tremendas... La casa no aguantaba. Nos entraba la aflicción, el desaliento. Una de mis mayores tristezas vino después de un año de residir en Ixcán; fallecieron mis dos hijos; les dio la fiebre del sarampión, y Catalina falleció el sábado de ramos de 1976, y mi Hijo Josué Amado el sábado de gloria de ese mismo año; en ocho días se nos fueron los dos. Muchas veces me preguntaba: ¿Qué hago yo aquí? Veía a la demás gente trabajar, y me pude dar cuenta que también las demás familias tenían dificultades. Algunos me aconsejaban que tuviera paciencia, que me iba a acostumbrar.

El problema es que cuando uno no está claro en que uno puede vivir aquí, se enferma, y viene una enfermedad tras otra, y se enferman los hijos y la esposa. Yo me enfermaba, y me daba un tremendo dolor de cabeza, me agarraban calenturas, a veces con fiebres altas; lo mismo a los niños, a ellos más... Iba a la clínica, me daban inyecciones, había que pagarlas, pero las medicinas eran baratas, me calmaban unas horas, a veces un día, pero el mal seguía... Después fui entendiendo que el problema era otro. Y el problema era que psicológicamente yo no estaba bien, siempre pensando en mi casa que había dejado en San Martín, en las dificultades con mi familia...; cuando llegaba a mi champita, no le decía nada a mi mujer, yo me hacía el fuerte, pero cuando me enfrentaba a la montaña de mi parcela, me entraba el desánimo; árboles y más árboles; ¡si aquel terreno lo tuviera en Chimaltenango! También nos costaba conseguir dinero... Había necesidad de cosas que no era tan fácil comprarlas... Y todos estos pensamientos, y las dificultades... no me ayudaban para salir de la enfermedad.

Cierto día, caminando por Pueblo Nuevo, me fui a sentar debajo del árbol más grande, tal vez, que había allí, era un árbol de caoba inmenso; no nunca había visto un árbol así. Llegué allí desconsolado, y empecé a pensar, ¿qué voy a hacer? Tengo que decidir: o regreso a San Martín, o me quedo aquí. Y allí debajo del árbol empecé a pensar, estaba sentado, dando vueltas en mi cabeza una pregunta,

otra pregunta, las dificultades: ¿Qué voy a hacer Dios mío? Pero en eso recordé un pasaje de la Biblia, cuando Adán y Eva estaban en el Paraíso, y es que aquello se parecía a un paraíso de verdad, y me preguntaba, ¿sería que Dios ya les dio todo el trabajo hecho a Adán y a Eva, o no más los dejó tirados bajo la montaña del paraíso? Como uno lee que era un Paraíso terrenal... debía ser algo bonito. Y yo estaba igual. ¿Qué vas a hacer aquí, Marcelino, qué vas a cultivar? ¡Si me voy, me regreso, perderé la gran oportunidad! Y en ese momento tomé la decisión, si me muero me moriré en el Ixcán. Fue una decisión firme. Siguiendo decisión, ¿me voy a seguir el trabajo en la Iglesia? Tenía que reconciliarme, esto era claro para mí. Y volví a responder: Sí, voy a seguir siendo Catequista. Otra decisión: ¿Y de qué voy a vivir? Tengo que ser comerciante, ¿cómo? Todavía no lo sé; y también tengo que seguir en la Cooperativa. Entonces me decidí por seguir trabajando en la Iglesia, ser comerciante, para tener lo necesario para vivir y, formar parte de la Cooperativa.

Cuando uno está en medio de la parcela, hay que tener mucho cuidado, porque uno se puede perder. Ya sabíamos, porque así nos avisaron, que si uno se pierde... Recomendaba la junta, que si ven que están perdidos y no saben regresar a su casa, se suban a un árbol, lo más arriba que puedan, allí se amarran con un lazo o con bejucos, para esperar, y gritar que lo vengán a buscar. La familia avisa también a la Junta Directiva si al final del día faltó alguien de la casa, que avisan a todos los asociados, y se organiza una comisión para buscar a la persona, tratando de adivinar los caminos por donde pueden estar... Hubo personas que fueron encontradas tres días después; y los que se han perdido, la gente los busca y los encuentra en medio de la selva.

QUIERO COMERCIAR

No conocía el pueblo de Barillas, en Huehuetenango, un pueblo con el que la gente comerciaba mucho. Era el municipio más cercano que había. No existía Cantabal, en Playa Grande. Se me ocurrió hacer un viaje a Barillas para conocer cómo era el pueblo,

el mercado y demás. Y tomé la decisión de ir a Barillas. Fue otra buena decisión.

Yo estaba sentado debajo de aquel inmenso árbol; fue como una profesión de fe: Aquí me voy a quedar, y aquí me voy a morir. Desde ahora en adelante, Ixcán será mi tierra. Me levanté, y me fui alejando despacito de junto aquel árbol... Sentía más paz, más tranquilidad. Como que me hubiera quitado un peso de encima. Pero en realidad, no había cambiado nada todavía.

Llegué a la casa, me encontré con mi esposa y le dije: María, quiero que me prepares algo de comer para ir de viaje; me preparó un poco de totoposte, con algo más de comida. ¿Qué vas a hacer? Me preguntó. Quiero ir a Barillas. Voy a solicitar dinero y voy a ir a ver qué venden... Me dijo, andáte, yo me quedo. No sabía qué camino me esperaba. Tardé día y medio en llegar a Barillas; cuando llegué por un lugar que se conoce con el nombre de El Canchoch, oscureció y empecé a buscar un lugar para descansar y pasar la noche, ya iba muy cansado, pero pude llegar todavía a San Ramón. Entonces uno podía caminar sólo por aquellas veredas, preguntando a la gente con la que te encontrabas, no había temor, porque no se conocía ni siquiera qué era un ladrón por aquellos lugares. Pregunté en San Ramón que cuánto faltaba para Barillas; allí me dijeron que para llegar con tiempo había que salir como a las dos de la mañana. No dormí mucho. Escuché que ya se movían las bestias de otras personas que caminaban igual que yo, y me pegué detrás de algunos señores que iban al mercado con sus bestias. Al fin llegué a Barillas. No es un pueblo grande, como Huehuetenango... Pero había cosas, había mercado. Fui dando vueltas para ver todo. Compré dulces, medicinas, jarrillas, utensilios de plástico, tambitos, lo fui colocando todo en una red, como acostumbra a hacer la gente cuando va al mercado; por fuera, amarré a la red cubetas y otras cosas... Tal vez eran ochenta libras de peso. Empecé el camino de regreso; llegué a San Ramón como a las cinco y media de la tarde. Allí la gente habla kanjobal, y yo pregunté dónde se podía pasar la noche; me indicaron por señas que podía quedarme en la escuela. Y ¿dónde hay para comer? Pregunté; también me dijeron dónde vendían tortillas. Mientras

tanto, yo tenía allí conmigo toda la mercadería, y la gente empezó a preguntar si vendía. Les dije bromeando que sí, porque como no podía hablar el kanjobal, no sabía cómo expresarme, era con señas. Total que la gente entendió que era comerciante y llegaba a vender cosas... Extendí la red con todo lo que llevaba, y la gente empezó a ver y a comprar. Seguí el camino al día siguiente, con menos carga, y llegué al Primer Centro; e hice lo mismo; vendí todo lo que llevaba. De tal manera que cuando llegué a Pueblo Nuevo nada más me quedaban los dulces que había comprado. Había vendido toda la mercadería. Me quedé sin nada. No sabía qué le iba a decir a mi señora. Eso sí, conseguí dinero. Llegué a la casa para saludar a mis hijos y a mi esposa que se extrañó que llegara sin carga, porque según ella, que iba a comprar a saber cuántas cosas. Le expliqué qué había pasado por el camino y le di todo lo necesario para el gasto; quedó conforme. Decidí regresar a Barillas; al lunes siguiente me puse en camino. Estaba contento, porque ya conocí Barillas. Así empecé a comerciar. Cada semana viajaba a Barillas. En un momento dado viajé a Huehuetenango a conseguir medicinas. Los fines de semana, estaba en la Iglesia.

Con todo esto, el dolor de cabeza ya no me afectaba. ¡Ya no tengo dolor de cabeza! Me dije... ¿Dónde se fue mi enfermedad? ¡A saber! Ahí me di cuenta que lo psicológico lo aprieta a uno cuando no está claro de las cosas, la mente se turba, se te mete la tristeza, y la angustia crece tanto que es más grande que las propias fuerzas... Y la enfermedad va haciendo su trabajo y te enfermas. Creo que desde que tomé las decisiones que tenía que tomar, también cambió mi vida. Y cuando caí en la cuenta ya no tenía nada. Seguí comerciando. Como los negocios me iban bien, decidí viajar hacia México, cruzando la frontera, que no se distinguía dónde estaba la frontera, hasta un pueblo que se llamaba Agua Tinta, en dirección a Comitán. Todo a pie. Las camionetas llegaban hasta Agua Tinta desde Comitán. Este viaje duraba tres días. Había otras personas que iban a comerciar igual que yo. Uno puede ir vendiendo por los caminos, por las casas que hay en los caminos. Se puede conocer a mucha gente. Los comerciantes conocen a mucha gente. Así uno va viendo cómo se puede mejorar la vida, humanamente hablando. Así empecé mi trabajo en Ixcán,

como comerciante. Pero el fin de semana, siempre lo dedicaba a la Iglesia; era comerciante y era Catequista.

Uno se siente alegre al poder trabajar en el propio terreno; podía caminar todo el día..., viendo los árboles, registrando no salirse a la parcela de otro vecino; hay que caminar junto con el vecino para ver por dónde van quedando los linderos de cada uno, los mojones; como el terreno está en medio de la selva, uno se puede perder... Y las brechas todas se parecen, y no conviene equivocarse; por eso que nos dan un plan, y nosotros íbamos colocando los números que limitan con los terrenos de la parcela de los vecinos.

Junto con la parcela nos entregaban también un lote en Cuarto Pueblo. En un primer momento hice una pequeña champita en el pueblo, pero luego también hice otra casita en la parcela, de hoja de *Posh*, o palma de corozo, que es la hoja de manaco. Para las paredes empleábamos palo rollizo... Dentro de la parcela había que ir ubicando todo lo que hay dentro de la parcela, es algo hermoso.

NUESTROS HIJOS NECESITAN ESCUELA

Con el tiempo vimos que era necesario vivir en el pueblo, porque allí había escuela; porque ¿cómo mandar los niños desde la parcela a la Escuela del pueblo ellos solitos? No se puede...

Lo primero que hice fue desmontar, para sembrar el maíz... Era un terreno virgen, que nadie lo había tocado... En la Cooperativa nos hablaban de que era la primera vez que un ser humano iba a cultivar aquellas montañas. Empecé a notar, que en ciertos lugares por donde iba desmontando nacían unas plantitas que daban un tomatito chiquito, pero de muy buen sabor. Yo me preguntaba, ¿cómo apareció aquí la semilla de esos tomates? Cuando crecía la milpa, también crecían estos tomates, y nos servían de alimento... En Ixcán había gente que cultivaba café, cardamomo, achiote... y sobre todo, maíz, frijol, algunas verduras... Para sacar la producción se hacía con las avionetas; también había

gente, sobre todo de Los Ángeles, Mayalán y otros sectores, que empleaban mulas para transportar la carga.

Cuando uno está en la parcela, en medio de aquella tierra que se te concedió, te vienen las ganas de rezar, de levantar los ojos al cielo: “Dios mío, ¡cómo eres tú con nosotros! ¿Papá, cómo eres tú con nosotros, porque yo no sembré el tomate, y aparece en mi parcela? ¿Cómo es que la semilla fue traída por los pájaros, o por quién? ¿Dónde estarán los descampados, donde estarán los sembrados de este tomate, para que los pájaros hayan traído la semilla?” Porque uno puede caminar un día entero por la selva y no encuentras un trabajadero, un lugar donde haya tomates sembrados, entonces, ¿cómo fue que llegó hasta aquí la semilla? ¿Cómo es que al limpiar la tierra y desmontar para sembrar la milpa, resulta que nacen estos tomatitos? Era algo de admirar... Yo siempre sembraba sin echar abono... Lo único que hacíamos era la rotación de los terrenos para cada año. Lográbamos tener suficiente comida en ese tiempo. Con el P. Woods podíamos platicar todo lo que nos pasaba; un día se me ocurrió decirle que me gustaría traer unas vaquitas a Ixcán, porque comprobé que se podía dar el zacate, y eso servía para que las vacas pudieran comer; estuvo de acuerdo. Sólo le dije que iba a ir a Chimaltenango a comprar las vacas. Nos pusimos en camino como cinco personas con el mismo objetivo. Pero antes quisiera decir algunas palabras sobre la vida del fundador de las Cooperativas de Ixcán.

EL PADRE GUILLERMO WOODS

Me encontré con él por primera vez en Huehuetenango. Como ya señalé, un paisano me lo presentó. Hablamos unos momentos, no mucho. Me di cuenta que era una persona amable, hablaba como gringo, pero rápido buscaba la manera para entrar en confianza con nosotros; nos habló de lo que estaba haciendo, y se veía con mucha esperanza y alegría; tenía mucho entusiasmo, así era el padre Guillermo. Me dijo que cuando llegara a Ixcán me iba a dar cuenta del gran proyecto que se estaba realizando para los pobres, un proyecto que es de los pobres. Cuando tú llegues te darás cuenta de la importancia de aquella Cooperativa y cómo

este proyecto va a ser para sacar a la gente humilde de la pobreza; yo le presenté mi familia, los saludó a todos, a mi esposa y a los chiquitos. Vi que estaba alegre porque nos íbamos a ir con él a Ixcán.

Estando en Pueblo Nuevo Resurrección, o Tercer Pueblo, empecé mi trabajo en la Iglesia, no inmediatamente, como ya queda dicho. Tal vez se repitan algunas cosas... El P. Woods llegaba un sábado cada quince días; lo primero que hacía era ir a reunirse con la Junta Directiva, y después tenía reuniones con los Catequistas, o dar un Curso a los Catequistas. El domingo se reunía toda la gente y celebraba la Santa Misa. En cada viaje trataba de abarcar dos Cooperativas, por ejemplo, visitaba Pueblo Nuevo y Cuarto Pueblo, y en otro viaje Mayalán y Tzalbal. Cada quince días se hacía presente; ahora bien, si había urgencias, llegaba cuando lo necesitaran. A los Catequistas les daba su tiempo, tanto en las reuniones como para hablar con él. Era muy solidario con la gente. Es difícil encontrar un sacerdote de esa calidad. El es un gringo, que viene de Estados Unidos, y ver la amabilidad que tiene con la gente de Guatemala que somos nosotros, como si fuéramos su familia, no solo con la Junta Directiva, sino con todos, era algo lindo... La avioneta del Padre Woods servía de ambulancia para llevar enfermos a Jacaltenango, a Huehuetenango, a la Capital... donde hubiera que llevar a las personas necesitadas, para sacar a señoras que iban a dar a luz... Allí en Jacaltenango había un hospital que dirigían las Hermanas religiosas de la Congregación Maryknoll; el P. Woods llegaba con frecuencia a ver a estas Hermanas religiosas. Trataba de que en la Tienda de la Cooperativa, siempre hubiera lo necesario y más urgente para la gente: azúcar, jabón, láminas... De lo demás no se preocupaba tanto; de la ropa, cada quien se encargaba. La Cooperativa se encargaba de las primeras necesidades. Todo esto lo traía en la avioneta. El tenía otros dos pilotos que hacían dos o tres viajes al día con las avionetas. Sobre todo los viajes se hacían a Tzalbal, Pueblo Nuevo y Mayalán, que eran los grandes centros de la Cooperativa.

Su carácter era muy abierto, y cuando llegaba a las reuniones ya sabíamos si venía molesto, triste o contento; pronto nos dimos

cuenta de sus preocupaciones. Nos habló que el Gobierno le estaba poniendo demasiadas dificultades, era como una persecución del gobierno, de los militares. Nos dábamos cuenta que la presión de los organismos del Estado le causaban dolor, porque a finales de 1975 los problemas ya se habían desencadenado, aunque no llegaron a tener la gravedad que alcanzaron más tarde; pero el buen funcionamiento de las Cooperativas empezó a tropezar con grandes obstáculos⁵.

1976. EL TERREMOTO DE GUATEMALA

El 4 de febrero de 1976 fue el terremoto de Guatemala. En ese tiempo el Gobierno de Guatemala ya estaba listo para empezar la guerra con Belice; pero con el terremoto, se paró lo de la guerra.

A pesar de todo el trabajo en las Cooperativas, el P. Woods empezó a solidarizarse con los damnificados del terremoto. Organizó a las Cooperativas, y les dijo que así como la Iglesia les había ayudado para conseguir un terreno, también nosotros, ahora, teníamos que ayudar a la gente que había sufrido el terremoto en otros lugares del país. La gente colaboró con mucho maíz; pidió que llevaran el maíz a la pista de cada lugar; el mismo P. Woods, consiguió un helicóptero Chinoc, de dos hélices, nosotros preparamos el gran bulto, como una gran red y el aparato levantó todo aquel cargamento... Llevaba el gran bulto como que fuera un gavilán...

Fue así como el P. Woods no sólo nos hizo ver que la Iglesia colaboraba con nosotros, sino que nos ayudó a ser solidarios y ayudar a los demás. Y nos decía, esto es la vida de la Iglesia, preocuparnos unos por otros. Cuando lo mataron, toda la gente lo lloró, *¡nunca va a llegar con nosotros otro sacerdote como el Padre Guillermo Woods!*

⁵ Ver el documento REMHI de Ixcán realizado por el Equipo REMHI de Ixcán, y publicado por la Diócesis de Quiché, con la presentación de Monseñor Julio Cabrera Ovalle, entonces Obispo de la Diócesis, y que lleva por título: TIERRA, GUERRA Y ESPERANZA «Memoria del Ixcán» (1966 - 1992). Ixcán, Guatemala, abril 2000. Consultar también la biografía del P. Guillermo Woods escrita por el H. Santiago Otero, 2006.

Recuerdo que un día llegó a una reunión con nosotros, le gustaba sentarse y colocar sus piernas con las botas encima de la mesa, y empezó a decirnos: Hermanos: Un día tendré que morir yo aquí con ustedes, y ya no estaré, pero yo aquí me voy a morir con ustedes. Y lo que yo quiero es que estén unidos en el trabajo, -esto nos lo recomendaba mucho-, quiero que piensen en ver si están preparados para defender el terreno que ya tienen, y que nos preocupáramos del bienestar de cada familia. A los Catequistas nos decía: Ahora estoy con Ustedes, pero ¿qué van a hacer cuando yo no esté? Era su pregunta. Yo creo que Ustedes ya tienen la capacidad de guiar la Iglesia, ¿qué van a hacer Ustedes si a mí me matan?

No teníamos nada que decirle, nos quedábamos en silencio. Como insistía, entonces le dijimos que no deseábamos que le pasara nada, pero cada Catequista quedó con la impresión de que aquellas palabras eran como una despedida. En nuestro corazón sabíamos que teníamos que hacer como Pedro hizo con Jesús: Te seguiremos donde vayas, le dijo Pedro a Jesús. Su preocupación principal estaba en el tema de la tierra, porque no todos estaban claros de lo que había que hacer, el gobierno y otras organizaciones estaban manipulando la cosa a espaldas del P. Woods. Él se movía con autoridades del gobierno, de las gobernaciones, de las municipalidades. Se relacionaba con los responsables del INTA, con organizaciones internacionales. Siempre para buscar el bien de la gente de Ixcán.

La Iglesia le daba todo el apoyo. Monseñor Juan Gerardi era entonces el Obispo de Quiché y, Monseñor Víctor Hugo Martínez el Obispo de Huehuetenango; en lo pastoral, nos coordinábamos con la Diócesis de Huehuetenango, dado que las comunicaciones con la avioneta eran todas con Huehuetenango, aunque estábamos en territorio del departamento de Quiché.

El P. Woods era un sacerdote amigo, fácilmente se acercaba a la gente; no había problema con acercarse a él, no había que cuidarse en colocarle una buena silla, o darle algo arreglado para comer, nada... a veces llegaba y se sentaba sobre trozas, como si fuera un campesino, como nosotros... Cuando veían que se acercaba

la avioneta del Padre Woods y aterrizaba, la gente se alegraba, sobre todo los niños gritaban: “¡Ya viene el Padre... ya viene el Padre...!” Y corrían todos a buscarlo. Era como un papá con sus hijos, todos lo saludaban. No era que les trajera dulces, pero sí le gustaba fregar a los niños, y también a la demás gente... Era como un familiar al que se conoce mucho... y llega a su casa. Su casa era la casa de todos y la casa de todos era su casa; y así sigue ahora, que hay una foto del P. Woods en cada casa de Ixcán.

Y por todo eso es que nos duele tanto que lo hayan matado. En ese tiempo, a mí me habían nombrado para trabajar en el Aeropuerto de Guatemala. Allí la Cooperativa tenía un Hangar, el n° 13, donde estaba el almacén con las cosas necesarias para la cooperativa, los productos que se traían de Ixcán... Se alquilaba. Pero también había una radio para que nos pudiéramos comunicar con las sedes de las cinco cooperativas y otra en Huehuetenango. Yo estuve encargado del Hangar n° 13 casi tres años. Empecé este trabajo en 1976. David, era un joven norteamericano, que trabajaba como piloto con una de las avionetas que tenía la Cooperativa. Cuando nos comunicamos con todas las Cooperativas y nos dimos cuenta que el Padre Woods y los pasajeros que iban con él no llegaron, ya nos asustamos. Luego supimos que su avioneta cayó en las montañas de Cotzal. Nadie sabía si había sido un accidente, o si tal vez lo habían matado. Cuando la gente se enteró de la noticia en todos los pueblos de Ixcán lloraba por el P. Woods como si hubiera muerto un miembro de la propia familia. Todos sabían que él no quiso morir, estábamos cien por ciento seguros que esa avioneta la habían bajado, y así lo creemos porque el control del ejército era muy fuerte; querían terminar con su vida.

Yo me encontraba haciendo llamadas por radio en el Hangar 13 de La Aurora, empecé a llorar. Pero David y otras personas de los padres Maryknoll fueron a Cotzal, al lugar donde cayó la avioneta del P. Woods, ya no encontraron mucho... Cuando este amigo regresó de nuevo al aeropuerto con algunas cosas de la avioneta, al hangar n° 13, nos mostró el sillón en el que iba sentado el P.

Guillermo, el sillón del piloto; tenía sangre y señal de balas... se podían notar las señales de las balas, lo que quiere decir que dispararon desde tierra contra la avioneta del Padre Woods, por lo menos un proyectil cruzó el sillón del P. Woods. Yo guardé el sillón de la avioneta en la parte superior de la bodega del Hangar 13 en el Aeropuerto de La Aurora. Los restos del P. Guillermo los enterraron en Huehuetenango.

Con su muerte sentimos que todo se nos venía abajo; todas las Cooperativas quedaron huérfanas... Con la "ausencia" del P. Woods, el ejército fue el que empezó a trasladar las cosas y productos de la gente de Ixcán, con Arawat o helicópteros... Quisieron ponerse de nuestro lado, para que no fuéramos a sospechar que ellos lo habían matado, porque se oponían al trabajo del P. Guillermo. Nosotros sabíamos muy bien sus intenciones. Llegaba el coronel Fernando Castillo, y parecía dolido por la muerte del P. Woods, nos dijo que había que continuar con el trabajo del sacerdote, y que para eso estaban los aviones de la Fuerza Aérea. Pero esto lo hicieron poco tiempo. Unos meses después llegó el ejército para tener una reunión con nosotros, con toda la Cooperativa, que lo que iban a hacer de ahora en adelante sería para dar seguridad a toda la gente, para que vean que nosotros estamos a favor del pueblo. Y lo que hizo fue poner un destacamento en Cuarto Pueblo, otro en La Resurrección, en Los Ángeles, en todas las Cooperativas. Pero esto también fue el inicio de la represión. Estando allí controlaban mejor a los líderes, y así como empezaron a secuestrar a los dirigentes. Cuando algún tiempo después empezó la guerra en Ixcán, el ejército se apropió del hangar 13, y las cooperativas ya no tienen nada que ver. ¿Qué hicieron con todas las cosas? No sabemos. Más adelante, al hablar de los años de la violencia, quiero detenerme en algunos hechos concretos, para entender lo que fue la guerra en Ixcán.

Lo importante fue que antes de su muerte, el padre Guillermo Woods, ya había dejado arreglados los títulos de los terrenos de las Cooperativas, y pudimos seguir trabajando.

¿SE PUEDE CRIAR GANADO EN IXCÁN? VIAJO A SAN MARTÍN

Esta es otra historia que quiero narrar. Cuando sembré la milpa... un día se me ocurrió la idea de ir a la pista donde aterrizan las avionetas, porque allí había zacate, una especie de grama con buena semilla. Llevé un costalito, y fui a recoger la semilla de la grama, la metí en el costal... Cuando llegué a mi parcela, regué la semilla en el terreno donde estaba de la milpa, y como la bendita agua que nunca falta, siempre llega, al poco tiempo apareció el zacate. En ese momento tomamos la decisión de comprar vacas y traerlas a Ixcán, como ya señalé anteriormente.

Cuando fue el terremoto del 4 de febrero, yo me encontraba en San Martín Jilotepéquez... Había ido al pueblo donde nací para comprar las vacas. Pensé que llevando algunas podría ser como la semilla para reproducir las vacas en Ixcán; compré seis vacas, un caballo y una mula. Los otros compañeros que vinieron conmigo también compraron.

A las tres de la mañana del 4 de febrero estábamos juntando el ganado, para cargar el camión con todos los animales; pensamos que el camión podía llegar hasta Barillas. Pero estaba desatando las vacas, cuando en ese preciso momento, empezó el movimiento de la tierra por el terremoto... Escuché un gran ruido, como un viento que venía... cuando sentí, ya estaba caído en el suelo, también las vacas se hincaron, mugían, con la boca para arriba: ¡muuu... muuu! Es como que las vacas gritaran a Dios, porque se hincaron y mugían, mirando hacia arriba. Se escuchaba el ruido de los animales, de casas que se derrumbaban, de piedras... Ni siquiera me preocupé en amarrarlas de nuevo; corrí hacia la casa de mi papá, pero ya no lo encontré, porque él había salido a buscarnos a nosotros... Volví a buscarlo y lo encontré en el camino de vuelta, regresando a la casa... Nuestra casa se había caído, todo por tierra; en eso vi a mí mamá en medio de la oscuridad, que estaba junto al fuego y le dije: ¡Mamá...! ¿Y qué pasó hijo?, me respondió... Estaba todavía juntando el fuego,

sentada al lado del fuego... estaba rezando... Y casi no se había dado cuenta que se había caído toda la casa, que era de adobe... y a ella no le había pasado nada, ni el menor rasguño. No le cayó ningún palo encima... Y me dijo: ¡Tu hermano ya se murió! Empecé a buscarlo: ¡Edmundo... Edmundo...! Y me respondió, pero como que estaba dormido... Le quitamos los adobes y los palos de encima, gracias Dios, no tenía ningún golpe. ¿No te pasó nada? No, nada... Luego fuimos a la casa de mi sobrino Demetrio, llamamos, sólo el lloro de una niña; tenía una hija chiquita que se llamaba Yolanda... de unos cuatro o cinco años; la sacamos, pero su papá y su mamá ya habían muerto... ¡Falleció tanta gente en la aldea! Pero fue peor en el mero pueblo de San Martín, allí era más fácil caminar por los tejados, no se sabía dónde estaban las calles... Hicimos una lista de todos los fallecidos en la aldea, cavamos una zanja grande, y comenzamos a llevar a todos los fallecidos; cargábamos a la gente sobre nuestra espalda, para llevarlos hasta la fosa... El terremoto los agarró dormidos, y la gente quedó en distintas posiciones, sobre todo, encogidos... Era triste ver cuántos niños fallecieron debajo de los escombros. Los íbamos colocando junto a los adultos en la fosa, encima de unos petates que colocamos abajo; los cubrimos con un nylon... Y echamos la tierra, allí todos juntos. A otros se les dio sepultura cerca de su casa...

Uno quiere llorar, porque siente esa gran tristeza al enterrar los muertos. Pero no se puede llorar. Es la voluntad de Dios, también nos llegará a nosotros. Quieres llorar, pero los ojos ya no tienen lágrimas o no las quieren soltar, ¡tenemos los ojos secos! Estamos enterrando a la gente, sin saber quién nos va a enterrar a nosotros. Estamos como mudos... El terremoto dejó a toda la gente en un solo llanto... Es difícil explicar cómo pudo suceder todo aquello. Fuimos enterrando a toda la gente. Sólo pensando que el Dueño de la tierra es Dios, y que él quiso recoger a la gente... La mayoría de los pueblos de Chimaltenango sufrieron la misma tragedia. En esos momentos de tristeza la gente llora sin consuelo, y uno le dice, qué se va a hacer, Dios lo hizo, él sabe...

Hay una historia... Antes del terremoto, aparecieron por los

potreros de las montañas muchos coyotes aullando... y se miraba que andaban con las crías. Se metían en las casas, y se comían los animales que encontraban. A la gente le daba miedo caminar después de las cinco de la tarde. Yo me preguntaba cómo la naturaleza, la creación, Dios tiene su manera de avisar a la humanidad, pero nosotros no somos capaces de interpretar la naturaleza, nos falta más acercamiento a la naturaleza, para interpretar las señales que el Padre Dios nos quiere comunicar. Lo extraño es que después del terremoto, los coyotes desaparecieron. ¿Dónde se fueron? Nadie sabe. Uno sólo se puede preguntar que lo que pasó, fue que dieron el aviso a la gente y se fueron. Para mí es como un misterio, cómo Dios por medio de la naturaleza nos comunica lo que va a suceder.

REGRESO A IXCÁN

De todos modos, decidí seguir con el plan de llevarme el ganado para Ixcán; pero primero nos pusimos a trabajar para levantar una casita para mi papá y mi mamá; clavamos nuevamente los horcones, y levantamos otra vez la casa... Era más sencilla que la anterior. Pero trabajamos rápido.

Los que habíamos llegado a San Martín desde Ixcán, estábamos con la preocupación de la familia que habíamos dejado. Mi hermano Marcos (que luego murió en la violencia), también había venido, estaban otros paisanos de La Estancia de La Virgen, éramos cinco hombres. Conseguimos reunir unos 32 animales. Pero con el terremoto todas las carreteras quedaron cerradas. Nos pusimos en camino a pie, llevando los animales... En Quiché, conseguimos un mapa del departamento. Habíamos salido de San Martín hasta Joyabaj, luego pasamos por Chiché, luego Quiché, de aquí a Sacapulas, de Sacapulas a Nebaj, luego seguimos hasta cerca de Chajul, para cruzar y bajar a Ilóm; de Ilóm a San Luis Ixcán, de San Luis a Tzabal, de Tzabal a Pueblo Nuevo, y de Pueblo Nuevo a nuestra parcela. Fueron catorce días y medio. ¡Caminaron los animales..! Compramos tubos de goma de las llantas de las ruedas de los vehículos, las vejigas, digamos, y las

arreglamos bien, para colocárselas en los cascotes de las patas de las vacas, se las amarramos bien; sus cuatro patas estaban calzadas con esos “zapatos”; las bestias que traíamos, las habíamos herrado. Así pudieron caminar las vacas. Nunca apresuramos las vacas, sino que las dejábamos a su ritmo, despacio, porque tenían que venir comiendo, y tenían que beber agua; uno pierde la noción del tiempo, en qué día de la semana estamos... Comprábamos comida por el camino, aunque teníamos problema con la gente de lengua k'iché... y con los de lengua ixil... Por ejemplo cuando llegamos a las aldeas de Nebaj, pedíamos tortilla y la gente se escondía; cerraban la puerta de la casa, no sabíamos cómo decirles, se nos ocurrió llevar el dinero en la mano, para que lo vieran, haciendo el gesto de que teníamos hambre... Sólo nos señalaban dónde estaban las tortillas, tomábamos las tortillas del comal o de la canasta, y les dejábamos el dinero. No nos las entregaban. Les daba miedo. Nosotros juntábamos las manos, les agradecíamos y seguíamos el camino. Así caminamos y caminamos subiendo y bajando laderas de montañas. El camino desde San Martín a Ixcán, es un camino tan largo... En Tzabal encontramos un potrero con buen zacate, y hablamos con el dueño, le pagamos para que se quedaran allí los animales pastando y descansando; también había agua. Nosotros seguimos hasta Pueblo Nuevo, cada uno a ver cómo estaban nuestras familias. A los ocho días regresamos por las vacas, las encontramos en el mismo lugar donde las habíamos dejado.

La crianza de las vacas resultó muy buena. Podíamos ordeñar para consumir leche. Las pudimos reproducir, y los animales se fueron multiplicando; funcionó la crianza de las vacas. Aquí lo que no funcionó fue el ejército, que llegó para acabar con todo lo que teníamos.

Pues resulta que después del terremoto llegó el P. Woods a Pueblo Nuevo, y preguntó por los sanmartinecos... Y cuando le contaron que estaban en San Martín, se echó las manos a la cabeza: “¡Ya se murieron..!” Pidió que un Catequista de Cuarto Pueblo lo acompañara en la avioneta, para que fuera a San Martín a enterarse bien de si nosotros estábamos vivos o no; y cuando llegaron a San Martín, ya les dijeron que nosotros íbamos de camino para Ixcán.

Que todos los de Ixcán estaban vivos... El padre Woods quedó más tranquilo. Su preocupación era la gente de la ciudad Capital.

25 DE FEBRERO DE 1976: HISTORIA DE UNA MUJER DE PUEBLO NUEVO

Sucedió que una mujer que se llamaba Rosa y ya vivía con su esposo pero no estaba bautizada se enfermó. La gente decía que esa mujer tenía dos espíritus... Yo no me enteré de cómo comenzó este problema, porque no estaba en el pueblo. Nos llamaron para que la fuéramos a ver a su casa. Me fui con mi difunto hermano, Marcos, porque su esposo nos avisó que tenía un mal espíritu, nos contaba que tenía unas reacciones muy raras, hacía cosas que daban miedo.... Cuando llegamos a la casa, la mujer estaba durmiendo... Hay otros catequistas que ya habían llegado primero. Nos contaron todo lo que ella hacía, que hasta me entró un poco de miedo.

Después de un rato, de repente, se levantó la mujer, saludó a todos y comenzó a predicar; pero yo analizaba que todo lo que decía estaba escrito en la Biblia, y hasta citaba el lugar donde se encontraba lo que decía... Empezó a decir que era María... Yo lo cuento como lo vi yo y mis compañeros, los que estábamos allí. Les dije a los Catequistas que no se asustaran porque decía que la Virgen estaba en ella. Se tiró por el suelo y se puso a caminar como una lombriz, con la cabeza arrastraba todo su cuerpo, sin mover los pies; como una culebra; era algo muy extraño... Después empezó... como que iba a parir un niño, se metió debajo de la pila donde lavan los trastes, se ensució, y luego empezó otra vez a predicar de Jesús; hablaba de las cartas de San Pablo... Yo estaba escuchando atentamente sin decir una palabra, pensando en lo que me habían dicho, ¡cómo podía ser que tenía un mal espíritu! Luego le pidió a su esposo que le cortara unas ramas de un árbol de naranjo que tenían junto a la casa, y se paraba con los pies descalzos sobre las ramas, que tienen espinas... Esto es lo que yo

vi y los catequistas de ese tiempo pueden confirmar lo que estoy diciendo. Eran ya como las once de la noche.

Después ella decía que se le metía un espíritu malo; yo miraba los gestos que hacía. Empezó a dar unos gritos tremendos, que todas las gallinas y los pollos que estaban subidos en los palos junto a la casa, empezaron a revolotear para el suelo... Los perros se ponían a ladrar... Como que algo hubiera llegado a la casa; todos los que estábamos allí nos asustamos... volvió a querer saludarnos a todos, pero nadie le hizo caso, entonces se enojó, se puso roja, se le salían los ojos. Luego llegó hacia mí, otra vez a saludarme..., “¡tú eres mi esposo...!” (su esposo estaba a mi lado y ya me había dicho que llevaba veinte días haciendo esas cosas); se tiró hacia mí con rabia, saludándome fuerte... En ese momento le dije: ¡Rosa!, ¿por qué has recibido ese espíritu malo? Se tiró al suelo, se levantó otra vez, y de nuevo hizo lo mismo... Traté de hacer fuerza, y dije: ¡Si el espíritu malo está metido en el cuerpo de Rosa, que salga...! Otra vez se tiró por el suelo, se estiraba... Yo estaba apenado, pero el esposo me dijo, que no tuviera pena, porque ella actuaba bruscamente, con fuerza. Su pelo se descompuso enteramente, le cubría la cara, comenzó a escupir... y su cabello parecía como ver a un león. Movía su cabeza, y se vino otra vez contra mí... Yo estaba a punto de salir corriendo por el miedo; pero tuve el valor para gritarle con fuerza: ¡Rosa! ¡En el nombre del Hijo de Dios, deja a Rosa libre, sal de su cuerpo, no lo martirices más! La mujer se desplomó, y se quedó por tierra un ratito.

Luego me dejó en paz, y comenzó a bailar como si fuera un payaso, frente a todos. Nosotros estábamos tristes viendo todo lo que estaba sucediendo; volvió hacia mí para decirme que yo era un tropiezo para ella, “porque tú estás apoyado por el viejo de allá arriba... contigo estoy enojada!, ¿por qué no te vas de aquí? -me gritaba-, ¡yo a todos ustedes los puedo mandar fuera; pero con este hombre no puedo, porque está apoyado por el viejo...”

Todo esto nos llevó como tres horas; volví a gritarle recio: ¡Espíritu malo que estás en esta mujer, deja libre su cuerpo! Yo estaba ya molesto y cansado. Su esposo se disculpaba conmigo; les dije a él

y a la mamá de la mujer que tuvieran paciencia por todo lo que le sucedía a Rosa.

Algunos días después hablamos con el padre Guillermo Woods... Después esta mujer y su esposo se acercaron a la iglesia, se bautizó y luego se casaron; tuvieron un camino mejor, y ya no se enfermó más; ese día 25 de febrero de 1976 fue la última vez.

Cuando les hablo a mis hermanos, siempre les recuerdo que los cristianos que hemos aceptado ser los líderes de cada comunidad, debemos tener el valor de acompañar a nuestras comunidades y a las personas necesitadas de nuestro apoyo.

PROBLEMAS EN LAS COOPERATIVAS

Ese mismo año 1976 sufrimos dos problemas muy fuertes en las Cooperativas.

Primero: Algunas familias del Segundo Centro se vuelven inconformes y no aceptan las condiciones del reglamento de la Cooperativa. El problema se hizo grande, porque ellos no están de acuerdo con la distribución de la tierra... La Cooperativa tomó la decisión de sacarlos; hubo que cuidar las casas para que no se volvieran a meter... La Cooperativa les reconoció el trabajo y les pagó la casa que tenían.

Segundo: Los de Ixtahuacán llegaron a Ixcán procedentes de Huehuetenango, y empezaron a invadir los terrenos de las Cooperativas; y tenían un ingeniero midiendo... Llegamos, les quitamos los aparatos y los fuimos a entregar a la Capital. La gente de esa comunidad se enojaron mucho y comenzaron a descombrar las montañas de las Cooperativas, construyendo sus casa en los lugares ya entregados por la Cooperativa...

Dos de esas familias fueron después los primeros cooperativistas de Los Ángeles. Se hicieron reuniones con la gente del INTA, y

el mismo Gobierno les firmó el título de los terrenos; por lo mismo, otras personas quieren invadir nuevos terrenos; la Cooperativa pensaba que por ser gente pobre y necesitada hay que hacer algo por ellos; la Cooperativa les entregó terreno a la gente de Ixtahuacán, pero sin pertenecer a las Cooperativas.

Las cuatro Cooperativas comenzamos a trabajar para que la Comunidad de Los Ángeles se mejorara y pudiera integrarse a la Cooperativa.

EL CONTROL MILITAR

Después de la muerte del padre Woods, el ejército nos dijo que ellos iban a ayudar. Pero en diciembre de ese mismo año 1976, comienzan a reubicar cada Cooperativa, diciendo que es para la seguridad de la gente... Y que los aviones y helicópteros del ejército, también van a trabajar por el bien de la gente. Así lo dijo el coronel Fernando Castillo. Pero así fue cómo comenzó el control de todas las Cooperativas. No solo fue un engaño, no cumplieron con lo que nos prometieron. Empezaron las dificultades.

MUERTE DE MIS HIJOS: UNA HISTORIA DIFÍCIL DE ACEPTAR

Marzo de 1977. Con el tiempo nos fuimos acostumbrando a la vida de Ixcán, al clima de la tierra caliente, tan diferente al clima de tierra fría, como eran los pueblos donde mi esposa y yo nacimos.

Ahora quiero contar una historia muy difícil de aceptar. En este año murieron mis dos hijos. Todos tenemos que morir, pero cuando Dios llama a un miembro de tu familia, y más cuando se trata de un hijo, es muy doloroso. La separación de un ser querido es muy dolorosa...

La niña mayor se llama Catalina, tiene 7 años, y el varón se llama Josué. Se enfermaron los dos de sarampión. Catalina murió el sábado de Ramos. Yo me había ido a toda prisa a Cuarto Pueblo para buscar la medicina. Cuando regresé me encuentro a todos

llorando; cuando entré en la casa, la niña estaba en la cama, y me dice mi esposa: ¡Ya murió...! Sentí en mi corazón un dolor tremendo cuando me dijo eso mi esposa. Estaban con nosotros mi hermana y otras personas.

Al ver que ya estaba muerta, yo me acerqué a ella y le hablé: Catalina, tú eres mi hija, cuando estabas viva te acuerdas que te dije que nuestro Padre Dios nos cuida... Tú ya lo estás viendo a hora, frente a frente. Yo todavía me quedo en la tierra. En ese momento contemplé que ella hizo un movimiento; la senté en la cama, la abracé, quería hablarme y me estaba mirando. La gente estaba asustada, y yo sin hallar qué hacer. Se me vino a la mente algo, y le dije a mi esposa: ¡tráigame un poco de agua! Comencé a bendecir el agua y luego le dije: ¡Hija, te doy un poco de agua; con esta agua fuiste bautizada y con esta agua nos llevan al Reino de Dios! Catalina pudo beber un poco de agua y se persignó con su mano, hizo exactamente la señal de la cruz, sin equivocarse... Tomé su manita, la coloqué sobre su pecho, y falleció.

Es un recuerdo imborrable en mi vida. A veces les hablo a la gente de lo que me sucedió con mi niña, y algunos no lo creen. Pero para mí es importante dar a conocer las maravillas de Dios con uno.

A veces uno tiene problemas en la vida como Catequista, me digo: ¡Ya estoy cansado, ya no tengo ganas de seguir! Y uno recuerda lo que ha visto y piensa cómo Dios sigue luchando a nuestro lado, aunque haya sufrimientos, pero seguimos caminando.

A Catalina la enterramos el domingo de Ramos; Josué murió el sábado de gloria y lo enterramos el domingo de Resurrección.

No fue fácil aceptar la muerte de nuestros primeros hijos, como ya dije más arriba; se nos fueron cuando más los necesitábamos; por ellos es que habíamos decidido salir a buscar tierra, para que también ellos tuvieran un lugar para vivir. La muerte de un hijo siempre te taladra el alma. Mi esposa lloró y sufrió mucho... ¡Siempre nos ha dolido la pérdida de nuestros hijos!

Después Dios nos consoló... vinieron más hijos nuevamente; sin

embargo, el primer embarazo no se logró, nació el niño, pero falleció. Después nació un varoncito, le pusimos por nombre de Josué Amado, recordando al hermanito anterior fallecido; luego nació Joel. Los siguientes fueron Reina Azucena, Olver, Florinda, Eliezer y David Vicente; estos cinco últimos los bautizó el padre Ricardo Falla cuando ya estábamos en las CPR. Hoy ya todos han crecido y están bien gracias a Dios.

UNA MUJER ENFERMA.

Era por el año 1979. Nos llamaron para visitar a una mujer que llevaba varios días enferma, se llamaba Amparo; su esposo se llamaba Santiago. Vivían en el Centro Santiaguito, de Ixcán. Está como loca por un dolor del cuerpo y hacía cosas muy extrañas, platica sola... se enoja con su marido... Nos dijo que le había dado mucha medicina para ver si se cura, pero no se curaba. Pensaron que había que llamar a los Catequista, para hacerle una oración. Me invitaron a mí; el esposo me previno que me podía maltratar, que no tuviera pena, porque así ha hecho con otros Catequistas. Tuve que caminar bastante para llegar a la casa de don Santiago.

Cuando llegué, tenían a la mujer amarrada a su cama, para que no se golpeará. Al verme, se enoja... y le decía a su esposo: ¿por qué trajeron a este hombre a mi casa?, ¡yo no quiero verlo aquí! Su esposo, el suegro y la suegra, me animaban diciéndome que no me preocupara de lo que decía, porque nosotros te hemos invitado para que nos hagas una oración.

A mí me daba tristeza y sentimiento mirar a los ojos de aquella señora llenos de dolor, pensando: ¿cómo voy hacer la oración? De repente vino en mi mente la idea de traer agua, y le dije a su esposo que trajera un poco de agua de un nacimiento de agua que tenían; su esposo enseguida me trae una tacita de agua, y agarró a su esposa, de tal manera que no me podía ver a mí. Comencé la oración... a mitad de la oración, empecé a bendecir toda la casa, su cama... cuando el agua cayó sobre ella, se tiró en

su cama. Su marido le acomodó un poco la cabecera. Se quedó dormida profundamente. Seguimos nuestra oración y terminamos con un Padrenuestro...

Después de todo esto, me sirvieron mi almuerzo, y caminé para mí casa. Al domingo siguiente, fuimos al pueblo. Encontré a su esposo en un puesto vendiendo tamales, y también la señora vendía tamales, y les pregunté: ¿cómo es que ella se curó? Y don Santiago, que estaba allí vendiendo tamales, me dijo: con la oración ella se curó. Después que se despertó del sueño, estaba consciente de todo lo que hacía.

Yo sentí cómo la presencia de Dios está con uno. Esta es la misión del Catequista, predicar la Palabra de Dios, asistir a todas las invitaciones que nos hacen los Centros de Cuarto Pueblo. Cuando era por varios días, ya teníamos los conjuntos preparados, y se coordinaban los temas que a cada uno le tocaba impartir. Yo sentía que los trabajos que teníamos como campesinos que somos, nos salen bien; yo creo que Dios bendice los trabajos que nosotros hacemos. De un pueblo a otro no había ninguna carretera, menos para ir a los centros. Caminábamos con botas, pero sentíamos la bendición de Dios; no nos enfermamos, hasta nuestras familias están contentas con nosotros.

Nos llegaron invitaciones de los centros que les dicen Retalhuleu y San Marcos y luego de Talismán, que está cerca de la frontera con México, en cada lugar permanecíamos varios días, la gente no nos quería dejar regresar; la gente se sentía contenta con nuestro trabajo, que en realidad, no es trabajo, es servir a la Palabra de Dios.

Yo creo que Dios nos estaba dando fuerza, porque ya se acercaba la guerra, ya iban a venir los tiempos difíciles. En Bullaje nos regalaron mucha miel de abeja, es un lugar con muchos cerros llenos de cuevas, y hay muchas flores...

El amor de la gente nos da más valor para seguir adelante y enseñar la palabra de Dios; uno siente lo que verdaderamente es

ser un misionero, porque trabajamos a tiempo completo como Catequistas.

EL TIEMPO DE LA VIOLENCIA

Tal vez por septiembre o en el mes de octubre de 1975 el EGP dio muerte a un finquero dueño de la Finca La Perla, al norte de Nebaj y Chajul, en los límites con Ixcán, lo conocían como “El Tigre del Ixcán”... La guerrilla pasaba, se sabía que andaban, pero todavía no se había detenido por los pueblos de Ixcán, al menos, que nosotros pudiéramos verlos como tales, sabíamos que había movimientos. A veces dejaban mantas con mensajes y propaganda...; pero después de este hecho, el ejército invadió Ixcán como una tormenta, cuando menos pensábamos, los soldados estaban en la aldea, y la gente con miedo... donde más llegaban era a los pueblos, vigilaban los puestos de las Cooperativas; mostraban la propaganda que según ellos, era de la guerrilla, y atemorizaban a la gente... Empezaron a llamarnos guerrilleros... Cuando el Padre Woods llegaba para celebrar la Santa Misa, siempre aparecían unos dos o tres soldados, que se sentaban a la puerta de la iglesia con sus armas, escuchando todo lo que el sacerdote decía en la celebración. Si nos tocaba a nosotros hacer la celebración, llegaban a controlar de la misma manera... Esto empezó a finales de 1975. Un año después, el 20 de noviembre de 1976, dan muerte al P. Woods⁶.

Con el control militar, ya no teníamos la libertad para hacer nuestras celebraciones con la confianza para hablar y explicar la Palabra de Dios. Peor cuando nos quitaron al P. Guillermo. ¿Cómo íbamos a tener libertad cuando llegaban los soldados a escuchar? Por ejemplo, si nosotros queremos tratar un tema a fondo, hacer un comentario bien concreto de la Palabra de Dios, no lo podíamos hacer. Pongamos por caso el pasaje del evangelio de San Lucas donde Jesús decía: He traído la Buena Noticia a los pobres. Explicar

⁶ Los horrores de los años de la violencia están muy bien descritos en el Informe REMHI de Ixcán, que la misma gente hizo, que lleva por título: TIERRA, GUERRA Y ESPERANZA «Memoria del Ixcán» (1966 - 1992). Ixcán, Guatemala, abril 2000. Pero en 1992 el padre Ricardo FALLA había publicado un libro sin precedentes en Guatemala, titulado: LAS MASACRES DE LA SELVA. No se puede entender la realidad de la violencia en Ixcán sin la lectura de este libro.

bien a la gente este punto con los soldados delante, no era posible. Ese evangelio nos habla de anunciar que es el momento de que los pobres se levanten, y si nosotros explicamos bien este pasaje, los soldados lo van a entender mal, y por eso no podíamos explicar todo lo bueno que hay en el Evangelio. Nos recordábamos cómo por los meses de marzo o abril de 1976 la habían quitado el P. Woods las licencias de sus avionetas. Ya no podían volar.

1977. RENOVACIÓN CARISMÁTICA

Como se tuvo que ir el P. Carlos Stetter, se desencadenó un nuevo problema, con la llegada de la Renovación carismática. Un sacerdote Maryknol, llegó desde Huehuetenango con esta nueva religión, era el sacerdote padre Estanislao, entró a caballo, no con la avioneta. Venían desde Barillas o desde San Mateo Ixtatán, Huehuetenango. La gente hablaba de que venía un profeta que curaba a los enfermos y que hacía grandes milagros. Hubo un tiempo que se escuchaban muchas cosas... En Los Ángeles, Tzabal y otros centros empezaban a surgir los grupos de los “renovados”, también en Pueblo Nuevo.

Los Catequistas de Cuarto Pueblo no conocíamos nada de ese movimiento, ¿qué hacer? Y como la rebeldía es rebeldía... los Catequistas de Cuarto Pueblo nos organizamos en el Pueblo y dimos aviso a los Centros a cada uno de los Animadores de la Fe. Por su parte, el Animador de la Fe del Pueblo, que era el Centro principal, es el que se coordinaba con la pastoral de la Diócesis de Huehuetenango; el principal era Venancio Pérez, pero también estaba Francisco Vargas, aunque no era tan decidido, los dos eran Animadores de la Fe en el Centro de Cuarto Pueblo. Hablamos con Venancio para hacer todo lo posible para que la gente no se vendiera rápidamente al llamado Movimiento carismático que estaba llegando... Y el aviso tenía que ser urgente para todos los Centros y comunidades. Quedamos que él fuera a comunicarse con el Obispo de la Diócesis, para ver si este movimiento es de la Iglesia o no. Aunque venía unido a la presencia de un sacerdote, no sabíamos bien si tenía la autorización del Obispo, porque nadie nos había avisado.

Se trataba de observar, participar sin meternos; para nosotros era indispensable comunicar las cosas al Obispo; si todos los sacerdotes estaban ya en la Renovación, cómo es que no nos avisaron; ¿cómo es que ahora se equivocó toda la Iglesia si ya todos los sacerdotes son así...? Nos reuníamos con frecuencia y dialogábamos sobre lo que estaba pasando, y esto era lo que pensábamos los Animadores de la Fe en ese momento, porque las órdenes tenían que venir desde el Obispo, y esa nueva religión no traía la autorización del Obispo de Huehuetenango. Formamos como una red de trabajo para comunicarnos y analizar todo eso que viene... Pero hubo algo de división... algunos Catequistas decidieron obedecer sin más al sacerdote que venía con la Renovación. Estos no quisieron acatar nuestras disposiciones.

Primero dieron un curso en Tzabal. Nos invitaron al Curso para entrar en la Renovación, y participamos en él. Lo impartió el padre Estanislao con algunas otras personas, fue en Pueblo Nuevo. Nosotros llegamos a escuchar, nada más. Estábamos convencidos de que primero teníamos que esperar las órdenes del Obispo, para ver si es de la Iglesia o no. Por eso digo yo que éramos rebeldes. Conseguimos que en todos los grupos de trabajo hubiera algún representante de nuestros Catequistas... No sé si esto estaba bien, pero fue lo que se nos ocurrió en ese momento. El problema es que sentimos que lo que se estaba haciendo venía en contra de la misma Iglesia, ¿cómo podía ser posible...? Después de la reunión de los grupos nos juntábamos por nuestra cuenta, para ver qué decisión tomábamos... Analizábamos todo lo que se decía. La verdad es que sentíamos mucho dolor por lo que estaba sucediendo. Nunca habíamos visto algo parecido. No rechazábamos la propuesta que traía el P. Estanislao, pero estábamos conscientes de que antes de aceptarla teníamos que analizarla bien. Nosotros acordamos mantenernos firmes en la fe que siempre habíamos profesado.

Pero se dieron cuenta de quién era el dirigente de todo esto... Y me llamaron a mí; me mandaron llegar frente al sacerdote, el padre Estanislao; me presentaron delante de todos; el P. Estanislao estaba presidiendo la reunión. Y preguntaron: ¿Por qué razón ustedes no dejan que todos los catequistas sean “renovados”? Era

una pregunta directa. Entonces presenté el Catecismo que llevábamos por parte de la Iglesia, la Instrucción religiosa, las guías de la Biblia, con el sello de la Diócesis de Huehuetenango y la carta del Obispo... Y yo les dije que el libro de cantos que ellos llevaban tenía la firma del P. Estanislao, pero no el sello del Obispo. Que necesitábamos que estos libros estuvieran registrados en la Diócesis, y que tuvieran el sello del Obispo de Huehuetenango, con esto no había problema para aceptar todo aquello. Todas las cosas que están autorizadas por el Obispo de la Iglesia Católica, le dije, son bien recibidas, todas las cosas que no están autorizadas, tenemos que esperar. El mismo Jesús obedeció la ley de Moisés. El orden es uno, y tiene que partir de la jerarquía. Si ustedes traen esta orden, nosotros nos vamos también... Le recordé lo que pasó en 1963, con los cambios del concilio Vaticano II, que la Iglesia celebraba la Misa en latín, que el pueblo no entendía nada... Pero para hacer los cambios que pedía la Iglesia, -le dije-, se promovieron cursillos para preparar a la gente, se fue comunicando a toda la gente los cambios con el fin de que todos estuvieran de acuerdo. Y usted quiere entrar con la renovación pero sin comunicarlo a nadie... Y seguimos la discusión. Yo sentía una gran preocupación, por tener que estar peleando con un sacerdote, eso era algo que nunca había querido hacer en mi vida. Esto no le debió gustar al P. Estanislao ni a la gente que lo seguía.

EXCOMULGADO

En las pláticas que nos daban, la gente estaba escuchando con atención. Pero no había mucha gente de Cuarto Pueblo, yo era el único guiador y los delegados de los Centros... Yo no era el Catequista más indicado para estar allí presente, pero los otros Catequistas tal vez eran más tímidos, obedecían más, y no querían buscar problemas... Yo no tenía la autorización del sacerdote como ellos; de tal manera que a mi regreso a Cuarto Pueblo, comuniqué al resto de Animadores de la Fe lo que había pasado; les hablé de lo que nos dijeron en el Curso y también les hablé de lo que yo pensaba. Y lo que yo pensaba era que había que hacer una visita al Obispo Víctor Hugo Martínez y llegar también con Monseñor Juan Gerardi de Quiché, para comunicarles lo que pasaba, eran los dos Obispos encargados de ambas Diócesis. Si

el Obispo de Huehuetenango nos decía que el sacerdote iba con su autorización, pues no había más que hacer, quieras o no quieras, eres parte de la Iglesia. En ese tiempo yo era el tesorero del Comité para la construcción de la Iglesia de Cuarto Pueblo.

Nos sorprendía mucho la religiosidad de la Renovación, porque era muy exagerada; decían que conocían a Dios, que veían cómo llegaba el Espíritu Santo hablando en profecías... Una señora decía que viene la Virgen María conmigo... Que ya no me llamo Ana, soy María... el Espíritu de Dios ha prestado el cuerpo de Ana para que yo sea María... Había cosas que no podíamos entender. Cuando se iniciaba la Santa Misa empezaban a aplaudir, y luego venían los gritos, la música, los llantos.

Yo era como algo juzgador, cuando muera sabré qué me va a decir Dios, algo me va a decir, creo yo, si estaba en lo correcto o equivocado. Yo analizaba las cosas, y en Pueblo Nuevo llegó un conjunto, y repetían un canto titulado “Sólo Cristo es nuestro Rey”, y en una estrofa decía: “En Cuarto Pueblo no han recibido la renovación, pero sí en La Resurrección, Xalbal, Mayalán... todos ellos ya recibieron la renovación”. Tenían un coro que cantaba todas estas canciones, y las repetían en todos los pueblos... Decían que en Pueblo Nuevo había un profeta que veía los pecados de la gente, y miraba a una persona y los iba juzgando de una vez, le adivinaba los pecados, y les daba las penitencias... Yo me acordaba que en el Evangelio, Jesús no hacía así las cosas; cuando se encontró Jesús con María Magdalena, la perdonó, pero ella reconoció sus pecados. Y es que cuando uno comete algún error, tenemos la confesión para cambiar de conducta. Pero había más problemas, porque empezaban a discriminar a la gente, si veían que uno no estaba “renovado”, gritaban: ¡Ahí está el demonio! No todos los Catequistas, entraron en la Renovación... Entre nosotros hicimos un Equipo, nos organizamos para ver qué podíamos hacer.

Pero también del otro lado trabajaban... Y un día el sacerdote Estanislao llegó a Cuarto Pueblo con un plan bien trazado, era algo estratégico. Cuando llegó lo invité a comer, le desensillé el

caballo... Comí con él en mi casa. Le dije que todo estaba listo para la Santa Misa; entramos juntos a la iglesia. Comienza la Santa Misa, con la bienvenida y los cantos. Pero él empezó a hablar, y dijo: Hermanos, les quiero decir que la Renovación ya está por toda la diócesis de Huehuetenango, tal vez faltan algunos pueblos... pero aquí hay una persona que es catequista, y está contra la Renovación y, lo siento mucho porque es Catequista, pero quiero informar públicamente a toda la comunidad, que este Catequista se llama Marcelino. Sentí como que me hubieran puesto una piedra encima de mí cabeza; y pensé: ¿por qué no me avisó personalmente, a solas, cuando estábamos almorzando? Siguió hablando: Yo como Párroco quiero comunicar a toda la gente de la comunidad, que él en este momento queda fuera de servicio, no va a ser catequista, no tendrá ningún cargo... Los libros que tiene van a ser recogidos por los otros Catequistas... El pasa a descanso... Yo me quedé callado, no hablé nada... Si es así, ni modo. Yo sentía que esto podía venir... Después de un rato volvió a decir: Yo le ordeno a Marcelino que pase los libros a los otros Catequistas, y que sepan, que desde este momento queda excomulgado de la Iglesia; lo dijo delante de todos, no a mí personalmente. En ese momento, yo le pregunté: ¿Qué quiere decir esto, padre? Que queda excomulgado de la iglesia. Yo no salí de la Misa, me quedé sentado. Ya no canté... no sentí cuánto tiempo duró la Misa... A la hora de la Comunión empecé a llorar... no podía ir a comulgar, porque estaba excomulgado... Pensaba: ¡qué sabe él de mi corazón, si yo fuera un paralítico, hasta el paralítico tiene derecho a la comunión, si soy pecador, precisamente para eso es la comunión... Como a las cinco de la tarde el sacerdote se fue el P. Estanislao.

Los Catequistas llegaron y me dijeron: don Marcelino, nos acompaña a la Iglesia... Pensé que seguro era para que les entregara los libros y todos los materiales... Yo tenía los libros de Bautismos... cuando llegué a la iglesia ya estaban todos reunidos. Aquí traigo todos los libros de los que habló el padre, les dije, y aquí los vengo a dejar con ustedes como dijo hoy el padre en la Misa. Ustedes saben que ya no puedo ser catequista. Tal vez soy un monstruo, y si ustedes van atrás de mí y me voy al fuego, todos se van a quemar, ustedes tienen que pensar qué van a hacer. Se levantó

Carlos Batres, que es uno de los Catequistas fundadores... Aunque el sacerdote te excomulgó, nosotros no te vamos a dejar. Tenemos que hablar con el padre Estanislao, que por qué razones hizo eso. Nosotros no te podemos dejar. No compliquemos las cosas, les dije; el padre es el padre, él tiene el orden y el mando... Y yo tengo que obedecer. Ahora, si ustedes me apoyan, les digo que yo mañana voy a Huehuetenango, para ir a hablar con el Obispo. Si él me excomulga, salgo de todo. Pero quiero saber por qué razones. Y si antes la iglesia tuvimos fallos, por qué no nos dieron las razones, por qué no hubo un curso para que supiéramos los cambios que ahora trae el nuevo sacerdote. Ahora, si nosotros no estamos en lo correcto, entonces es culpa de la Iglesia, y el padre Estanislao tiene razón; pero si la Iglesia no ha dicho nada, entonces es culpa del sacerdote. Una de las dos cosas. Yo tengo que ir a Huehuetenango.

VISITO A LOS OBISPOS DE HUEHUETENANGO Y QUICHÉ

Si tú te vas, me dijeron los Catequistas, nosotros te ayudamos con el pasaje de ida a Huehuetenango, el de regreso tú te arreglas... Hacía viajes en avioneta un piloto que hacía viajes a Santa Cruz de Quiché, en Alas de Esperanza, de Santa María Tzejá... con él me fui, yo sólo. Llevé los libros. Cuando llegué al Obispado no estaba el Obispo, pero el secretario me dijo que esperara, porque iba a llegar. Salí al parque todo desconsolado, todo triste, como que algo se le murió a uno. Yo no me di cuenta cuando entró en el Obispo, seguro que tenía entrada por otro lado, porque yo era nuevo en esto. Y vino el secretario a llamarme. Entré, salude al señor Obispo, y enseguida me preguntó de dónde venía; le dije que vengo de Ixcán... de Cuarto Pueblo; pasa, me dijo. Le conté todo lo que había pasado... Yo no lo había saludado con anterioridad, sí sabía su nombre... Todavía tenía la tarjeta de Catequista, desde los tiempos de San Martín. Yo estaba trabajando en la Iglesia, pero llegó el padre Estanislao este domingo, y dijo delante de todos que yo estaba excomulgado y que entregara todos los libros de la Iglesia. Que ya no podía comulgar. Por eso vengo contigo, Obispo, ¿qué voy a hacer? Si es orden de la Iglesia, tal

vez no soy el único que estoy excomulgado, que son más los que estamos excomulgados... Platiqué con él sobre las clases que daba, que trabajaba de acuerdo con los materiales de los Animadores de la Fe, porque Francisco Vargas nos daba la formación... Después de hablarle me dijo: Ven conmigo; me llevó a su capillita; Ahora no estamos en la Santa Misa, pero aquí está el Santísimo Sacramento; hagamos un ratito de oración, nos arrodillamos. Luego tomó la llave y abrió el Sagrario: ¡Marcelino, -dijo- el padre Estanislao te ha excomulgado, pero no fue mi orden, yo soy el Pastor de esta Diócesis, y te digo que comulgues, y sigue trabajando, no te quito de que sigas trabajando; bienvenido a la Iglesia”. Comulgué... Estuve un ratito allí... Me hizo una carta para los Catequistas. Les entregué la carta para mis compañeros. El recordar esta historia todavía me duele; fue a finales de 1978.

Fui a Quiché a visitar a Monseñor Juan Gerardi. Pedí hablar con él y me recibió, y le platiqué todo lo que había pasado en Ixcán, y que ya había visitado a Monseñor Víctor Hugo Martínez. ¿Qué te dijo, pues el Obispo? Me preguntó... Que ya estoy nuevamente en la Iglesia. Pues ahora quédate conmigo, no te vas. Si tú dices que me quede, me quedo... -le respondí-. Vamos a cenar, me dijo. Me senté con él a la mesa, y empezamos a hablar de todo, me hacía preguntas... El me animaba mucho. Yo no lo conocía a él personalmente... Hablamos de la “renovación”... que también había por otros lados de Quiché. Me dijo: Tú tienes que saber que estás en la Iglesia, así que mantente firme y claro en tu fe; tampoco te tienes que pelear con los de la renovación. Tú sigue con tu fe, no estás excomulgado, sólo Dios es el que nos va a juzgar, yo no tengo otra cosa que te pueda ofrecer, pero sí que cuentes con mi apoyo. De Quiché me fui a Chimaltenango, a visitar a unas religiosas que yo conocía; también hablé con el P. González Herrera de San Martín, y me dijo: Si no te has desviado de tu trabajo, sigue adelante; reza al patrono del pueblo, el Obispo San Martín, y lleva el ejemplo de este Santo a la gente donde tú trabajas.

Visité después a Monseñor Rafael González Estrada en La Lagunilla; hice un cursillo allí, con el Obispo, estuve unos ocho días; le presenté mi situación y le expliqué todo lo que me había pasado, que tenía el apoyo de los Obispos, y él me apoyó con otra

carta. Luego en la Capital pasé con el Cardenal Casariego, y me dijo que no estaba de acuerdo con lo que había pasado en Ixcán.

Regresé a Ixcán a trabajar nuevamente. Les hablé a los compañeros Catequistas, y llevaba la carta. Pero también tengo que decir que me dio mucha pena, porque después que el padre Estanislao llegó a Ixcán y me excomulgó a mí, ya nunca volvió a regresar; fue su última vez... No sé si el Obispo le dijo que no regresara. Yo siento que tal vez yo lo ofendí. Tal vez yo lo ofendí primero... pienso yo. La Renovación Carismática, siguió por su parte, igualmente. En algún momento llegó a Ixcán el padre Antonio, de San Pedro Carchá, pero no hizo muchas visitas... Llegaron otros sacerdotes, alguno que entregó recursos de Cáritas. El P. W. Donnelly, MM, también llegó desde Huehuetenango, pero sólo en plan de visita. También llegó el Licenciado José García Bauer, para mediar en el conflicto con la renovación católica, y ofreció algunos talleres y retiros para lograr la unidad, y los daba en Pueblo Nuevo...

Después del año 1980, ya no hay visitas, sin sacerdotes ni párrocos... Ni siquiera nos enteramos de la salida de Monseñor Juan Gerardi y los sacerdotes. Supimos que habían matado al Padre José María Gran, eso sí...

EL PADRE CARLOS STETTER

Luego llegó otro sacerdote, pero este era alemán, se llamaba Carlos Stetter; también era piloto y sabía manejar la avioneta. En este momento, es Obispo de una Diócesis en Bolivia. Dimos gracias a Dios, porque los Obispos se habían acordado de nosotros y nos mandaron otro sacerdote que también era piloto, llegó con su propia avioneta. Su preocupación era la unidad de la gente, pero ya estábamos divididos. El padre Stetter pensó en la importancia de una emisora de radio, con una frecuencia local; mandó construir una casa para la radio en Pueblo Nuevo... Estaban levantando la antena para la frecuencia. El ejército no debió mirar con buenos ojos este proyecto; el sólo hecho de que un sacerdote estuviera en Ixcán en las mismas condiciones que lo había hecho el padre Guillermo Woods, causaba inquietud en los jefes militares; por las

mismas razones emprendieron el control y la persecución contra el padre Carlos. Lo acusó de ser subversivo. De modo que cuando llegó un día a Huehuetenango lo secuestraron; lo bueno es que no lo mataron. Fue a mediados de diciembre de 1978. Nuevamente nos quedamos sin sacerdote que prestara el apoyo espiritual y material en las Cooperativas.

Donde está ahora Cantabal, Playa Grande, no existía nada; se conocía con el nombre de Polígono 19. Había sólo algunas familias; de hecho me invitaron en alguna ocasión para la celebración, cerca de donde está hoy la iglesia de la Parroquia, había una capilla... Hicimos un día de camino desde Pueblo Nuevo, para llegar a estar con las familias que allí se encontraban; era por el año 1977. Este fue un año en el que experimentamos con mayor agresión la presión del ejército... Cuando empezó 1980, yo decía: Padre Dios, ¿por qué has abandonado a este pueblo donde vivimos nosotros?

Cuando llegó la represión, en toda la Diócesis de Quiché, los sacerdotes tienen que dejar sus parroquias; ya no podemos tener comunicación con ellos. Los Catequistas fueron perseguidos, secuestrados, desaparecidos... Llega el dolor y ya no se pueden tener las celebraciones. Ya no hay Obispo en Quiché; a Monseñor Juan Gerardi, lo expulsaron del país.

Celebramos la Navidad de 1980 con mucha tristeza, pensando únicamente en lo que nos podría pasar. Hubo Animadores de la fe que buscaron la frontera con México, y pasar del otro lado. Otros decidimos seguir trabajando por la Iglesia.

MASACRES

Primera masacre en Cuarto Pueblo

La primera masacre de Cuarto Pueblo, fue el 30 de abril de 1981; en esta masacre perdí a mi papá, Catarino López Coj y, a mi hermano, Marcos López Balan; en total murieron 16 personas, miembros de la Cooperativa. Luego siguió la matanza selectiva, un día un Catequista, algún miembro del Comité..., que

escuchábamos que secuestraron a otro... Por ejemplo, Ramón Díaz Jiménez, encargado del Puesto de salud, se lo llevaron vivo, pero nunca más apareció. Era promotor de salud de Cuarto Pueblo. Su pobre mujer después de muchos años seguía pensando que algún día su marido podría regresar vivo. Había nacido en Huehuetenango.

Todo comenzó en la mañana del 30 de abril, cuando llegó la guerrilla y atacó el destacamento de Cuarto Pueblo; hubo un gran enfrentamiento entorno al destacamento de Cuarto Pueblo. Podemos decir que desde ese momento, el accionar de la insurgencia fue un hecho público para todos. Hubo muchos soldados muertos, no sabemos cuántos, tal vez unos cien o más. Al parecer sólo un guerrillero murió; esto es lo que sabemos nosotros.

Después el ejército reunió a toda la gente, fue directamente a la casa de la Cooperativa, y dio muerte a todas las personas que estaban allí, algunos quedaron muertos en el mismo lugar, dentro de la Cooperativa, y otros se los llevaron y nunca se supo de ellos. Ahí murió mi hermano Marcos, que era tesorero de la Cooperativa, que lo mataron a culatazos, le destrozaron la cabeza... Estaba también... Manuel Francisco, encargado de la secadora de la Cooperativa; mataron también a Efraín López, un maestro que daba clases a los niños, y traía un niño con él, que también se llamaba Marcos, y también murió. Los mataron en la escuela, cuando estaba dando la clase⁷.

Yo me encontraba en mi casa, escuchando la gran balacera... porque todo nos agarró por sorpresa. Nos habíamos metido en un zanjón que había hecho, por si llegaban los bombardeos... El ejército la emprendió contra las autoridades, no se metió mucho en las casas. Pero la mayoría de la gente se retiró a las parcelas, no toda. Después de la gran balacera, cuando ya se calmo la cosa un poco, salí al corredor de la casa; llegaron los soldados, y yo tenía conmigo a uno de mis hijos pequeños, me quitaron al niño, se lo pasaron a mi esposa, y tres soldados me empujaron contra la casa, delante de mi familia, y los tres me pusieron el arma en

⁷ TIERRA, GUERRA Y ESPERANZA «Memoria del Ixcán» (1966 - 1992). Ixcán, Guatemala, abril 2000, p. 71.

el pecho para matarme... Yo sólo pensaba en Dios, mirando a mi lado izquierdo, pensando cuándo me van a disparar... En eso llegó un teniente, y les dice: ¡Déjenlo, revisen la casa! Revisaron y luego me dejaron libre... El teniente me preguntó si sabía algo de la guerrilla, y yo realmente, no sabía nada de por qué había pasado todo aquello. Solo supimos, porque a las cinco de la mañana pasó una persona avisando que no saliéramos de la casa... Y después fue cuando comenzó el combate...

Mi papá se encontraba en Ixcán por casualidad, había venido a visitarnos. Lo agarraron ese mismo día como a las seis de la mañana, se lo llevaron al destacamento, nos dijeron cómo habían visto que los soldados se lo habían llevado... y allí lo mataron; murió por asfixia, le amarraron por el cuello con una cuerda; y así falleció, a consecuencia de esa tremenda tortura. Muy posiblemente fue enterrado en la misma fosa que abrieron para enterrar a los soldados que murieron del ejército. Después de estos hechos, tuve que sacar a mi mamá, que también estaba con nosotros, y la llevé para San Martín.

Yo me escapé de esta masacre casi milagrosamente... Me entró una gran tristeza, me quedé en la oscuridad, no sabía qué podía hacer. Como me habían dicho que a mi papá se lo habían llevado al destacamento, allí me presenté, aún pensando que por preguntar por él, algo me podría suceder también a mí. Pregunté por él, y me dijeron que sí, que allí estaba. No sospeché en ese momento que lo pudieran estar torturando y que después lo fueran a matar. Como ya sabía que estaba allí, agarré camino para ver qué había pasado con mi cuñado y a mi sobrino... Los soldados me siguieron, y se colocaron delante; luego pasé yo delante de los soldados, llegué donde estaba Manuel Antonio, y ya lo vi muerto, me arrodillé ante su cuerpo y le hice la cruz sobre su cabeza, y dije:

“¡Qué buen hombre!” Un soldado me escuchó, y me pegó una tremenda patada la espalda... me caí sobre su cuerpo... Cuando llegué a la tienda de mi hermano, los soldados estaban quemando la tienda, pensé que a mi sobrino también lo habrían quemado... Yo quería entrar, quería ver si estaban vivos y sacarlos, no pude... Luego fuimos a la tienda que yo tenía, les abrí la puerta, la dejé

abierta para que entraran; se quedaron allí y ya nunca más recuperé aquella tienda... Se llevaron las cosas y luego la destruyeron.

Me condujeron de nuevo al destacamento, pensé que me iban a matar. Yo quería ver a mi papá; caminaba yo en medio de los soldados... Pensé que iba a la muerte... Ya habían matado a la Junta de la Cooperativa, a mi papá, a mi hermano...

Yo quería rezar, pero no era capaz de rezar... Sólo se me venía a la cabeza: "Padre, tú sabes lo que puedo hacer. Si voy a vivir, voy a seguir trabajando por la Iglesia, y si voy a morir, sólo tú lo sabes". Sólo estas palabras se me vinieron a la mente. Quería rezar un Padrenuestro, pero no era capaz... se me borraba todo en la mente... Las oraciones que sabía se me borraron... Es difícil describir lo que uno siente en tales situaciones. Sé que Dios nos da las fuerzas, porque si no, no hubiera podido hacer lo que realmente hice.

Entrando en el destacamento llegó un señor, Antonio Agustín, lo conocía, porque es mi compadre... Estaba muy afligido. Le habló al comandante de los soldados: ¡Ven, le dijo, la bomba cayó en mi casa...! El comandante salió a toda prisa detrás de él con otros soldados... Y yo me quedé parado en el destacamento. Nadie se fijó en mí... Quedaron únicamente los vigilantes, el resto de soldados se fueron... Pensé que era un buen momento para librarme de ellos, como si Dios me hubiera escondido a su vista... ¿qué hacer?, esperé que se fueran los soldados... ¡Andá...! Me dice uno de los vigilantes... ¡Tú papá es aquel gordo, andáte...! Porque el comandante ya dijo que te fuéramos a buscar. No esperé más. Entendí por estas palabras, que mi papá ya estaba muerto.

Buscando correr por los lugares menos visibles, llegué a mi casa, le dije a mi esposa, a mi mamá y mi hermano mayor: ¡vámonos...! Y con mi mamá, los niños... José Amado, Joel... llegamos a la parcela para escondernos. Hable con mi cuñado Domingo, ¿qué podemos hacer? Me buscan para matarme, y ya mataron a mi papá y a mi hermano... Me dijo: A ti te conocen, y van a venir a buscarte a la parcela. Inmediatamente tomé la decisión de escaparme camino de Pueblo Nuevo, donde están mis paisanos

sanmartinecos... Les conté... Uno era Modesto Martín, que me dijo: ¡cómo te vas a liberar, eres Catequista, y todos te conocen, tú no te puedes esconder, si te vas a Mayalán, te conocen igual... No te podemos esconder...! ¡Es menor que salves tu vida antes que te suceda como a tu papá y a tu hermano!

Después siguieron secuestros y muertes selectivas... En Tzalbal hubo muchas muertes, recuerdo por ejemplo, la familia de Lucas Paiz, de la renovación carismática; no quisieron huir del ejército, llegaron los soldados y los mataron. Esto fue ya en 1982.

SALGO CON MI FAMILIA DE IXCÁN

Pensé que tenía que salir de Ixcán; recordé que para el día 3 de mayo estaban los programas de la fiesta de Pueblo Nuevo; era un día que posiblemente iba a llegar mucha gente. También había anunciado su llegada el coronel Fernando Castillo, piloto de la FAG, que había sido nombrado coordinador de las Cooperativas por el gobierno militar del Presidente Kjell E. Laugerud. , Tenía que inaugurar el Hospital que habían hecho en Pueblo Nuevo...

Le dije a Modesto: dame posada por lo menos un día o dos, porque ya se acerca el 3, y como viene mucha gente es más fácil salir en medio de toda la gente... Le pedí posada para el día uno y dos de mayo...

Salimos tempranito el tres por la mañana, dejamos Pueblo Nuevo y nos dirigimos a Veracruz, en ese momento vimos que llegaba un Pick-up de Playa Grande, le pedimos el favor y nos subimos... Llegando al entronque del Polígono 19, vimos que una camioneta iba en la misma dirección, ya cerca del puente del ferri; me dijo el que manejaba el pick-up; ¡por qué no se suben a esa camioneta, va para Guatemala!; aquella camioneta había ido a dejar trabajadores a una finca del Polígono 19. Detuvo a la camioneta... y le dijo al conductor: estos pasajeros van para la Capital... Éramos cinco personas mayores y los niños... Cuando llegamos al destacamento militar, donde está ahora la Base militar de Playa Grande... Llegó un soldado, y preguntó: ¿Y esa gente? La traigo

de la finca, respondió el conductor. ¡Ah, de la finca... a bueno, pasen! No nos registraron... Cuando estábamos para embarcar en el ferri, miramos hacia atrás, y aquel pick-up que nos había ayudado un buen tramo, lo desarmaron entero... Fue otro milagro de Dios el que nosotros pudiéramos pasar. Yo lo sentí como un milagro, ¿cómo es que al piloto de la camioneta se le ocurrió decir que nosotros veníamos de la finca y que íbamos para la Capital sin haber hablado una palabra con él? En mi corazón le dije a Dios: siento que tu presencia está con nosotros.

Todo esto que estoy escribiendo no es todo lo nos ha tocado sufrir, es difícil dejarlo todo escrito. Para mí, en ese momento, lo más duro de entender, era pensar cómo es que yo estoy libre y otros por la misma causa sufren... Me costaba entenderlo.

Nos fuimos en dirección a Raxrujá, pero en Chisec cruzamos hacia Cobán y luego a la Capital... Cuando llegué al Hangar 13 del Aeropuerto La Aurora, quise hablar por radio con el Coronel Castillo, lo conocía por todo el trabajo relacionado con las Cooperativas; él también me conocía, no lo encontré... Al fin llegamos de nuevo a San Martín, sin mi papá, con toda la tristeza. Me quedé allí unos cuatro meses...

TRABAJO COMO SASTRE EN SAN MARTÍN

Regresamos a la casa de mi papá; él ya no pudo venir con nosotros. Me puse a trabajar como sastre... Pensé dejar la parcela de Ixcán... Compré una máquina de coser y empecé a hacer pantalones a la gente, tenía bastante clientela... Había aprendido la sastrería en Ixcán... llegaba mucha gente conmigo. Un día llegó a nuestra casa un pariente, que era medio primo de mi mamá, le decíamos tío. ¿Dónde aprendiste a ser sastre..., me puedes hacer un pantalón...? Le dije que escogiera las telas, había comprado en la Capital algunas telas y las tenía allí mismo; le tomé las medidas y empecé a trabajar el pantalón para mi pariente; él se fue a platicar con mi mamá...

Como era mi tío, mientras yo trabajaba, él hablaba con mi mamá... Le contó todo lo que había pasado en Ixcán, que mataron a mi papá y a mi hermano... se les pasó el tiempo hablando. Yo le hice el pantalón, lo probó, le quedó bien... Y me dijo: ¡Llevo tres horas hablando con tu mamá y tú me hiciste el pantalón, te felicito...! Se fue.

Al parecer, la información que le dio mi mamá, la pasó a la G2... Pocos días después, llega un grupo de gente a tomar la casa de mi hermano Edmundo. Esto fue un martes de la primera semana de agosto, como a las cinco de la tarde. Lo agarraron, sin preguntarle quién era lo empezaron a golpear. Era el más pequeño de mis hermanos, y ya estaba casado. Su esposa escuchó los gritos, y entró en la casa diciendo: ¡El es Edmundo, es Edmundo...! Le pidieron la cédula y su mujer se la entregó; le pidieron disculpas. Pensaron que era yo... Cuando lo golpeaban le gritaban: ¿Qué hiciste en Ixcán, verdad que eres guerrillero...? No, -respondió mi hermano- ¡yo son Edmundo... soy Edmundo...! Cuando se dieron cuenta del error, hasta le ayudaron a curarse, y le dejaron medicinas... Sólo le dijeron: Si no te metés con la guerrilla, quedas libre. A mí me dolió mucho esta paliza que le dieron a mi pobre hermano, que no tenía nada que ver... Pero no fue todo.

Su esposa salió corriendo para avisarme de lo que había pasado, y me escondí en el palizal de pinos, yo solo... Me fui lejos de mi casa. Pensé que me iban a encontrar... Esto me obligó a tomar todas las precauciones, para no dejarme ver. Tres días después se metieron en mi casa, pero no me encontraron, sólo encontraron a mi mamá. Luego se metieron por la milpa, y empezaron a pisotear las plantas de frijol y de la milpa... Me dio mucha tristeza ver aquello.

El domingo, es el día de la Celebración de la Santa Misa en la iglesia del pueblo; le dije a mi esposa que era mejor que no fuera... ¡Quédate en la casa con el niño! Me dijo mi esposa. Ya teníamos a José Amado, el segundo... No, le contesté, no quiero que se quede el niño conmigo. Déjame sólo... Porque pensé: no hay cosa más triste que me maten delante del niño, era mejor que ella se llevara al niño. Se fueron con mi mamá a la Misa. Así empezó

otra etapa en la que tenía que esconderme; en la noche me iba al monte, y en un momento del día, regresaba con cuidado a la casa para comer.

Al momento llegó mi sobrino Cornelio, y empezamos a hablar de la paliza que le habían dado a mi hermano Edmundo... Y me dice: ¡yo vengo a cuidarte, tío...! No, le dije. Me mandó mi papá, me dijo. Mejor andáte al pueblo a ver a tu novia, hoy hay gente en el pueblo, así te diviertes. ¡Yo vine dispuesto a estar contigo, para ver quién te quiere a matar... o qué te van a hacer...! Se quedó conmigo. Me dejé caer en la cama, y me vino una gran tristeza, como esperando la muerte. “Dios mío, qué voy a hacer, no caí en Cuarto Pueblo, y ahora aquí estoy en peligro, seguro que voy a morir...” Se me salieron las lágrimas... No quería que mi sobrino me viera triste. Empecé a pensar: “Qué cosas he hecho buenas y cuáles no, cuáles son mis culpas... se me olvidaban las oraciones... Yo sólo esperaba la muerte”.

Le dije a mi sobrino: “Yo estoy esperando la muerte y tú, Cornelio, estás esperando a ver cómo me muero. Mirá, ¡el conejo se muere con el zacate en la boca!, como dice la gente. ¡Vamos a ver cómo está la milpa...! Voy a buscar el caballo, para ensillarlo. Me subí al caballo, que pronto agarró el trote, y en pocos minutos había llegado; mi sobrino se fue corriendo. Por el camino no nos dimos cuenta que unos hombres nos vigilaban; habían puesto una emboscada. Al regresar, preferí que mi sobrino se llevara el caballo; porque luego lo tenía que ir a dejar al potrero; le dije que no se preocupara, que me iba por la vereda, que pasara a ver a mi esposa, y que le dijera que íbamos a cenar juntos en la casa; me esperas en la casa, le dije. Luego vemos dónde dormimos...

Se subió Cornelio al caballo... y cayó en la emboscada... Lo bajaron del caballo a culatazos... ¡Que yo soy Cornelio..! Gritaba mi sobrino, pero ya tenía la cara hinchada de los golpes que le dieron...

Cuando llegué a la casa, me enteré de lo sucedido, y les dije: ¡Por mi causa ustedes están sufriendo... Yo no lloro por el dolor, lloro por Cornelio...! Todos en mi familia pensaban lo mismo: ¡Cuando

encuentren a Marcelino lo van a hacer pedazos...! Todos andábamos preocupados, ellos y yo. Tengo la sensación de que estoy con una deuda al ver a los demás sufrir, porque ellos no estarían sufriendo si no hubiera llegado yo a tierra fría, a San Martín. Cuando uno hablaba de Ixcán en San Martín, había gente que pensaba que allí sólo había guerrilleros... ¡Dios mío!, me puse a pensar; quería rezar, pero no se me veía nada a la mente. Dios sabe qué me van a hacer, -pensaba-. Y luego le repetía a Dios: Si tú me das vida, yo seguiré trabajando en la Iglesia como Catequista, para acompañar a la gente...

Me puse a pensar: Otros sufren por mi causa, y sólo por estar aquí para visitar a mi familia. Sólo Dios por mí, cuando yo le entregue cuentas en la hora de mi muerte.

DECIDO REGRESAR SOLO A IXCÁN

Tenía que trabajar, no podía andar siempre escondido; así que decidí regresar a Ixcán. Dejé a mi esposa María en San Martín, junto con mis hijos Amado y Joel, porque eran pequeños... Tenía el sentimiento que regresaba entre la vida y la muerte. Para no afectarlos, quería andar solo.

Siento un gran dolor al recordar esta historia de mi vida; me despedí de mi esposa y mis hijos; todos quedaban llorando, y yo empecé a caminar llorando; sin saber si me iba a quedar por el camino, porque los soldados registraban las camionetas. Cuando a uno le llegan estos momentos difíciles, en los que uno cree que se va a morir, siente cómo Dios lo protege, aún en medio de los enemigos, Dios siempre va caminando con uno.

Me metí en la camioneta de San Martín - Guatemala; en el camino los soldados detienen la camioneta; empiezan a registrar a las personas... apuntan en una lista. Yo también bajé, pero no me registraron; estaba esperando qué me iban a decir. Al grupo donde yo estaba, nos ordenaron subir de nuevo a la camioneta, pero al otro grupo no supimos qué hicieron con él, no los dejaron subir a la camioneta. Yo agradecí a Dios por mi vida, pero los que

quedaron, saber qué sufrimientos padecieron...

Llegué a Cobán, fui al aeropuerto, y pude alcanzar la avioneta que hacía el último viaje a Ixcán; eran las avionetas de un señor que se llamaba Antonio, nos conocíamos; estas avionetas transportaban cardamomo. La preocupación que llevaba, me pesaba más que los costales que cargué. Llegué a Pueblo Nuevo. Apenas me bajé de la avioneta, una señora de Todos los Santos, Huehuetenango, que tiene un comedor... aparece inmediatamente en la pista, y al verme me pregunta: ¿Acabas de llegar? Métete en el monte, rápido, porque los soldados están en mi comedor ahorita, y te están buscando, siempre que llegan preguntan por Marcelino... Esa señora me salvó la vida. Yo traía azúcar, sal, jabón... Le dejé todo a la señora... Y me dijo: Métete al monte, no te quedes en Pueblo Nuevo... y ya vendrá una persona a buscar las cosas.

Me adentré en las veredas de la selva, haciendo lo posible para no encontrarme con nadie. Caminaba triste, muy triste. En mí corazón no me quedaba más recurso que pedirle a Dios, porque mi cuerpo ya no tenía fuerzas. Llegando a Cuarto Pueblo iba llorando: “¿dónde me voy a quedar? ¿a qué lugar puedo ir que no se entere nadie? Salí de aquí por la situación de la guerra, porque me iban a matar; me fui a San Martín. Estando en San Martín dejo a dos torturados, que han sufrido por mi causa; llego a Pueblo Nuevo, y me dicen, ¡escóndete!, porque te están buscando, ¿dónde puedo estar?”

Dejé Cuarto Pueblo y fui directo a mi parcela, caminé por las veredas, poco a poco. Me había quedado con un machete nuevo que compré en Cobán, una lima y un “hule” para bajar pájaros... Lo demás se lo entregué a doña Felisa. Llegué al Centro al que pertenecía, Champerico, fui directo a la casa de uno de los vecinos, se llamaba Juan, no recuerdo bien si era Juan Hernández... Le hablé; se extrañó que llegara. Entra, no te quedes en la puerta, me dijo. Si te ven te van a matar. Los soldados pasan por aquí... Me dice: ¡Marcelino, todo lo tuyo se acabó, no tenés nada, todo se lo llevó el ejército, los animales, las gallinas... lo de la tienda...! Me dio de comer. La misma gente lloraba al verme como al Job

de la Biblia, sin nada, sin trastes para cocinar, porque todo se había terminado...

Quería pasar por el pueblo para ver a mi hermana y a mi cuñado, pero pensé que si llegaba con él, podían matarlo a él por mi causa; estaba casado con mi hermana Teresa. Por su seguridad, no me fui con ellos. Decidí quedarme bajo los árboles en la montaña. Recordé lo del Evangelio: “las zorras tienen cuevas y las aves tienen nidos, pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza”. Juan, que era el líder de la comunidad, fue a avisar a la gente; se reunieron... Y cuando vi que llegaba el Catequista Venancio Pérez, me abracé a él y comencé a llorar... Me preguntó si me iba a quedar, y también me preguntó cómo estaba la familia... Les dije que se habían quedado en San Martín. Me ratificó: aquí ya no tienes nada... Acabaron con todo lo tuyo... Me recibieron con cariño, estaban tristes por todo lo que me había pasado. ¡Vamos a ayudarte a hacer la casa en tu parcela, en un lugar donde te sientas seguro! Ellos trabajaron conmigo.

Llegaron bastantes vecinos, yo los miraba chapear en la parcela, enmontañados, bajo los árboles; pero sobre todo miraba y agradecía el cariño de la gente. Se preocupaban por mí como que fuera alguien de su familia. Me entregaron una hamaca para que hiciera el intento de descansar. Al día siguiente llegaron de nuevo y poco a poco terminamos la casita. Venancio Pérez, de acuerdo con Juan, compraron un molino de mano, me dejaron una olla, una jarrita... con el molino podía moler maíz, me dejaron un comal... Me quedé solito en la casa... Los jóvenes se organizaron por turnos, y cada noche llegaba uno o dos, empezaban a platicar conmigo, a veces me traían la comida que les había dado su mamá para que me la entregaran, les decían: Llévelo esta tortillita a Marcelino...

En ese momento sentía que ya estaba entregado a la muerte. Pero logré sobrevivir a la soledad, la tristeza y el pesar de estar lejos de mi familia. También tenía mucho tiempo para rezar, me dirigía a Dios para pedirle por todos; podía estudiar, me dieron un Nuevo Testamento... para leer; me iba a trabajar el cardamomo...

Pasaron unos veinte días, el cardamomo estaba bien cargado, en

ese tiempo lo pagaban a buen precio... La gente me ayudó a hacer la cosecha... Lo fueron a vender y me trajeron dinero... Compraron café, comida... Y todo esto lo hacían en silencio, trabajando, limpiando, pero siempre pensando y vigilando para ver si el ejército no se asoma para buscarme; pero la gente del Centro se portaron conmigo de manera fraternal... Yo creo que el ejército nunca se dio cuenta de estas cosas.

Pregunté si sabían de alguien que vendiera una bestia... (Después me enteré que el ejército había vendido o regalado mis bestias y animales por Los Angeles...). Es triste saber que los animales de uno se los llevaron a otro lado... Había seis vacas, una mula y un caballo... De todos modos, compré un caballo grande, blanco, al que se le podían cargar dos quintales. La gente lo llevaba con quintal y medio. Con esto conseguía mover poco a poco el dinero. La gente me ayudó mucho.

CARTA PARA MI ESPOSA

Un paisano sanmartineco se enteró de que estaba en la parcela, viene a visitarme... Me dijo que quería ir a San Martín, yo le dije que si se iba a San Martín, le daba medio pasaje para que me llevara una carta para mi familia. Se fue, y llevó mi carta para María, mi esposa. Le decía que estaba en la parcela, que toda la gente me ayudó, que había conseguido una vaquita con su cría, también un caballo... “La comunidad me hizo una casa bajo los árboles... Estoy sólo...”

Cuando le llegó la carta a mi esposa decide venirse; se vino en camioneta hasta Cobán... En carro de Cobán a San Lucas, cerca de Pueblo Nuevo, y después caminando hasta la parcela. Eran como las once de la mañana; ese día había estado trabajando en la parcela, y regresaba a almorzar, y cuando siento algo de ruido, observo y miro que llegaban mis dos hijitos, nos abrazamos con una alegría tremenda, al ver llegar a mi esposa, a mis hijos me llenó de claridad... Bueno, le dije a mi esposa: “Aquí nos tendremos que morir los dos”. Fue el día 20 de septiembre de 1981, yo había dejado San Martín casi dos meses antes.

Al recordar estos hechos, podemos decir que la vida es como un rosario de sufrimientos, pero si uno es fiel a la esposa, y si la esposa te es fiel, puede haber sufrimientos, pero cuando uno está con la familia encuentras la alegría de vivir.

Llegó el 26 de noviembre de ese mismo año 1981; los militares ya habían conseguido colocar en cada comunidad a un comisionado militar para vigilar más de cerca a la población y tener la seguridad de que la estaban controlando; se juntaron los comisionados del pueblo, porque se enteraron que yo ya estaba de nuevo en Cuarto Pueblo, y me escribieron una carta para que me presentara con el jefe de comisionados; la carta era del día 14 de noviembre.

Uno de mis paisanos, que se relacionan con esta gente, me entregó la carta, donde se especificaba que me presentara con el jefe de comisionados en fecha y hora allí indicada, con un tal Santos Luis Velásquez. Era un señor de San Marcos. No le podía decir nada de esto a mi esposa, para que no estuviera preocupada, para que no empiece a llorar y se preocupen los niños... entonces le dije simplemente, que iba a hacer una celebración y después regreso. Ella quiso venir conmigo, pero le aconsejé que mejor se quedara con los niños. Yo sí sabía a dónde iba a ir; salí un día por la mañanita, por el camino iba rezando, me encomendé a Dios, y recordé lo que dijo Jesús: “yo estaré con ustedes todos los días hasta el fin del mundo”. Me presenté en la casa del comisionado, su señora sabía que iba a llegar, habían matado una gallina y me invitaron a comer. Yo les dije que cuál era el mandado conmigo. Estaban otros comisionados.

Empezaron a decirme que era necesario que los acompañara al destacamento de Cuarto Pueblo, “para que la autoridad te vea y quedes libre, para que puedas venir al pueblo a la vista de los militares, tienes que aclarar que has estado escondido”... Yo les pregunté, si ellos eran capaces de defenderme o no eran capaces. Lo que va a pasar es que a mí me quieren dejar en el destacamento, y luego ustedes se regresan. Así les hablé yo... Nosotros te podemos sacar, respondían... Y de todos modos ya estás en nuestras manos y tienes que cumplir las órdenes... Y yo pensando en mis adentros, ¿y para esto me dan de comer, y matan un pollo...? Me arrepentí

de haber venido. Sólo terminamos de comer y nos vamos al destacamento, me dijeron. Ya no sentí ganas de comer, no quise probar la comida, sólo tomé un poco de fresco... Se me fue el hambre... Terminaron ellos de comer y nos fuimos... Estábamos caminando, cuando vimos que llegaban aviones Arawak y un helicóptero empezaron a dar vueltas, aterrizaron en la pista de Cuarto Pueblo, no sabía qué objetivo tendrían.

Estaba tan afligido que me puse a rezar dentro de mi corazón; ya podía rezar un poco: le pedía a Dios y, le decía que hoy sí había llegado la hora, ¿qué puedo hacer, Dios mío? Pero tendré que pasar este día... ¡Qué puede hacer ahora mi pobre familia! Llegamos al destacamento, y nos encontramos con el teniente que estaba intranquilo, como preparando viaje...

Y el jefe de los comisionados le dijo que llegaban para ver qué había pasado, a preguntar por qué estaban sobrevolando tantos aviones y helicópteros... Y en eso se me ocurrió decirle al teniente: Usted necesita que yo le apoye en algo... Y me dijo, hay que llevar esta mochila a la pista. Yo agarré la mochila al hombro, y caminé detrás de ellos y, dejé la mochila en la pista como me había ordenado, era una mochila militar... Y el teniente nos dijo, que ya que habíamos llegado los comisionados militares, nos encargaba cuidar las mesas y todas las cosas que había en el destacamento; yo le dije: ¡No tenga pena, teniente, de esto yo me encargo, y ya veremos qué hacemos con las cosas! En eso el teniente me dijo que ya se iba y se despidió. Al parecer, era el último viaje del helicóptero... En ese momento se fue... Alcancé a ver que subió al helicóptero la mochila que le había dejado en la pista.

Y yo me quedé allí solito, no había ya ningún militar; yo creí que se habían olvidado de la cita. Entonces les dije a los comisionados militares, ¿y ahora qué? Pues ya estuvo, -me dijeron- porque ya se fue el ejército... No lo pensé más. Dios había estado en mi camino. Regresé lo antes posible a mi parcela, pensando en aquel pasaje del evangelio donde dice Jesús: ¿Dónde están los que te condenan? ¡Pues ya no había nadie...! Se fueron, y yo quedé libre. Y pensaba, ¡cómo es el poder de Dios! Le agradecí a Dios por la vida, porque ya puedo caminar nuevamente con libertad... Me

recordé de las palabras de Jesús, donde le dice a la mujer pecadora: “¿Dónde están los que te habían condenado? No hay nadie, Señor”. ¡Cómo es Dios con uno; yo llegué a ver qué querían, y los enemigos se fueron del lugar!

Recuerdo que medité que cuando Dios lo tiene en vida a uno, puede pasar por muchas pruebas, y es como reforzar la fe para confirmar que Dios no nos abandona, y afianzar los pasos que llevamos en nuestra propia historia.

Mucha gente ha pasado por esos mismos sufrimientos, pero no han tenido la oportunidad de escribirlos; al volver sobre nuestros pasos podemos ver cómo está marcada la vida de uno. Me imagino que la vida de los santos fue también un camino de sufrimientos, pero ellos cumplieron con la misión que Dios había marcado para sus vidas.

Me dirigí hacia Pueblo Nuevo y llegué a mi casa en la parcela... Iba contento, chiflando y cantando. Cuando saludé a mi esposa, le dije: ¡ya estamos libres, se fue el ejército! Y fijate que allí vi en el destacamento que tenían nuestras cosas, la mesa que yo tenía de sastre, con las reglas... ¿Por qué no lo sacaste? Me preguntó... Porque me podía controlar los comisionados... Eso ya se perdió, le contesté. Sentí que desde ese momento ya podía de nuevo aparecer públicamente, y caminar con gran alegría donde me necesitara la gente. Esto fue en noviembre de 1981.

La comunidad me pidió que de nuevo volviera a presidir las Celebraciones en la iglesia; les dije que mejor me invitaran a los centros. Cuarto Pueblo tenía 14 Centros: La Democracia, Tacaná, Champerico, Villa Nueva, Argentina, San Luis, B6, Centro Maravilla, B8, Santiaguito, Belén... si llegaba a cada centro, podría encontrar más libertad. Me conocía los caminos y senderos de cada centro; estaban los Catequistas que también hacían la celebración; yo celebraba normalmente. en mi centro de Champerico.

Ese año 1981 no celebramos la Navidad en la iglesia, porque hay muchos rumores de que el ejército quiere meterse a las Cooperativas

para matar y si nos encuentran juntos o en las celebraciones terminan con nosotros. Los que sí se juntaron fueron los carismáticos para hacer sus oraciones en las casas.

MASACRE DEL 14 DE MARZO DE 1982 EN CUARTO PUEBLO

Llegó el 14 de marzo de 1982. Era un domingo; fui al pueblo, porque era día de mercado. Llevaba mi caballo porque iba con la intención de comprar algunas cosas para la casa. Cuando estaba en el Pueblo, llegó un helicóptero color blanco y azul a inspeccionar el mercado a eso de las ocho de la mañana. Cuando nos dimos cuenta, el ejército ya casi tenía acorralado todo el pueblo; eran como las diez de la mañana. Inmediatamente empezó el bombardeo del pueblo. La gente empezó a gritar, las casas se llenaron, y yo me metí en una tienda con mi compadre Antonio Agustín, pero había tanta gente, que mejor salí... Se escuchaba que el ejército bombardeaba el mercado. El comisionado militar encargado, el señor Santos Luis Pérez, que era Catequista, pero también comisionado, fue el que dijo a la gente que se metieran en las casas: Trataré de ver si puedo hablar con el ejército... Lo mataron también; fue un catequista que trabajó por la gente... Mi caballo saltaba y relinchaba... Me monté en el caballo y salgo al galope, a toda velocidad... Pero con tan mala suerte que me fui a topar con el ejército, que venía por la punta de la pista,, por donde pensaba salir yo; mi caballo pasó muy cerca de ellos. Nos dispararon, caí con el caballo.... Vi que había sangre en mi ropa, pensé que me habían pegado... El caballo ya no se levanto, le pegaron de frente, en el pecho..., pero yo seguí corriendo. Mi pobre caballo allí se quedó. Miraba que la gente corría por todos los lados sin rumbo buscando dónde esconderse, algunos cayeron heridos, que gritaban, lloraban..., otros quedaron muertos; pude ver a varias personas que gemían entre la vida y la muerte. Se vino sobre nosotros como una lluvia de balas, las hojas de los árboles caían... Fue terrible, hasta que conseguí salirme de todo aquello corriendo, y a veces saltando sobre personas ya fallecidas. Me encontré con el presidente de la Cooperativa, Rafael, y otro de la Cooperativa, que querían llegar al pueblo; les conté que el ejército había acabado

con todo... De todos modos siguieron, sólo a encontrarse con la muerte. Salí del pueblo, y como a unos dos kilómetros me metí en un río, para ver dónde era que me habían pegado... pero no, no había heridas; lavé la sangre que había en mi pantalón, era la sangre del caballo... Me metí en la montaña, no me fui por el camino. Esta masacre acabó con nuestro pueblo, y puedo decir que soy un testimonio vivo, porque increíblemente me pude librar de esa matanza.

Allí me entregué a Dios; le dije: Señor, tú me salvaste de la muerte, yo me comprometo mientras esté vivo a trabajar con la gente como Catequista; en tu nombre. Era la cuarta vez que me liberaba de la muerte.

Leyendo mi propia historia hasta este momento, quiero recordar las veces que me he librado de la muerte, o mejor, que Dios me ha librado de la muerte:

1. En el terremoto del 6 de febrero de 1976.
2. El 30 de abril de 198, en Cuarto Pueblo, primera masacre del ejército.
3. En agosto de 1981 en San Martín, de no caer en manos de la seguridad, de la G2.
4. El 14 de marzo de 1982, en la segunda masacre de Cuarto Pueblo.

VÍCTIMAS DE LA MASACRE DE CUARTO PUEBLO

¿Cuántos fueron los muertos? En un primer momento calculamos que más de 375 personas murieron en esa masacre. Un domingo que nunca podremos olvidar. Como los soldados habían abandonado el destacamento, no podemos dar otra explicación a la actitud del ejército que la de querer acabar con la población

de Cuarto Pueblo. Hay personas que hablaban de que la guerrilla llegaba a hablar con la gente que manejaba la secadora de cardamomo.

Algunas personas que teníamos familiares en el pueblo nos arriesgamos a caminar el lunes de regreso a Cuarto Pueblo, queríamos saber qué había pasado. Veníamos con mucho cuidado, gateando y arrastrándonos por el suelo... Desde lejos, pudimos ver a los soldados que seguían encerrando gente en la casa del Juzgado, porque en Cuarto Pueblo también había Juzgado. Vinos en otro lado que el ejército andaba trayendo y llevando a varias mujeres, cerca de la casa de la cooperativa que se estaba quemando, y luego por donde otra casa que servía de prisión. No podíamos ver bien qué hacían con ellas realmente, si las estaban violando o torturando, allí las dejaron muertas... Ese día no vimos más, era el 15 de abril, lunes; seguir adelante era arriesgarse mucho. Regresamos el martes de nuevo todo seguía lo mismo... El día 18, vimos a muchos soldados y a otras personas acarrear los cuerpos de las personas muertas, y los iban amontonando junto a la escuela, algunos los llevaban en carretas; ¿será que están todos muertos? ¿Habrá algunos vivos? Nos preguntábamos. Después que estaba la gente amontonada, empezaron a arrancar el cerco de madera de la casa de la secadora y fueron colocando la madera encima de los muertos... Rociaron todo con gasolina, es posible que hayan encontrado la gasolina que había en los tambos en la casa de la secadora del cardamomo... Nosotros mirando, ¿qué van a hacer con la gente, Dios mío? Era un poco después del medio día, como a la una o dos de la tarde, sólo vimos que todo aquello empezó a arder. El cielo se volvió oscuro, y llegaba el olor de la carne quemada de la gente. Estábamos seguros de que debajo de toda aquella madera había gente todavía viva, se notaba por la forma en que los habían llevado. Estas pobres personas sí que son santos, -me dije-, ¿cómo es posible que los estén quemando así? Nosotros no podíamos aguantar las lágrimas por toda aquella gente. ¡Cómo es que el ejército mata a tanta gente si no deben nada a nadie, son gente humilde, ancianos y ancianas, niños y niñas, que estaban tranquilos en el mercado... Sólo los capturan, les ponen el nombre de “guerrilla” y los matar! ¡Son unos demonios!, les decía yo, ¡no piensan que a los que están matando son sus mismos hermanos...!

Cuando escuchamos que el 23 de marzo había habido golpe de Estado en Guatemala Nos atrevimos a entrar en Cuarto Pueblo. Puedo decir con dolor que me tocó ver todo esto, no me lo contaron, lo vi con mis propios ojos. Ese día nos dimos cuenta que ya no había personas vivas en el pueblo. Tampoco hay soldados, ya pudimos entrar con algo de más confianza, siempre con todo el cuidado. El ejército comenzó a matar a los niños ese mismo día, y se puede decir, porque revisamos al otro lado del bordo, la casita de la Clínica, ya quemada, y nos encontramos con los huesitos quemados de los niños. Pasamos por donde estaba la capilla evangélica; estos hermanos estaban orando en su iglesia cuando empezó el bombardeo y llegó el ejército a quemarlos dentro de la iglesia; allí perecieron todos. Al ver aquello sentí que la fe se me fue... Quemaron la capilla y dentro se podían mirar los cadáveres ennegrecidos, los huesitos de la gente... Era una capilla de lámina y todo lo demás de madera, no quedaba nada de la construcción, todo lo habían reducido a cenizas. “Dios mío, cómo es que dejaste a estas personas que murieran, si no te están ofendiendo, estaban orando, y murieron estas pobres gentes... ¿Cómo Dios permitió la muerte de tantas personas? Pensé mal de mi Creador... Me acordé, de que también a su Hijo lo dejó morir en una Cruz, como que me consolaba acordarme de que también a Jesús lo habían matado”. ¡Pobre tanta gente que encontró la muerte! Yo comencé a llorar... viendo aquellos huesos blancos como la nieve: “¿Qué deben estos hermanos, si estaban haciendo oración?” Me dije: Terminaron con todos los evangélicos. Y yo sentía la necesidad de que si quedaba vivo, algún día iba a denunciar esto por todo el mundo, el ejército acabó con la gente de Cuarto Pueblo. Me fijé que a una hermana con la cabeza quemada, le quedaba su orejita, de la que colgaba un arete, entonces me dije: “Pobre, esto es lo que hace el ejército, esta es la democracia de la que nos hablaban”. Encontramos cerdos y perros rebuscando entre los huesos.

Seguimos después para ver qué había pasado en el mercado, y cerca de la escuela comprobamos que habían cavado una fosa muy grande, tal vez de unos diez metros de largo, por unos dos metros de ancho; comprobamos que allí amontonaron a toda la gente que habían matado y los que habían quemado junto a la

escuela. Había un olor insoportable. Los cuerpos no los enterraron bien, se notaban los huesos de la gente. Cortamos un palo largo y lo pusimos como señal, sin pensar que algún día, años después los íbamos a exhumar...

Los que se pudieron salvar se escondieron en la montaña; pudimos visitar algunas persona o familias, estaban aterrorizados, rezando, pidiéndole a Dios; yo hice un recorrido por los centros de Champerico, Tacaná, La Democracia... (Centros de Cuarto Pueblo); encontramos la gente escondida, unos por aquí, otros por otro lado... Los convencimos que así no podíamos hacer nada, que teníamos que juntarnos más personas, cinco o seis familias; era mejor estar reunidos por grupos pequeños. El ejército empezó a rastrear toda la zona, y donde encontraba casas quemaba y lo mismo hacía con los cultivos... Pensamos que quedando dispersos era la mejor manera para caer en manos del ejército. Empezamos a hacer comunidades de centros... Fuimos organizando poco a poco a la gente que quedó escondida bajo la montaña.

Sentí que había llegado el momento de ayudar a la gente como Catequista, ya no tenemos sacerdote, ya no tenemos nadie de la Iglesia con quien hablar, pero tenemos que hacer algo.

Dejé a mi familia cerca de una quebrada, para que si lloran los niños, no se escuche. Y empiezo a buscar a la gente. Me encuentro con gente rezando debajo de los árboles, otros lloran entre el cardamomo, otros tristes porque no encuentran a sus familiares. Y les decía: ¡Hay que esperar en Dios, él sabe lo que nos hace falta y va a proteger nuestra vida. Y los pobres huérfanos... sólo llorando por sus papás y por sus mamás; recogimos varios niños pequeñitos, y encargamos a ciertas personas para cuidarlos, pero muchos murieron...

Yo empecé a sentir en ese momento que para mí el camino de la Iglesia es estar con los que sufren.

EL REFUGIO Y LAS CPR

Aquí empieza la gran Pastoral con las Comunidades de Población en Resistencia, porque toda la gente decidió esconderse en la montaña. El nombre como tal, se empezó a utilizar a finales de 1983. En un primer momento, la gente llegó a sus propias parcelas, yo las visitaba, quería saber quiénes habían quedado vivos, o heridos... No les llevaba nada, solo el consuelo. En la segunda gira fui tomando los nombres de las personas que estaban en las comunidades, pero esto ya fue como en diciembre de 1982. Cuarto Pueblo después de la masacre quedó sin nada.

La gente decía que el ejército se había marchado a Los Ángeles... Cuando les conté todo lo que habíamos visto en el pueblo, la gente del centro al que yo pertenecía, se soltó en lágrimas, la gente lloraba... Porque algunas mujeres se enteraron que sus esposos o papás estarían entre los muertos, allí los agarró la masacre... Fue un gran dolor para muchas mujeres que quedaron viudas, niños huérfanos, personas desamparadas. Buscábamos la forma de consolarlos, tenemos que cuidarnos nosotros, les decía... Se nos morían los huérfanos... Algunos resistieron, por ejemplo Julia, de Cuarto Pueblo, quedó solita, toda su familia murió en la masacre de Cuarto Pueblo.

Aquí comenzó la otra etapa de la vida de la iglesia, el tiempo de solidaridad con la gente al ver el sufrimiento de la gente. Antes yo era muy espiritualista, algo así como son los carismáticos; pero al ver la realidad de la gente, cambió completamente mi forma de ver: Era a Dios, a Jesús al que veía sufriendo en toda aquella gente. ¿Qué puedo hacer?

HACEMOS GESTIONES EN EL REFUGIO

El 22 ó 23 de octubre decidí viajar a México, para visitar al señor a don Antonio Sánchez, en Puerto Rico. Tenía una pequeña finca; le pedí si no podía acoger unas cien familias en su finca, y por

supuesto, que sí, me dijo. Fui a pedir posada. Fuimos en cayuco por un río, y me mostró el lugar donde podíamos estar; a mí me pareció bien el lugar. Me regresé al Centro, coordiné con el Centro San Luis, guardamos unos 28 quintales de maíz, hicimos una coordinación con los Centros, y les dije que don Antonio Sánchez nos recibía.

Pero resultó otra cosa... Como el aviso llegó, la gente de Mayalán, de Santa María Dolores, y los de San Juan Ixcán... empezaron a salir; fue el 26 de octubre. Llegaron primero a la Finca, y mi gente, se tuvo que quedar... Así quedó la gente resistiendo bajo la montaña. Y así empezaron los años de la Resistencia, que luego llamamos las CPR, que se formaron como en octubre de 1983. Estos eran los meses del gobierno de Ríos Montt, cuando se masacraron a tantas personas... Aquí empieza la vida y la historia de la Iglesia en las CPR. En un primer momento pensamos en salir para el refugio, pero como no pudimos salir, y yo era el Catequista, me preguntaba en mi corazón, ¿qué camino voy a agarrar? Comprobé que entre la gente que se fue a Puerto Rico ya había catequistas, y Animadores de la Fe; entonces me comuniqué con otro Animador de la Fe para decirle que me iba a quedar con la gente; si vemos que podemos salir, salimos todos, yo me quedaré hasta que salga el último.

Del lado de México hablé con un sacerdote que ya estaba con la gente del refugio; él no me conoce, y yo tampoco lo conozco a él... Quedamos en hablar por la noche. Buscamos un árbol donde platicar, y me cuestionaba el por qué yo no me quedaba con los refugiados. Y le dije que yo como Catequista, había decidido quedarme en la montaña con la gente, si ellos se mueren, yo moriré con ellos; y si logramos vivir, viviremos juntos.

Le conté al sacerdote que había visitado a la gente escondida debajo de la montaña, sólo esperando la muerte... Me pregunta: Tal vez sos guerrillero... Mejor es que aclares la situación para no tener problema. Y le dije: Soy Catequista, yo no le puedo decir mentira. A los ocho días me citaron con otro sacerdote, porque eran dos los que allí trabajaban. Me comunicaron que habían aceptado mi petición de ayuda y que me iban a dar diez mil pesos

para que comprara recursos para la gente. Les dije: No quiero dinero, yo quiero los recursos. Aceptaron que me iban a entregar más recursos. Así logramos entregar los primeros recursos a las comunidades de la montaña.

Pero la gente que no pudo salir y se quedó en la selva nos enteramos que en el refugio había muchos problemas, que empezó el hambre entre la gente refugiada, porque si bien llegó ayuda, no fue suficiente. Nosotros teníamos todavía maíz; el ejército no consiguió destruir o quemar todo lo que teníamos. En ese momento decidimos quedarnos, aunque fuera con un poco de maíz, pero podíamos comer. Hicimos una reunión para tratar todos los problemas; la gente empezó a opinar que nos teníamos que quedar, porque si esta era nuestra tierra no teníamos por qué salir.

En diciembre de 1982 entró a visitarnos un sacerdote. Celebramos en medio de la montaña la Navidad, celebró la Santa Misa y hubo bautismos. Yo sentí que habíamos logrado un gran objetivo, pensando en el camino de Moisés para salir de Egipto, es posible hacer las cosas, si el pueblo está unido. Recordé a la gente cómo Moisés se encontró con aquella zarza ardiendo, y no se consumía (Exodo 3, 1-6).

Después de una alegría comienza una tristeza por no conocer qué es una guerra. Terminada la celebración del padre, lo fuimos a dejar en la frontera de México. Cuando regreso a la comunidad, hay una cita que dice que me tengo que presentar con la guerrilla, ya que la comandancia me esperan para hablar conmigo; y le dije al que llevó el correo, que en ese momento no puedo, pero que otro día sí podré ir. Me mandaron razón que ellos iban a llegar.

Cuando llegaron me llevé un gran susto... Inesperadamente, se presentó la guerrilla; y me hablaron de la venida del sacerdote, si tenía el permiso de la guerrilla. Yo me asusté y les dije: Ustedes saben que yo soy un Catequista, y ¿ustedes pidieron permiso a la Iglesia para organizar a toda la gente católica?

Este fue el error grande que cometí delante de ellos. Se enojaron conmigo. Mejor se desaparece, y se va a otra comunidad; pensé que me iban a matar. Y me dije: los soldados no me mataron y

ahora la guerrilla me va a matar. Pero antes de que me maten, pensé que sería bueno platicar. Me senté con ellos y les dije: Yo como catequista estoy con la gente, estoy animado su lucha y ayudándoles para que no olviden a Dios; si ustedes están luchando por los pobres, ¿por qué no me dejan trabajar, qué mal estoy haciendo yo en estos momentos? Ya les traje los primeros recursos para las comunidades. La organización se dio cuenta que los recursos entran a través de la Iglesia; y les pregunté: ¿y ustedes qué están dando a la gente?, bien les dan tareas, pero no les dan nada a la gente pobre. Les hice ver lo que estaba pasando... y me puse a llorar, por lo que estoy haciendo.

Pensé: estos no me van a matar delante de la gente, pero sí me van a matar por el camino, así que voy a ir a avisar a la gente... Me levanto, para marcharme... ¿Dónde va? Me preguntaron. Voy a avisar a la gente que ustedes me van a matar... A unos cuatrocientos metros, me salen otros guerrilleros en el camino, y me dicen que regrese, que era una orden del mando.

Por un lado pienso que todo lo que sucedió en ese momento tuvo un lado positivo, fue un buen entrenamiento. Entendieron cuál era mi trabajo de Catequista. Conocí cuáles eran sus disposiciones, las órdenes que daban; y que nos debíamos respetar. Tomamos un acuerdo: Cuando un sacerdote entre, hay que darlo a conocer al cuadro de la organización y al DR. Y si de parte de la organización iba a entrar un sacerdote, también me avisarían a mí, para que no haya problema. Así terminamos la reunión, y terminó el año 1982.

GESTIONES EN LAS CPR

Quiero añadir algo más del triste año 1983. Un año en el que vimos cómo todo se terminaba y se iniciaban los ataques contra la población civil, que no tenían otro objetivo que la tierra arrasada. El ejército comienza la guerra, con aviones y helicópteros, y con los soldados, que se meten en las comunidades, cortan las siembras, como la milpa, los frutales; matan o se llevan los animales, terminan de quemar las casas, si dentro de la casa encuentran maíz, lo

quemar. No respetan a nadie; a las personas que encuentran, las matan. Creímos que había llegado el momento que iban a acabar con nosotros. Nosotros vivimos directamente debajo de los grandes árboles, en medio de la selva, no tenemos casas, sólo un nylon, para cubrirnos.

En este año llegaron a visitarnos algunas personas, entró un sacerdote y un seminarista o estudiante; era una visita coordinada, pero nos parecía increíble que en aquella situación recibiéramos una visita. Era el padre Ricardo Falla. Este sacerdote jesuita empezó a hacer públicos los testimonios de la gente que vivía debajo de la montaña, y de los hermanos que ya estaban refugiados en México. Así fue como pudo publicar el libro: *Las Masacres de la Selva*⁸.

En mayo de ese mismo año me enfermé gravemente, y me tuvieron que sacar para llevarme al hospital de Comitán, en México. Me quedé un tiempo con los refugiados hasta que terminé el tratamiento. Cuando sentí que ya estaba curado, comienzo a sembrar hortalizas para mandar apoyo a las familias que se habían quedado bajo la montaña. Empezamos a atender a las enfermas también.

Sucede que un día la esposa del representante de los refugiados en México viene conmigo, porque está casada con él, pero su esposo tiene otra querida, y tuvieron un serio problema, porque vivían juntas en la misma casa; y llegó conmigo para ver qué consejo le daba, porque no sabía qué podía hacer. Yo le dije: Haga su casa aparte, para no vivir juntas; y así lo hicieron. Cuando el esposo se enteró que yo le había dado este consejo, se fue con los representantes de la migración para presentar su queja, para que me sacaran del lugar donde me encontraba en ese momento refugiado. Cierta día recibí una citación del representante de migración, para que me presentara en su oficina con urgencia. Me presenté a la hora indicada. Me empezó a hablar de que por órdenes superiores yo tenía que salir del refugio donde estaba y

⁸ FALLA, P. Ricardo, SJ, MASACRES DE LA SELVA. Ixcán, Guatemala (1975 - 1982). Editorial Universitaria, Guatemala 1992.

pasar a otro campamento; que ellos se encargaban de avisar a los representantes.

En ese momento, me quedé preocupado; pero pensé que mejor debía decirle que me presentara dónde estaba esa orden superior, para saber los motivos por los cuales me estaban trasladando de lugar, y poder informar a las comunidades. Y le dije: ¡No salgo, sin conocer los motivos!, porque si se me acusa de haber cometido alguna falta, mejor quiero que aclaremos cuál es el problema. Yo soy un extranjero en este país, y si el motivo es serio, no me queda más remedio que salir. El jefe de migración me comunicó que era una orden, y que como refugiado que era, las órdenes había que cumplirlas. Le respondí: Es cierto que soy un refugiado, pero legal; y como tengo el carnet de refugiado, -le dije-, tengo derecho a saber cuáles son las disposiciones superiores. Le manifesté que iba a solicitar una reunión para que esa misma tarde se aclarara todo. Se tuvo la reunión. Al escuchar la gente que me quieren sacar, dijeron: ¿por qué motivo...? porque las familias de las enfermas a las que Marcelino atiende con la provisión de las hierbas que cultiva, piensan que no me van a dejar salir. Y ellas también estaban enteradas de los problemas en los que andaba metido el representante de migración, y entonces sugirieron otra solución: mejor se saca al representante, se nombra otro y se soluciona el problema. Y así lo hicieron. Hasta ese momento me enteré yo del verdadero problema que tenía; sacaron a esta persona, y yo seguí trabajando con la gente con el apoyo del nuevo representante de migración.

Pero en mi corazón también me preguntaba: ¿Qué estoy haciendo aquí? Mejor es no tener problemas; pero qué voy a hacer, ya me enfrenté, ya no se puede hacer nada. Llegó conmigo el compañero que sacaron de su puesto de representante con la migración, a pedirme disculpas, que perdonara lo que me había hecho. Yo le dije que no volviera a hacer esas cosas... Empezamos a hablar, y aquí ya era mi trabajo de Catequista, para ayudarle un poco también a él; le dije: Dios siempre perdona; traté de hacerle ver que podía cambiar. De todos modos, yo tenía que hacer un esfuerzo, para decirle: ¡No tenga pena, ya pasó todo, ya no hay ningún problema!

Después me acordé de aquel pasaje del Evangelio: “Yo les envió como ovejas en medio de lobos. Sean, pues, precavidos como las serpientes y sencillos como las palomas. Cuidense de la gente, porque los llevarán a los tribunales, los azotarán en las sinagogas, los llevarán ante los gobernadores y reyes por mi causa; así darán testimonio de mi ante ellos” (Mateo 10, 16-18).

Tendría muchas otras cosas que contar, pero dejo aquí la narración de este año. Así terminó este terrible año 1983.

AÑO 1984

Fueron desalojados los refugiados que estaban en la frontera de México, cerca del territorio de Guatemala, y fueron llevados a campamentos situados en los Estados mexicanos de Quintana Roo y Campeche. Yo pasé la frontera, y me regresé con mi familia nuevamente a las montañas de la Selva de Ixcán en territorio guatemalteco. La gente vivía con mucho sufrimiento; era un sufrimiento horrible. Allí me quedé con ellos. Mi esposa no estaba de acuerdo; pero me siguió, nunca se separó de mí. Y lo que digo de los demás, es parte del sufrimiento de mi propia familia. Entramos en Guatemala nuevamente el 15 de agosto de 1984. Uno quisiera ver contenta a la gente, pero el sufrimiento, el dolor no los abandona ni de día ni de noche. Entonces me dije: Yo tampoco los voy a abandonar.

Y por eso estoy escribiendo. Muchas personas me han pedido que escriba todas estas cosas. Me cuesta escribir; me gusta más hablar. Pero estoy recordando la situación, y me pregunto: ¿Cómo pudo aguantar la gente tanto sufrimiento? Cuando uno miraba palpablemente que la gente de las Comunidades de Población en Resistencia padecían tanto, me acordaba de la parábola del buen samaritano, que al ver al herido que se había quedado en el camino, tuvo compasión. Así lo sentí yo, no podía dejarlos y ver las lágrimas de la gente que sufre por causa del ejército de Guatemala, y del Gobierno, que constantemente amenazaban a la gente con todo tipo de persecución, para acabar con la pobre gente.

Contemplamos las maravillas de Dios en medio del sufrimiento; realmente, cuando uno siente que Dios es Padre, que existe... A veces uno no se da cuenta en el momento, pero después podemos meditar, y entender que es por obra de Dios que podemos superar tantos sufrimientos. El ejército nos persigue y nosotros con todas las familias caminando en medio de la montaña, bajo los árboles. La montaña es como nuestra madre, nos protege y nos esconde de la vista del enemigo.

Como trasladaron más lejos a nuestros hermanos refugiados, nosotros nos quedamos más solos, más aislados, con menos apoyo. Fue un momento en el que la Iglesia empezó un proceso de presencia con agentes de pastoral, sacerdotes y religiosas con los refugiados, pero era un apoyo que llegaba desde México. La Diócesis de San Cristóbal de las Casas, con su Obispo, Dom Samuel Ruiz, empezó a apoyar; los sacerdotes visitaban con mucho amor a la gente.

Recuerdo que en la Navidad de 1982, llegó con nosotros un sacerdote para la celebración; le decíamos padre Carlos. Un sacerdote bastante alto, que trabajaba con los refugiados. Los agentes de pastoral de la Iglesia nos empezaron a apoyar con medicinas, con botas, con ropa, en ese momento comenzó una gran hermandad de la Iglesia que estaba en Ixcán, los que nos quedamos, con los que estaban fuera.

Pero la llegada de sacerdotes no era muy seguida. Así pasamos desde finales de 1982 y 1983, que no tuvimos celebración de la Navidad. Durante 1984 no entraron muchos sacerdotes. Hacia el año 1986 los Catequistas nos organizamos mejor para atender las necesidades pastorales de la gente; se formó el Equipo de Trabajo Pastoral. Entraron algunos sacerdotes que nos dieron los Cursillos... quedamos que por lo menos debía haber un coordinador de Catequistas en cada una de las comunidades que se habían formado bajo la montaña. Éramos 23 comunidades.

Durante 1985 tuvimos un sacerdote que nos acompañaba, era de los Misioneros del Sagrado Corazón, y nos sentimos muy animados, porque podíamos fortalecer nuestra fe. Le decíamos “padre Julio”

(su nombre: Luis Gurriarán). Organizamos las celebraciones y los ministros de la Comunión. En cada comunidad se trató de hacer una casita con palos y hojas, de las que hay bastantes en la Selva, y cada domingo teníamos celebración de la Palabra de dios, recibíamos la comunión, y teníamos la adoración del Santísimo Sacramento. El ministro de la Comunión era también el encargado de sacar el Santísimo... Así, el Santísimo caminaba con nosotros, cuando el ejército nos perseguía. Se dieron cuenta de que con nosotros caminaba un sacerdote; lanzó una ofensiva muy fuerte contra las comunidades, acabó con nuestras siembras, con las capillas, pero con la gente no puedo acabar. El sacerdote que nos acompañaba se enfermó, y hubo que sacarlo hacia México. De esa manera se salvó su vida. Con la ofensiva del ejército del año 1985, empezó a padecer de una úlcera, y ya no pudo seguir a nuestro lado. Pero fue en ese tiempo que el padre Ricardo Falla entra para quedarse con nosotros. Cuando estábamos en lo mejor de este trabajo con la Iglesia, empezó la gran ofensiva del ejército de 1987 y 1988.

¿Cuál fue el trabajo que hizo la Iglesia? En primer lugar, apoyar pastoralmente toda la zona de Ixcán donde estábamos. Segundo, colaborar en el apoyo económico a las comunidades, para resolver todas las necesidades de la gente, con medicinas, ropa... Tercero: tomamos la decisión de ser voz profética de la Iglesia; por tanto teníamos que denunciar los hechos de muerte que causaba el ejército en medio de la gente; esto lo tenían que hacer los catequistas, cada uno en su centro tenía que tomar nota de cuántas bombas tiraba el ejército, cuántas caen en un día, por ejemplo; y el coordinador lo anotaba en un papel, y contábamos por mes todo eso. Si llegaba algún sacerdote, le dábamos toda la información, que se remitía al apoyo de la Iglesia que estaba fuera, para hacer las denuncias. Después conseguimos grabadoras pequeñas, para grabar las denuncias.

Los Catequistas teníamos la responsabilidad de que el trabajo del anuncio de la Palabra de Dios no se detuviera, por más que nos combatiera el ejército, había que estar agarrados a la Palabra de Dios. Había catequistas que se encargaban de trabajar con los niños. Yo trabajaba con los matrimonios y las Celebraciones de

la Palabra. Y estábamos todos de acuerdo en denunciar las injusticias que cometía el ejército contra nosotros. La Iglesia no se podía tapar los ojos ante la situación. La lectura de la Palabra de Dios nos ayudaba, la reflexión sobre la vida de Jesús, el recuerdo de la vida de Moisés y de Aarón frente al faraón... Nosotros no solicitamos la presencia de un licenciado para hacer las denuncias, nosotros mismos escribíamos en papeles lo que pasaba en las comunidades, con nuestro puño y letra, escribimos, aunque fuera con muchos errores de ortografía.

¿Por qué les hablábamos a la gente de la vida de Jesús en medio de la guerra, de los bombardeos? La vida de Jesús era fundamental para nosotros; Jesús fue sencillo, fue pobre, nació pobre ¿verdad? Sus padres son gente pobre y él no nació en un país principal, no nació en una gran ciudad, sino que nació en una aldea, que es Belén, vivió en Nazaret. Yo creo que son tierras humildes como estas de Ixcán. Nosotros nos imaginamos que Nazaret está como en una gran joyada, algo así como vemos que están los hermanos de las Comunidades de Población en Resistencia. Nosotros hemos mantenido una fe muy grande en la vida de Jesús. Los sacerdotes nos decían que aunque no tuviéramos la Santa Misa, hiciéramos siempre la celebración, y pudiéramos comulgar, que tuviéramos el Santísimo en cada comunidad; porque en la celebración es el momento de estar juntos y de recibir la comunión. Recuerdo cuando un sacerdote nos dijo: Les vamos a dejar el Santísimo, pero lo van a cuidar bien, que siempre haya algunas flores, ya que ustedes no le pueden poner una luz, que tenga algunas flores; si estuvieran en la catedral lo adornarían muy bien, pero aquí no tenemos luces... Le respondimos: Está bien, padre. Hicimos una capilla en cada comunidad para el Santísimo, clavamos los horcones para la casita, y lo cubrimos con hoja que se consigue en la montaña. Les pusimos una cruz grande, alta, para que se pudiera ver bien.

Por desgracia, cuando fue la ofensiva del ejército en 1987 no respetó nada; quemaba todas las casas y también nos quemaron la casa del Señor, la capilla, aunque se veía la cruz bien alta, y que aquello era una capilla. Entonces nos dijimos: Terminaron con nuestra capilla, pero nosotros que somos la verdadera imagen de

Dios seguimos vivos, nosotros somos la imagen de Dios, y empezamos a hablar que la capilla la quemaron porque es una construcción de los hombres, pero Dios ha dejado su imagen dentro de cada uno de nosotros, y a nosotros todavía no nos ha podido destruir el ejército, y si no nos ha destruido tenemos que mantener la fe firme, y decidimos que como teníamos que caminar, también el Santísimo tenía que caminar con nosotros a cualquier lugar que fuéramos, si no hay casa para el Santísimo, no importa, porque tampoco nosotros tenemos casa. Su casa es nuestra fe. Y sucedía que cuando nos avisaban que llegaba el ejército, o venían los bombardeos, metíamos el Santísimo en el MORRAL, y lo colgábamos al cuello. Y toda la gente sabía que si el coordinador lleva el morral al cuello, es que va el Santísimo adentro, y va también con nosotros. El Coordinador de la pastoral lo llevaba colgado hacia adelante, ya sabíamos que esa era la señal de la presencia del Santísimo, que también el Santísimo sale en la emergencia, nos acompaña la presencia de Jesús, esta es nuestra fe.

Todavía me provoca las lágrimas el recordar todas estas salidas de emergencia... Salimos en carrera, y llegamos a otro lugar muy cansados... La gente se tira en el suelo; a veces tienen un nylon para taparse y otras veces no... A veces con el helicóptero encima buscándonos para poder bombardear. Cuando llegaba el Coordinador, colgamos el morral del Santísimo en el tronco de un árbol de manera que lo pudieran ver todos, y junto al morral colocábamos, si podíamos una cruz, aunque fuera chiquita... Y todos vemos que junto al Santísimo está el signo de la cruz, y quedaba allí como un lugar que todos respetábamos, y cuando tenemos la Celebración, podemos recibir la comunión. No podemos cantar, porque se escucha, pero sí la oración. Esta era nuestra misión de Catequistas, acompañar a la gente.

EL PADRE MARCOS (RICARDO FALLA)

El padre Ricardo Falla, jesuita, llegó a visitarnos en 1987. Yo era Catequista; a finales de ese año empecé a trabajar como miembro

del Equipo de Trabajo Pastoral (ETP). Mi trabajo era acompañar al P. Ricardo para visitar las comunidades. Cuando lo vimos llegar y estar con nosotros, sentimos mucha alegría, pero teníamos la preocupación de si iba a aguantar la vida que llevábamos nosotros en la montaña. Personalmente no creía que fuera capaz de aguantar la vida en la selva. Pero vimos que él empezó a resistir, como nosotros. Se fue quedando muy flaco, se quedó delgado. Con la Ofensiva del ejército en 1987, había entrado otro sacerdote, y con el P. Ricardo ya eran dos los que estaban acompañándonos para atender todas las Comunidades de Población en Resistencia. Al padre Ricardo le llamábamos Marcos; en aquel tiempo quería que lo reconociéramos con ese nombre... Nos acompañó durante la ofensiva del ejército, caminaba con nosotros, y le tocó sufrir bastante. Recuerdo que en una comunidad que le llamábamos Irlanda, los compañeros Catequistas vieron como el padre Marcos tenía que correr bajo el bombardeo al lado de la gente, cuando la gente se tiraba al suelo, él también se tiraba al suelo, si la gente encontraba refugios bajo tierra, también él se mete al refugio. Llevaba una grabadora, y podía registrar todo lo que le contaba la gente de lo que sucedía en los bombardeos y después del bombardeo.

Sentíamos un gran alivio el poder salvar la vida después de un bombardeo, los bombardeos son como un bautismo, porque en ese momento uno no sabe si va a salir vivo de los bombardeos o no... Booom por allí, boom... por otro lado, las bombas explotan cerca de nosotros... Nos movíamos entre la vida y la muerte. Lo que nosotros hacíamos era entregarnos totalmente a Dios: Señor, hoy es el momento, protégenos, danos tu ayuda...

Se organizó una actividad con los coordinadores de los Catequistas de cada comunidad, para escribir cada ocho días una carta y hacerla llegar al ETP. Esto nos ayudaba para saber cómo se encontraban todas las comunidades; así podíamos saber la situación de la gente que estaba en Ixcán, y todo esto lo enviábamos a México, para informar a las personas de solidaridad con las CPR.

Vivir debajo de los bombardeos un día y otro día, es un tiempo para transformar la vida... Cuando pasa el bombardeo sentimos

que quedamos libres nuevamente. Sentimos la felicidad; tal vez hay gente apenada porque perdieron sus cosas, algunos que se lamentan de haber perdido a sus gallinas o pollitos, pero eso se puede volver a conseguir. A otras personas se les rompió tanto la ropa, que ya casi no tenían cómo vestirse, o quemaron su casita con las pertenencias que tenía, lo consolábamos, y le decíamos: Lo importante es que tú estás vivo. Y así había que ir consolando a la gente. Porque no era uno solo, no: uno te contaba lo que había perdido, otro te contaba otra cosa, otro que se le extravió un niño, y había que buscarlo... Repartíamos entre nosotros las cosas. El mismo padre Marcos, en más de alguna ocasión le tocó apoyar a otras personas con su ropa personal. Cuando los del Equipo de Trabajo Pastoral recibíamos ayudas, como ropa, la metíamos en bolsas y la colocábamos en una especie de subterráneo hasta que se lograba distribuir, la escondíamos, para entregar luego a la gente su ropa. Había que visitar a las personas que se enfermaban, consolarlos y preguntarles que si ya les habían dado las medicinas, porque ese era el deber del encargado de salud.

El trabajo en el ETP, estaba bien organizado. Nos coordinábamos para permanecer más tiempo con la gente de cada comunidad; el padre Marcos visitaba a las comunidades del sur y, yo, estoy con las comunidades situadas más al norte. Después nos juntábamos para evaluar las actividades. Siempre terminábamos hablando de los sufrimientos de la gente.

El padre Marcos es una persona abierta, no es nada enojado, durante los cuatro o cinco años que yo trabajé con él, nunca lo vi maltratar a nadie. Si se molestaba un poco, nos dábamos cuenta, porque se le ponía roja la cara... Y si yo lo miraba así, esperaba un rato... y ya se calmaba. Pero nunca señaló a nadie; si tenía que llamar la atención, lo hacía de buena manera. Tal vez esto le costaba también a él. Recuerdo que durante las comidas, si le ofrecíamos un blanquillo, un huevo, por ser el sacerdote, él se fijaba en los niños para ver si comen o no, y si veía que faltaba para los niños, partía la mitad y se lo daba al niño, se lo entregaba en medio de una tortillita doblada. Si la comunidad le daba algún guineo, y él sabía que había alguna persona enferma, iba donde estaba el enfermo y le llevaba el guineo para que comiera. El padre

Marcos recorría todos los centros con nosotros. No descansaba. Teníamos reuniones, a veces de dos días, si todo estaba tranquilo, y luego salía para visitar las comunidades. Celebraba la Santa Misa en cada comunidad, deteniéndose en cada comunidad uno o dos días, de manera que a veces regresaba como a los 23 ó 25 días de nuevo, a la sede, es decir, donde tenía la casa, que era en Los Ángeles. Vivía con toda la gente. Cada día llegaba con una familia para compartir la comida con esa familia; es como si dijera, yo no tengo hijos propios, pero todos ustedes son mis hijos, sus hijos eran toda la gente, y por eso le gustaba ir a comer en cada casa... Las casas estaban abiertas para todos.

RETIRO ESPIRITUAL EN LA SELVA

Una de las experiencias más bonitas que recuerdo del trabajo pastoral en la selva, bajo la montaña, en tiempos de las Comunidades de Población en Resistencia, fue el retiro espiritual que nos impartió el padre Marcos. Lo planificamos bien. Buscamos un lugar silencioso, donde sabíamos que no iba a pasar mucha gente; estuvimos en un cerro, algo retirados de la gente; un retiro en silencio. El padre Marcos quería que tuviéramos tranquilidad, para poder hacer oración, para entrar en nuestro corazón, para hacer cambios en nuestra vida, que eso es la conversión, para fortalecer nuestra espiritualidad profundamente. En primer lugar, fueron tres días de oración; en segundo lugar, fueron tres días de examen de conciencia. Sólo invitamos a personas que tienen cargos en la comunidad, Catequistas, coordinadores de salud, comités de los proyectos... Como tercer aspecto, hicimos un verdadero examen de conciencia para ver si estamos desempeñando nuestras responsabilidades con dedicación. Nuestro trabajo lo colocábamos ante Dios, y a la luz de la fe nos examinábamos. No se trataba de cumplir porque había un nombramiento; el trabajo por el pueblo necesitaba una fe viva.

La montaña era nuestra casa de retiro; bajo los árboles que buscan la luz del sol y se proyectan en el cielo, como queriendo alcanzar alguna estrella. La selva es también un lugar de silencio; sólo se escucha el canto de aves y pajaritos; bajo los árboles hay penumbra,

porque en el día los rayos de sol son detenidos por sus hojas. En la montaña hay espacio para caminar, para perderse. Es un lugar ideal para el encuentro con Dios. Sabemos que Dios nos acompaña, que está con nosotros, pero queríamos dedicarle un tiempo especial. La montaña era también la iglesia, el templo donde nos movíamos. Nos podíamos sentar, arrodillar, pasear. Era la montaña de la comunidad, por tanto era la montaña de los hijos de Dios; era como una montaña sagrada que nos protege, nos defiende y nos da lo necesario para vivir. Cuando estás acostumbrado a caminar por la montaña, no hay miedo, puedes distinguir todos los sonidos; distingues el ruido de los árboles, como si nos estuvieran hablando. No era necesario que el padre Marcos hablara muy fuerte, porque se escucha perfectamente.

En ese retiro el padre Marcos también nos pidió que escribiéramos nuestra situación de vida, desde la niñez hasta la juventud, y después hasta el tiempo presente. Nos iba guiando para hacer un examen de toda nuestra vida. Por ejemplo, si te has peleado con alguien, si has maltratado a alguien, cómo has desempeñado tus responsabilidades... La parte final buscaba fortalecer el compromiso de nuestro trabajo como Catequistas. ¿Vas a seguir trabajando como Catequista, o eres un catequista sólo de bulto?; de bulto, porque sólo llevamos la Biblia, pero nada más. ¿Eres capaz de enfrentar los problemas o dejas las cosas para que las haga otra persona? Porque así como Jesús estaba haciendo oración en el Huerto de Getsemaní, el Huerto de los Olivos, en Jerusalén, tenemos que abrir nuestro espíritu a Dios. Había algunos que empezaban a escribir todas estas cosas llorando. ¡Vaya, nos decía el padre Marcos, escribe también con tus propias lágrimas!

El resultado fue bueno. Hubo personas que salieron del retiro con mayor decisión para el trabajo; también hubo algún compañero que no aguantó el ritmo del retiro. No podemos que vamos a trabajar por los más necesitados como verdadera Iglesia de los pobres si nosotros no estamos de corazón en medio de la gente. Lo contrario, es no entender el evangelio... El que quiere vivir de acuerdo con el evangelio de Jesús, el que quiere pertenecer a esta Iglesia de los pobres, tiene que estar al tanto de las necesidades de los más humildes. Yo mismo me examinaba si estaba desempeñando

bien mi trabajo; si pensaba más en marchar al refugio o realmente me quedaba en la resistencia. El retiro me ayudó para seguir fortaleciendo mi espiritualidad para permanecer en la resistencia y luchar para que nuestro pueblo tuviera voz, para ayudarles a reclamar los derechos humanos, para que el pueblo reavive su compromiso por el Reino de Dios.

Cada uno buscó descubrir a Dios a partir de sus propias responsabilidades con la comunidad. Al final decidimos ser la voz profética de nuestra gente. Recuerdo que uno de los catequistas le preguntó al padre Marcos: ¡Padre!, ¿qué es un profeta? Un profeta, -nos explicó- es aquella persona tocado con la fuerza de Dios, para estar con la gente que más sufre; tiene que denunciar estos sufrimientos, y a la vez tiene que anunciar la buena noticia de la salvación. ¿Cómo encontrar salvación en la Selva?

Personalmente experimenté en este retiro grandes cosas: Uno hace un compromiso con uno mismo y al mismo tiempo se compromete a estar con la gente, con los que sufren. Se comparten sus sentimientos también. Vivir cara a Dios en un cerro, en medio de la montaña, no se le olvida el compromiso que hicimos... Gracias a los padres jesuitas, nosotros pudimos hacer este retiro espiritual ignaciano; nos ayudó a conocer nuestra propia vida.

Donde él vivía siempre había gente con él, llegaban a platicar con él, de todos los lugares visitaban al sacerdote. Su misión principal era la de dar esperanza a la gente; nos decía que vivir en la resistencia es como un don de Dios, pero no tenemos que entenderlo sólo así, tenemos que buscar la seguridad de la gente. Había personas que pedían ir al refugio, porque la selva se les hace muy duro. El padre Marcos, les decía que estaba bien, que era bueno que se fueran al refugio; nos pedía que rezáramos por ellos, para que Dios los acompañara. Y les prometía que si regresaban nuevamente, allí estábamos para recibirlos de nuevo. Por eso que cuando ya supimos que no podía seguir presente entre nosotros, la gente empezó a llorar de tristeza.

LA OFENSIVA DE 1987

En Guatemala ya se había instalado un gobierno no militar, pero el ejército seguía sus campañas contra la población civil. La ofensiva del año 1987, fue terrible. Esta ofensiva fue como si el terror se lanzara contra nosotros. Aviones de guerra y helicópteros sobrevolaban toda la región de Ixcán. Parecía que Ixcán se hubiese transformado en un aeropuerto, de tantos aviones.... El ejército por tierra comenzaron el rastreo... Nosotros corriendo delante del ejército, los Catequistas éramos como los guías de la fe. Llevábamos el Santísimo en un morral, sobre nuestro pecho colgaba el morral... Cuando ya cansados llegábamos a un lugar, y sentíamos que el ejército ya no nos sigue..., colocábamos el Santísimo y empezábamos a rezar. No podemos cantar por miedo de que el ejército todavía estuviera cerca, y nos pudiera escuchar. Comulgamos, y sentimos la fuerza de dios, es su ayuda para estar preparados en este camino, que es un camino de auténtica liberación; era lo que le pedíamos diariamente en nuestras oraciones, que nos liberara.

Donde llegábamos y creíamos que era un buen lugar para que se quedara la comunidad, extendíamos un nylon en el suelo; colocábamos un crucifijo en el lugar, y comenzábamos nuestra oración... Podíamos seguir celebrando nuestra fe, para seguir caminando como Pueblo de Dios en medio de la montaña... Y el pueblo llegaba a comulgar; todos sentíamos que somos uno. Y los catequistas seguimos con la misión de la Iglesia en medio de los sufrimientos, y esto lo informábamos a la Iglesia. Había una organización que se llamaba Iglesia Guatemalteca en el Exilio (IGE), en México; a ellos les mandábamos la información de la solidaridad.

Luego también ellos nos mandaron una carta que decía: Procuren que el Santísimo no se tenga en la montaña en los momentos de emergencia, es decir, cuando han ofensiva del ejército... Mejor esperar que el sacerdote llegue para poder comulgar, para no descuidar el Santísimo, y respetar el lugar. Nosotros sabíamos que allí no podíamos tener un lugar como el que hay en las iglesias, bien arreglado.

Hicimos una reunión para hablar de aquella carta que nos habían mandado... Y los Catequistas dijeron: ¿Qué haría Jesús si estuviera con nosotros en esta guerra? Porque, pensando bien, de acuerdo con lo que nosotros pensábamos, al tener en medio a Jesús, él nos protege y nos anima.

Les mandamos una carta de respuesta, y les agradecemos el mensaje; pero les escribimos que nosotros ya habíamos tomado la decisión mantener con nosotros el Santísimo, porque era llevar a Jesús con nosotros.

Yo era el encargado de llevar el Santísimo; y donde nos quedábamos para dormir, yo dejaba el santísimo a mi lado. Llevaba el Santísimo en un morral; así lo hice desde 1989 hasta 1996. Cuando el ejército nos saca de las comunidades, y nos persigue, o cuando nos despierta temprano... Yo sé dónde está el Santísimo, cuelgo el morral sobre mi pecho, y ahí va el Santísimo con nosotros. Que Dios me perdone, pero no lo dejé descansar en ningún lugar, porque no se podía, por motivo de la guerra.

El Santísimo lo tuve hasta el 15 de agosto de 1996, el mero día de la fiesta de la Asunción de la Virgen. Ese día se lo entregué a Monseñor Julio Cabrera, que estaba visitando Ixcán. Cuando se lo dejé comencé a llorar, en el momento que lo coloqué sobre el altar y ya lo pusieron en el sagrario, allí descansó el Señor de tantas caminatas. Para mí es un día muy significativo, y cada año recuerdo la historia en la misma fecha.

NO TENEMOS ALTARES

Los momentos de emergencia por las constantes ofensivas del ejército, eran muy difíciles para la gente. Los Catequistas teníamos que andar consolando y explicando: Hermanos, cuando uno está en emergencia ya no hay altar, no hay nada. Sólo llevamos el nylon para cubrirnos cuando llueve. Y si llegamos a otro lugar y se calman los bombardeos, preparamos todo para celebrar la Eucaristía; colocamos una cruz... y nos reuníamos para celebrar, a veces bajo el agua. Es bonito ver ahora que uno llega a la iglesia está todo muy limpio, bien preparado, hay luces, se pone el aparato de sonido; entonces no podíamos hacer nada de eso; era como dice el evangelio, que los zorros tiene madrigueras, y las aves tienen sus nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene ni un lugar para reclinar su cabeza; así decía Jesús. Algo así, creo yo, nos pasaba cuando estábamos en las Comunidades de Población en Resistencia... Ahora vemos que se habla de la transformación de todo, nos vienen los apoyos de las organizaciones, de la solidaridad, de la Diócesis... pero en aquel tiempo las cosas eran bien difíciles. La gente entendía que aunque no había altar, sí había comunidad. Teníamos un templo grande, que es toda la naturaleza; la selva es como una gran catedral. Y el altar lo podíamos arreglar en el suelo, si es que estamos en emergencia. Nos gustaría tener un altar bonito, pero no tenemos mesas.

Los Catequistas teníamos que acompañar las comunidades; el trabajo pastoral era importante. Yo tenía dificultades para cumplirlo bien, porque tengo la responsabilidad de una familia, es difícil llevar las dos cosas a la vez; es como que se me presentaran dos evangelios en el mismo camino. Cuando me venían estos pensamientos buscaba un árbol, me sentaba al pie de ese árbol grande, y comienzo a hacer mis planes: ¿Qué es lo mejor que debo hacer? Encuentro que los dos son importantes, la familia y las comunidades. Siempre sacaba la conclusión que tenía que hablar con mi esposa, si ella también estaba de acuerdo con mi trabajo, porque el evangelio no sólo es predicar. Y siempre me apoyaba. Gracias a mi esposa he podido tener fuerza para seguir con el trabajo pastoral. Pero creo que también la sacrifiqué, y tengo que

pedir perdón a Dios. Mis hijos también me ayudaron porque ellos ayudaban a su mamá, y yo ayudaba a las comunidades. Yo sabía que cuando llega el ejército, mi familia está en peligro, pero a mí me agarraba la emergencia en cualquier lugar, y tenía que llevar el mensaje de esperanza a la gente.

Lo bonito del año 1987, es que ya supimos que había un nuevo Obispo en la Diócesis de Quiché; llegó el 17 de enero de ese año a Santa Cruz del Quiché. Pero ni la gente ni yo lo conocíamos. Yo creo que tampoco él sabía que había comunidades en la Selva del Ixcán, o tal vez sí, no lo sabemos.

VISITA A LAS COMUNIDADES DE LA SIERRA Empezando por Santa Clara

En ese entonces determinamos que sería bueno visitar las Comunidades de Población en Resistencia de la Sierra, que están en el municipio de Chajul. Era un lugar muy lejos de nosotros. Sabíamos que estaban sufriendo y necesitaban nuestro apoyo pastoral. Y le dije al padre Marcos: Si tú vas a ir a la Sierra yo voy contigo, vamos juntos a hacer la visita. Pero si a mí el Obispo no me deja qué vas a hacer tu solito; y yo le dije, que aunque a él no lo dejara ir el Obispo, yo sí iba a visitar la Sierra.

El padre Marcos se comunicó con el Obispo, y el Obispo le dijo que no había ningún inconveniente para que llegara a visitar las Comunidades de la Sierra; entonces me consultó si yo estaba dispuesto a realizar la gira, y yo le ratifiqué lo que ya había dicho: Yo voy a visitar para ver cómo viven los pobres de la Sierra. El padre Marcos me preguntó en nombre del Obispo si me sentía de acuerdo para hacer esa misión; y le dije que para mí la misión es un regalo de Dios, para conocer la vida de las comunidades, porque es descubrir cómo Dios está con ellos.

Pero la visita no se pudo hacer sino hasta el año 1989. Preparamos el viaje, planificamos qué era lo que yo tenía que hacer; con el

padre Marcos preparamos todo lo que se podía hacer con las comunidades de la Sierra. El padre Marcos nos reunió en oración. Era como un envío de misioneros. Me impuso sus manos, rezó por mí y por mi compañero, que me tenía que acompañar. Me dijo: Bueno, Natán, -porque así me conoce la gente-, vas a empezar tu camino, llevas la carga, lo necesario para los hermanos de la Sierra; contigo va el Santísimo, tienes que estar confiado de nuestra oración, sabemos que es una misión difícil, pero Dios te va a proteger. Me puso en medio, comenzó a hacerme preguntas delante de la gente: ¿Estás claro en la misión para la que Dios te escoge, y que vas a ser enviado para anunciar el Reino de Dios? ¿Estás dispuesto a trabajar por lo más difícil que vas a hacer en tu vida? ¿Qué piensas si Dios te pidiera la vida por el trabajo de la misión?

Para mí fue como una ordenación que yo nunca pensaba recibir en mi vida; y me puso un listón sobre mis hombros: Esta señal te acompañará en la misión que te encomienda la Iglesia. Y luego nos dio la bendición a mi compañero y a mí, y nos envía a la Sierra.

Hoy, cuando recuerdo aquel viaje, no es por alabarme, pero no cualquiera es capaz de emprender aquel viaje. Cuando empezamos el camino, nunca creíamos cómo iba a ser aquel largo viaje. Me acompañaba Ramón. Sabíamos que era una misión de la Iglesia, y teníamos que estar dispuestos a caminar entre la vida y la muerte. No tengas miedo, sigue adelante porque es el Señor Jesús y su Santísima Madre los que te van a ir guiando. Cada uno llevábamos como 70 u 80 libras de carga con mecapal.

Caminamos durante ocho días para llegar a la primera comunidad; ocho días y siete noches... para llegar a Santa Clara. Durante estos ocho días nunca dormimos en una casa... Teníamos que tratar de que no nos vieran los patrulleros civiles, porque si te encuentran ya no podemos seguir. Y por la gracia de Dios, no nos encontramos con nadie. Teníamos que ir escogiendo los caminos. Yo había solicitado una brújula; pedí a la Iglesia que me consiguieran una brújula, y fuimos con compañeros que saben manejar este aparato... Y la brújula nos sirvió de guía. Caminamos por

barrancos, entre zarzas, entre espinas, por lugares con zacate, bajo los árboles, con lluvia, con calor... durante los ocho días nunca caminamos por donde caminaba la gente que comercia o que conocen las personas que van de un lugar a otro. Un día no fuimos capaces de conseguir agua para beber... Y teníamos necesidad de beber agua. Pues buscamos unos bejucos, los cortamos, y con esto conseguimos sacar dos vasos de agua para cada uno; llevábamos el machete, eso nos ayudaba cuando había dificultades por la montaña.

Tampoco nos cruzamos con tropas militares; a veces escuchábamos a lo lejos los disparos. La gente que de Santa Clara ya estaba avisada de que íbamos a llegar, pero no sabían cuándo; les habíamos mandado una carta. Al fin llegamos a nuestro primer destino... Cansados, pero no tanto, al ver la alegría de la gente, todos se acercaban a saludarnos... Les dijimos: Aquí nos envía la Iglesia con ustedes... Les llevábamos Biblias, libro de cantos, catecismos... pero nada más. Programamos tener un Cursillo con los Catequistas de Santa Clara. Hicimos la Celebración de la Palabra de Dios; después les hablamos del Rosario a la Virgen María, cómo se rezaban los misterios del Rosario. Era por los días de la Navidad; pasamos la Nochebuena en Santa Clara, había mucho frío. Me encontré con mi tocayo, Marcelino Cano, que también era Catequista en la Sierra. Para la celebración se reunió muchísima gente... Después les dije que ya había mandado una carta a Amajchel, que era la siguiente comunidad que íbamos a visitar.

La siguiente etapa era Amajchel; sabíamos que cerca estaba el ejército; allí la guerra era como en Vietnam. Tuvimos el Cursillo, luego tuvimos la celebración de Bautismos, preparamos a los papás, a los padrinos, hicimos el Bautismo de los niños. Pienso que a lo largo de dos meses de trabajo pastoral bauticé a unos 800 niños; y quedaron otros todavía sin bautizar. Visité 21 comunidades; y si comparamos el tener que visitar 21 comunidades, en sesenta días, es poco tiempo el que podíamos estar en cada comunidad, apenas tres días.

Después de Amajchel visitamos Cabá... hicimos lo mismo. Pero luego había que llegar también hasta Xeputul... en cada lugar

dábamos los cursos para los Catequistas, sobre los sacramentos, cómo debían bautizar, cómo tenían que anotar los nombres de los niños en los libros, con el de los papás y el nombre de los padrinos... Le dije a Ramón: tú te quedas en Cabá para presidir las celebraciones y bautizar, y yo voy a seguir para Xeputul. Está bien, me dijo; si tú me autorizas... Y como no podíamos pedir más autorización. Sabíamos que ya había nuevo Obispo en Quiché, y nos dijimos, es seguro que el Obispo Julio Cabrera va a estar de acuerdo con el trabajo. ¿Qué vamos a hacer? Tenemos que hacer todo en nombre de Dios. Tú vas a bautizar... y yo me voy a Xeputul.

CAMINO DE XEPUTUL

Las comunidades de Xeputul estaban más al sur, en dirección de la Finca San Francisco. Me acompañaban tres Catequistas. Nos pusimos en camino un día a las seis de la mañana; empecé a caminar bien... Pero sucedió que al subir por una montaña bastante alta, en un camino empinado, me siento fatigado y las fuerzas me empiezan a fallar. Me sentí tremendamente cansado; siento que me estoy rindiendo. Habíamos pasado días de desvelos por el trabajo; nos enfrentamos a la subida, como digo, de esa montaña tan alta que nunca se terminaba de llegar, la conocen como Buena Vista, arriba de Xeputul. Fue allí cuando me vino la tentación, porque llegando a Buena Vista, les dije a los compañeros: Quiero descansar, porque ya no aguanto más... Sentía sed. Busqué unas piedras para sentarme, me quité las botas... Me quedé con los ojos cerrados, acostado. Por mi mente empezaron a pasar un montón de preguntas: ¿Dónde estoy, dónde dejé a la familia, qué estarán haciendo? Ya llevaba catorce días de caminata desde que salí de mi comunidad, ¿qué estoy haciendo aquí? Después de tanta caminata, yo entendí que lo que me había pasado fue una tentación; en aquel momento no lo experimenté así, creí que era un desfallecimiento por el cansancio. ¿Qué estoy ganando yo con todo esto? La Iglesia no nos daba ni un centavo... Estos fueron los pensamientos que me iban llegando... Pero no era cierto, porque el padre Marcos sí nos había dado unos centavos. ¿Dónde se quedó mi gente, qué hago ahora en tierra fría? Habíamos

logrado subir aquella montaña, y corría aire fresco; desde aquel lugar se puede divisar toda la región de tierra fría; me puse a pensar mirando al horizonte, ¿dónde estará mi pueblo San Martín? Pensé que se podría ver desde allí... Pero me dije, creo que lo que estoy pensando no es bueno. Les dije a mis compañeros, sigamos caminando. Después yo analicé este momento como una tentación, porque empecé a pensar si valía la pena seguir con el trabajo pastoral, porque no tenía ningún tipo de reconocimiento... cuando se me borraron esos pensamientos, caminamos de nuevo y llegamos a la comunidad... Llegamos, y había alegría en todos. Me esperaban los Catequistas... Pude dormir y descansar para seguir trabajando al día siguiente. Les propuse a los Catequistas si querían que tuviéramos un cursillo de formación. Acordamos cómo se iba a realizar el cursillo, que se realizó en una finca, de la que no recuerdo el nombre; era una finca en la que se cultivaba café. Tenía un buen patio, y allí hicimos el cursillo. Fue después del quince de enero de 1990, como el día 18 de enero. Fueron tres días de trabajo con los Catequistas; llegó muchísima gente, me dijeron que habían llegado 618 personas. ¿Qué puedo hacer con tanta gente...? Me dije... Sentía que me faltaban las fuerzas. Los Catequistas me pusieron encima de un muro de cemento de un lugar que servía para arreglar el café, y desde allí tal vez puedes gritar. Me ayudaron a subir a aquel muro, porque no era tan fácil, había que agarrarse con las manos y hacer esfuerzo.

Lo primero que hice fue felicitar a la gente, en nombre de Dios y de la Iglesia; en nombre de Monseñor Julio Cabrera, que es el Obispo de la Diócesis de Quiché; le dije que él sabía positivamente que yo andaba visitando las comunidades. Que Monseñor Julio les mandaba saludos a todos, y que también les traía los saludos del padre Marcos, que se había quedado en la selva de Ixcán. Les dije que daba gracias a Dios porque me había permitido llegar con la comunidad... porque el camino había sido muy largo...

Luego empezó la formación; formamos la coordinación de los Catequistas, con los responsables del Equipo de Trabajo Pastoral (ETP)... Todos los catequistas se presentaron delante de la comunidad para que los pudieran conocer bien. Les anuncié que al día siguiente íbamos a celebrar los Bautismos de los niños y de

los patojos que no estuvieran bautizados. Aunque no tenía muchas ganas de hablar, cuando ya empecé el discurso, estuve hablando como hora y media a la gente... En la noche seguíamos las pláticas. Yo quería descansar, pero la gente llegaba: ¡Natán, queremos hacerte algunas preguntas...! En algunos momentos me agarraba un sueño tremendo... Y la gente con uno. Ya me dolía la garganta de tanto hablar... Los Catequistas me trajeron una jarra con café caliente y con chile; nunca había tomado café con chile: ¡Hermano, tómesese este cafecito con chile, que lo va a mejorar...! Me dije, lo voy a tomar, porque si me lo dan mis hermanos, tiene que ayudarme para que me ponga bien... Empecé a sudar y a sudar... Y allí hacía calor. Pero me compuse del dolor que sentía en la garganta. A las cinco de la tarde ya estábamos coordinando todo para el día siguiente, con los conjuntos, para tener la celebración.

Al día siguiente, que creo ya era el cuarto día, empezamos la Celebración de la Palabra de Dios... en aquel patio de la finca, y como ya estaba preparado el conjunto, empezamos a cantar... tuvimos el Bautismo de 128 personas... Pensé que eran muchos, y que mejor me debían ayudar... Ellos estaban a mi lado, con todo preparado... Empecé a hacerles las preguntas y las renunciaciones que se hacen en el Bautismo, si de veras querían que fueran bautizados los niños, y si van a mantener la fe de la Iglesia, si se comprometen a seguir educando a los niños, hice las preguntas para todos, pero eran los papás y los padrinos los que se tenían que comprometer a educar más adelante a estos niños. Luego hice la bendición del agua, adornamos con flores las tinajas de agua, había tres tinajas con agua... Uno de los Catequistas llevaba la sal, para ponerle en la boca del niño, y otro el aceite para ungir en la frente, otros las candelas, las flores... todo estaba bien coordinado con los Catequistas. La verdad es que las candelitas no eran muchas; la candela se iba pasando de unos a otros. Yo sentía que en ese momento éramos como los apóstoles de Jesús... Y pudimos bautizar a las 128 personas que nos presentaron...

En Vicabac nos sucedió que como a las cuatro de la tarde, llegó el ejército persiguiendo a la gente; estaban todos huyendo. No pudimos tener la celebración. Se puso a llover muy recio, y hacía bastante frío. Estábamos todos temblando de frío sin un lugar para

dormir. Encontramos un árbol grueso en el suelo, ya estaba casi podrido; sacamos todo lo que estaba podrido y pudimos meter allí a los niños, para protegerlos un poco. Es un hecho de sufrimiento que me toco ver. Pude ver a señoritas, con sus cortes rotos y remendados con pedazos de nylon; casi nadie tiene cobijas para dormir; es un sufrimiento que no se puede explicar. Les falta sal para la comida. Yo había llevado un poco de sal, y empecé a repartir... La gente amanece con los ojos hinchados; les pregunté a qué se debía, y me dijeron que era por la falta de sal. Era como el pueblo de Israel buscando la tierra prometida.

También visité a los hermanos evangélicos, les había llevado libros de cantos... tienen guitarras. Tuvimos una reunión y los invité para un curso con los Catequistas; no es para que se hagan católicos -les dije-, sino para que se fortalezca su fe, para que puedan seguir adelante en sus iglesias. Aceptaron. Tuvimos la formación bíblica y hablamos del tema del éxodo, la vida de Moisés y la de los apóstoles, sobre el bautismo. Cuando pasamos a la parte de los sacramentos les dijimos a los hermanos evangélicos, que en ese momento podían ellos tener otra reunión.... En el primer día todos habían llevado comida para la reunión, y se juntó la comida, de los hermanos evangélicos y de los católicos... Se multiplicó la comida: malanga, Güisquiles, tomates de palo... probamos de todo. Para mí fue una enseñanza muy profunda de amor a los hermanos. Agradezco a Dios el haber podido tener estas reuniones con los hermanos evangélicos, que también obedecían a nuestro trabajo, para seguir con la Palabra de Dios.

Al siguiente día tuvimos la celebración; el tema era sobre la comunión. Pusimos el Santísimo en un altarcito pequeño... Y la gente empezó la confesión... Cada persona comenzó a hacer su confesión frente al Santísimo. Mientras tanto, yo les explico los cinco puntos para confesarse bien; muchos de ellos se fueron a confesar con su esposa... También algunos hermanos evangélicos estaban allí haciendo esta confesión. Estaba admirado de ese encuentro con los hermanos evangélicos, todos unidos. Cuando terminé mi conferencia, algunas personas vinieron a hablar conmigo, para que los aconsejara; estuve unas dos horas escuchado a las personas que quisieron hablar conmigo.

Cuando terminamos nuestro trabajo en Xecoyeu, salimos de nuevo para Santa Clara... Volvimos a reunir a los Catequistas. Recuerdo que les recordé el evangelio: Ustedes son la sal de la tierra, ustedes son la luz del mundo... Y les hablé de los deberes del Catequista; fue un cursillo de mayor compromiso... Así terminó esa primera gira a las comunidades de las CPR de la Sierra en Chajul. Estas giras han sido para mí inolvidables; celebré algún matrimonio con la autorización de la Iglesia que tenía; los nombres de estas personas están archivados en la parroquia Candelaria de los Mártires, en Ixcán. El libro de Bautismos se llenó. Está la firma de Natán, que era el nombre que yo usaba en ese tiempo.

Durante la gira nos encontramos con el padre Javier Gurriarán, que había dejado el ministerio; él había sido el párroco de Nebaj antes de la guerra, y en las CPR había mucha gente de esa parroquia. Cuando lo vio la gente se amontonaron para saludarlo, y le pidieron que les celebrara la Santa Misa, pero les contestó que no estaba allí para la celebración de la Misa, porque ya no era sacerdote. Nos dijo que iba ayudar a la gente para que pudieran salir al claro. Natán es el que les va ayudar para los sacramentos de la Iglesia. La gente estaba admirada de que un Catequistas como yo hubiera sido nombrado por la Iglesia.

Durante ese año me tocó sufrir bastante por las caminatas con la mochila en la espalda. Se me infectó la espalda, por el sudor, los roces de la mochila me provocaron heridas; esto fue en el camino de regreso de la Sierra de Chajul. Llegó un momento en que ya no podía caminar ni cargar la mochila; tenía que tomar mucha agua... volvía a caminar unos 300 metros, y a tomar más agua... Así bajé al Ixcán. Me costaba respirar y hablar. Hicimos el camino muy despacio. Cuando llegué a mi comunidad, la gente me quería sacar para México, para curarme, pero ni tan siquiera me pudieron sentar en una silla para sacarme. El encargado de salud me atendió, y me dijo que con las curaciones, en unos veinte días, ya estarás mejor.

La primera visita la hicimos a finales de 1989; Visitamos Santa Clara, La Gloria, Amajchel, Santa María Vixabac, Cabá, Vicabá, y Xeputul. La segunda visita la hicimos en mayo de 1990; luego

les dejé fecha para otra visita, que hice en febrero de 1991.

REUNIÓN CON EL OBISPO DE QUICHÉ

El obispo de Quiché, Monseñor Julio Cabrera, tenía prevista una reunión con nosotros en San Cristóbal de las Casas, Chiapas, México. Quería conocerme, y hablar sobre el trabajo pastoral que hice en las CPR de la Sierra. Desgraciadamente, como estaba bien enfermo, me dio una gran tristeza no poder asistir a la reunión. El padre Ricardo Falla me sugirió que hiciéramos una grabación para que la pudiera escuchar el Obispo, y que le explicara todo lo que fui a hacer a la Sierra. Hice la grabación, pero me costó, porque no me podía ni sentar; busqué un lugar solitario, debajo de un árbol de zapote, me acosté debajo del árbol y comencé a hacer la grabación. Le hablé de todo el trabajo, y le conté las necesidades que yo miraba tenían las comunidades; que lo que se necesita es que el Obispo y la Iglesia tengan la voz de las comunidades. Así nos pudimos comunicar con Monseñor Julio Cabrera. Ese casset lo escucharon todos los sacerdotes, religiosas y agentes de pastoral de la Diócesis⁹.

La Asamblea de la Diócesis solicitó a Monseñor Julio Cabrera la posibilidad de que algunos catequistas de las Comunidades de Población en Resistencia pudieran llegar a las Reuniones de la Diócesis. Para que yo pudiera llegar tenía que salir a México y volver a entrar a Guatemala, para viajar a Santa Cruz del Quiché. Para esto necesitaba varios documentos... Empecé a tramitar mis papeles, para poder estar presente en las reuniones de la Diócesis.

En el año 1990 me decidí a viajar a una reunión de la Iglesia en Guatemala; conseguí un documento de un refugiado en Chiapas;; pero al llegar a Comitán, caí en manos de la policía de migración;

⁹ Monseñor Julio Cabrera presentó este casset a los agentes de pastoral el día 7 de septiembre de 1990, durante la Reunión diocesana, en el Centro Pastoral Marista de Chichicastenango; se escuchó el mensaje con un respeto reverencial por todos los presentes; mucha gente lloró al escuchar las palabras de don Marcelino López, a quien nadie conocía, pero bastaba saber que era un Catequista que estaba sirviendo a los más pobres en condiciones terribles para experimentar la cercanía de corazones.

fue un día como a las 5 de la mañana. Me detuvieron y me enviaron a un lugar donde se interroga a la gente; vi que había mucha gente en la cárcel. Cuando llegó mi turno, me llamaron por el nombre del documento de refugiados y se reían de mí. Me dijeron: Este no es su documento. El jefe de la policía de migración me dice que hay que llamar al representante del campamento donde yo vivo. Le pedí que no hiciera eso, que iba a escribir una carta para la Iglesia para que intercedieran por mí ante la Organización de las Naciones Unidas... Le pedí el favor que me concediera el permiso de mandar las cartas... Así fue como me consiguieron el permiso. Mandé la carta con un de taxi; pero el jefe de la policía de migración de ese lugar, me dijo: Mientras llega la respuesta, usted tiene que entrar en la cárcel. Yo les dije que por qué me iban a hacer eso. Les pedí que me dieran trabajo para limpiar la oficina, porque estaba bien sucia... Usted, si quiere se queda con mi mochila, y a mí me deja libre... que yo puedo limpiar la casa. Me dijeron: Está bien...

Limpié la casa hasta en la parte de afuera, quemé la basura...; cuando llegó un vendedor de café ofreciendo, y le dije que me diera un café. Pasé de nuevo adentro; vi a una pobre mujer llorando en la cárcel; le dije al vendedor que le diera un café a la pobre. Y así lo hizo. Después el jefe me dice: ¿por qué le mandó café a la señora, usted no sabe la razón del por qué la tenemos encerrada. Le dije: Yo no conozco a la pobre mujer, de lo que me di cuenta es de la tristeza y el sufrimiento; y es verdad -le dije-, no conozco a la mujer ni de dónde es. Entonces le pregunté a la señora que de dónde era; me dijo que era del Pacayal.

Cuando terminé la limpieza, regresé con el jefe y le dije: ¿Qué puedo hacer ahora? Me mandaron a sembrar flores; estaba arreglando la tierra... cuando llegó un vehículo de la ONU preguntando por mí. Todavía tenía las herramientas en las manos; les dije: sí, yo soy el que escribí la carta. Aquellos señores certificaron que yo tenía que quedar libre, por ser de las CPR que no me podían detener. Y me preguntaron si algún otro andaba conmigo, y yo les dije: También esa mujer que está en la cárcel. Los guardias de migración, como estaban allí los de la ONU, abrieron la puerta

de la cárcel, y sacaron a la señora, que se la llevaron los de la ONU. Cuando salió de la cárcel empezó a llorar de alegría porque no supo cómo es que pudo salir, sin esperarlo le llegó la liberación.

Cuando esto sucedió, sentí una gran alegría; ni siquiera yo me puedo explicar cómo pudo ser... Di gracias a Dios por los pensamientos que tuve y de la forma en que me liberé de las manos de los guardias; y luego, después de una reunión con los representantes de la ONU, ellos mismos me sacaron hasta cerca de la frontera de Guatemala para que regresara nuevamente a las CPR. No pude seguir el viaje a Guatemala. Pero los documentos sí me sirvieron para poder entrar en Guatemala, para visitar a Monseñor Julio Cabrera y explicarle qué había pasado con los archivos robados por el ejército en la sacristía de las CPR de Ixcán.

Tanto en México como en Guatemala la situación es dura. Empezamos a pensar: ¿Y qué hacemos con los archivos de la Iglesia? En él tenemos los libros de Bautismo... hablamos con el Obispo de la Diócesis de San Cristóbal de las Casas, Monseñor Samuel Ruíz; él nos dio un lugar para los archivos, allí guardamos todos los libros de bautismo que hemos realizado en las CPR. Yo quería entregárselos a Monseñor Julio Cabrera, Obispo de Quiché.

JUNIO DE 1992

Fue una tarde como a las 4:30; el padre Marcos y yo llegábamos a mi comunidad, cuando un helicóptero se fijó en nuestro campamento. Primero dejó caer una bomba de humo para que llegaran los aviones de guerra. Cuando escuchamos el gran ruido de los aviones de guerra, vino una tremenda tempestad de lluvia, las nubes cubrieron el campamento donde estábamos nosotros, ni siquiera nosotros que nos encontrábamos allí, podíamos ver bien. Los aviones no pudieron entrar, ni mirar dónde quedaba el humo de la bomba del helicóptero. Escuchamos que tiraron una bomba por otro lugar... Las nubes eran oscuras... La gente estaba muy contenta, porque ya no se escuchaban los ruidos de los aviones....

Empezamos a salir nuevamente... Llegamos a un lugar que nos pareció bien como a las dos de la madrugada; limpiamos el suelo un poco u empezamos a cocinar, para que cuando amaneciera el humo de nuestros fuegos ya no se note. El padre Marcos colgó su hamaca... A los dos días, como el ejército ya detectó el lugar, llegaron nuevamente los aviones de guerra... a tirar bombas... En unos minutos acabaron con todo. Nosotros ya no estábamos. Cayeron bombas de 500 libras; dejaban un hoyo grande... Destruyeron todas nuestras champitas. Tuvimos que buscar otro lugar para la gente. Pero dimos gracias a Dios que a ninguno nos había pasado nada, estábamos todos vivos. Pensamos que era Dios el que nos había defendido con las nubes cuando se oscureció la montaña.... Fue el día de San Juan, el 24 de junio.

Esto es como un gran milagro de Dios con las comunidades; no nos pasó nada, y quiero dar testimonio de lo ocurrido en ese tiempo.

EL EJÉRCITO DESCUBRE LA SACRISTÍA EN LA SELVA

Para las cosas de la Iglesia, en las Comunidades de Población en Resistencia de Ixcán, habíamos cavado una cueva bajo tierra, como un subterráneo. Teníamos allí las cosas que nos sirven para la Santa Misa, libros de cantos, libros para las celebraciones, algunos ornamentos, máquina de escribir...

En ese año 1992, el ejército encontró la sacristía, el subterráneo. Se llevaron los archivos... Allí teníamos también listas de la gente que se encontraba en las Comunidades de Población en Resistencia.

Había bastante información que únicamente pertenecía a la Iglesia. Inmediatamente decidimos comunicar todo esto al Obispo de Quiché, para que cuando a él le reclame el gobierno, ya tenga la información necesaria para que pueda defender la presencia de la Iglesia católica en las Comunidades de Población en Resistencia.

También se llevaron los archivos del padre Ricardo Falla, por este motivo, el padre Falla ya no pudo seguir apoyando el trabajo

pastoral con su presencia en las CPR. Pero el Equipo sí pudo seguir en las comunidades de las CPR¹⁰.

Después de todos estos acontecimientos, conseguí arreglar mis papeles para poder participar en las Asambleas Diocesanas de la Diócesis de Quiché, que se realizaban en Chichicastenango.

En la reunión de los laicos, me pidieron que diera el testimonio de cómo estaban las comunidades en resistencia; participé junto con otro compañero de las CPR de la Sierra.

En relación con esto, voy a escribir lo que sucedió con el señor Nuncio, en abril de 1993. En ese año la Diócesis de Quiché invitó al señor Nuncio Apostólico del Papa, para que pudiera escuchar a los agentes de pastoral de la Diócesis durante la Reunión que se hace cada cuatro meses; Monseñor Julio Cabrera me invitó también a mí, para participar en la reunión con el señor Nuncio; se llevó a cabo en el salón de la Casa Social de Santa Cruz del Quiché. También los párrocos de las parroquias de Chajúl y Nebaj hicieron una presentación para hablar de cómo están sufriendo las comunidades por causa del ejército; de las masacres, de los sobrevivientes que estaban bajo una constante represión. Los sacerdotes dijeron que era muy importante seguir con el acompañamiento de la gente, para denunciar las violaciones de todo tipo, que contra la gente cometía el ejército.

Yo quería hablar, y hubo un poco de silencio con aquellas intervenciones, y me pareció bien decir al señor Nuncio unas palabras: “Que si algo de lo que estábamos haciendo en la Iglesia no estaba bien, nos deberían perdonar, porque el mensaje de la Iglesia es de perdón; que recordara lo que se decía en el Padrenuestro, «perdónanos nuestras ofensas como nosotros perdonamos a los que nos ofenden...» Y añadí todavía un poco más: Señor Nuncio, todos vemos que usted lleva una cruz sobre el pecho... Esa es una cruz bonita... Pues la iglesia ahora es como esa cruz, porque la iglesia está sufriendo, y sufre en las comunidades donde son perseguidos por el ejército. Usted lleva la cruz sobre el

¹⁰ FALLA, P. Ricardo, SJ., HISTORIA DE UN GRAN AMOR. Recuperación autobiográfica de la experiencia con las Comunidades de Población en Resistencia. Ixcán. Ed. Universitaria, Guatemala 1995

pecho, ahí pegada a su corazón. Pues yo también le quiero suplicar que así como esa cruz, lleve junto a su corazón la cruz en la que están clavadas las Comunidades de Población en Resistencia”.

Yo hablé así, porque con las palabras del señor Nuncio, nos sentimos ofendidos, porque no estaba nada a favor del pueblo que está sufriendo. Mientras él hablaba, estaba escuchando atentamente, sentado entre los sacerdotes y las monjitas; ¿qué le puedo decir?, reflexionaba yo en mi corazón; si hablo o no; pero me dije, si no hablo, a qué vine a esta reunión, porque yo estaba pensando en el sufrimiento de las comunidades, ¿qué puedo hacer? Aunque sabía que el que hablaba era el Nuncio, pensé que también él era humano aunque tenía poder... Me decidí y le pedí la palabra... Los sacerdotes presentes estaban se los veía contentos cuando empecé a hablar, esto me animó. En primer lugar, le pedí disculpas, porque era un laico, pero que estaba de acuerdo con lo que habían dicho los sacerdotes... Y creo en la oración del “padrenuestro” que Jesús nos enseñó. Podemos perdonar, pero se perdona cuando el ejército reconozca los errores, pero el ejército no reconoce nada de las violaciones que están haciendo, con el fin de acabar con la pobre gente de las aldeas donde vivimos. Di un ejemplo: ¿Qué puede hacer en este momento el señor Nuncio, si aquí en este lugar, mientras está el Obispo, los sacerdotes, las religiosas, entra el ejército a maltratar y matar a los que están presentes...? Le pregunté: ¿Será que usted, Monseñor, sería capaz de aguantar, si queda vivo, sin denunciar todo lo malo que aquí se hizo? Y creo es un pecado -le dije-, estar a favor de los que hacen mal, aunque uno diga que está entregado a Dios, pero si no denuncia lo malo, no será un discípulo bueno... Y terminé: “esto es lo que yo le tengo que decir, Monseñor, ahí me disculpa...” Todos los presentes, los padres y las religiosas se sintieron contentos.

Algunos meses después, el señor Nuncio, que se llama Juan Bautista Morandini, cumplió lo que había prometido, y llegó a visitar las Comunidades de Población en Resistencia, con los Obispos de Quiché y Huehuetenango: Monseñor Julio Cabrera y Monseñor Julio Bethancourt. Llegó a Cuarto Pueblo, y me dijo: “Hoy sí creo lo que me dijiste, porque estoy escuchando los testimonios de las comunidades, y es como tú nos hablaste en Quiché”.

Para mí esas palabras fueron un regalo de Dios, de poder hablar en las reuniones importantes de la Iglesia.

ACUSACIONES CONTRA EL PADRE RICARDO FALLA

Ahora empiezo la narración de otra historia que nos sucedió cuando el ejército entró en aquel lugar sagrado para nosotros, pensó que había dado con el archivo de la guerrilla o saber qué pensaron. Unos días después los medios de información empezaron a hablar del tema, se acusaba al padre Ricardo Falla de guerrillero. Era una forma de desacreditar la labor pastoral del padre Marcos. Era una acusación sin ningún tipo de fundamento... Lo acusaban de comandante, que yo sepa no hay comandantes en la Iglesia; ¿cómo es que un comandante va a bautizar y al mismo tiempo lo llaman guerrillero?

¿No dice el ejército que la guerrilla es gente atea? Y entonces, ¿por qué acusan al sacerdote que nos acompaña con tanta dedicación, de guerrillero? ¿O es que los de la guerrilla ahora ya creen en Dios? Bueno, a mí me venían unas cuantas palabras a mi mente para demostrar que el padre Marcos era nuestro sacerdote y no un guerrillero. La gente esto lo entendía. Pero el ejército se aprovechó de la ocasión. Uno puede examinar los documentos que se llevaron con lupa, y no encontrarán por dónde acusar al padre Ricardo Falla.

Los que conocíamos la relación con la guerrilla, con los miembros del Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP), sabemos que había diferencias con la Iglesia y también hubo roces. El padre Ricardo Falla y el Equipo de Trabajo Pastoral de los Catequistas, manteníamos nuestra autonomía como miembros de la Iglesia. Nosotros sabíamos quiénes eran ellos y quiénes somos nosotros; la guerrilla es la guerrilla, y esto lo puedo decir porque lo conocí y puedo dar testimonio, porque en las relaciones de los Catequistas con el EGP también había diferencias y discrepancias. Se daban situaciones en las que el EGP no estaba de acuerdo con las decisiones que tomaba la Iglesia; del mismo modo, nosotros no

estábamos obligados a seguir sus consejos. Nosotros mantenemos nuestra fe y seguimos con el pueblo en la resistencia aunque estemos en medio de los lugares donde también se mueve la guerrilla... Por otro lado, nos dábamos cuenta de que la guerrilla no atacaba nuestra fe, no perseguía ni mataba a los campesinos, nunca quemaba nuestras casas, ni macheteaban nuestras siembras, no llegaban a secuestrar a nuestra gente... No teníamos que acusarlos de cosas malas en este sentido.

Había colaboración y entendimiento, porque cuando entraba el ejército en una ofensiva contra la gente, la organización de la guerrilla lo que hace es mandarnos un aviso rápido, porque que os avisaban, nos avisaban, y esto era algo que siempre les tenemos que agradecer. Los desacuerdos eran en aspectos pequeños. Para el EGP la labor de los Catequistas debía reducirse a lo estrictamente religioso, a celebrar los Bautismos, a tener las Celebraciones de la Palabra de Dios, a preparar a los niños para la Primera Comunión... Es decir, las cosas estrictamente religiosas. Pero si el Catequista entra en otras situaciones empiezan las dificultades, por ejemplo hablarles a la gente de la situación política, de cómo la ve la Iglesia. Yo creo que es un deber del Catequista acompañar a la gente también en este aspecto. No podíamos dejar de hacer las denuncias. El EGP entendía que todo esto les correspondía a ellos, no a nosotros. A pesar de este problema, nosotros siempre seguíamos haciendo las denuncias... Años después pasó lo mismo con el tema de la “salida al claro”, para que se nos conociera en el ámbito público. La gente de las comunidades apoyaba nuestra propuesta de salir al claro, y los Catequistas en nuestras reuniones preguntamos a la gente sobre qué les parece... Y la gente nos empezaba a decir que sí, que era necesario, que “estamos cansados de vivir bajo la montaña y es bueno que la Iglesia o la solidaridad Internacional nos apoye con los acompañamientos y así podamos salir al claro”. La gente quería también estar en su tierra, criar animales, hacer sus siembras con tranquilidad... Pero ¿cómo se podía tener esto si siempre estábamos hostigados por el ejército? De esta manera dialogábamos con los dirigentes del EGP, y con frecuencia no les gustaban nuestras propuestas...

Cuando acusaron al padre Ricardo Falla era el tiempo de las negociaciones de paz; me parecía que si el Gobierno estaba tan seguro de lo que decía el ejército, y tenían pláticas con los Comandantes de la URNG, ¿por qué no les preguntaron a los Comandantes a ver si el padre Falla era guerrillero? Si llevaran al padre Marcos a una de esas reuniones para ver qué son capaces de hablar ante su presencia, seguro que el padre Marcos se iba a reír de todos ellos... La Iglesia católica no puede pensar como el gobierno, ni como el ejército. La Iglesia siempre tiene que ver las cosas que necesita la comunidad, la gente, tiene que velar por los derechos del pueblo... El ejército en cambio, nos reprime, nos persigue, siembra el sufrimiento entre la gente...

HERMANOS EVANGÉLICOS

En las CPR se vivió mucha hermandad entre todos. Entre nosotros había hermanos evangélicos de las iglesias Pentecostés y Centroamericana. Es cierto, ellos se sentían un poco más solos porque no tienen un pastor evangélico que los dirija, nadie entró a la resistencia, como los sacerdotes católicos. Los Catequistas, al ver su situación, solicitamos la posibilidad de que entrara algún pastor evangélico. Pero no se pudieron encontrar pastores que directamente quisieran entrar para consolar a la gente y quedarse con ellos. Entonces pensamos otra solución, y decidimos tener encuentros y oraciones que llamamos ecuménicas; cuando nosotros teníamos algunas jornadas de oración, los invitábamos a ellos para que nos acompañen... Había cantos, había coros que tocaban con guitarras... A veces ellos proponían las lecturas de la Palabra que podíamos hacer, y también entonaban los cantos. Eran encuentros muy bonitos, había mucha convivencia y hermandad. El apoyo siempre llegaba por medio de la Iglesia católica, y a los evangélicos les hubiera gustado que algún pastor entrara con la solidaridad; pero no. De todos modos, lo que nos llegaba se repartía entre todos por igual.

COMPRENSIÓN EN MEDIO DE LOS PROBLEMAS

Quiero referirme ahora a los problemas que siempre hay en las familias. Vamos a suponer que un matrimonio estaba peleado, no se entendían... o se separaron, tal vez la mujer se había marchado a vivir con su mamá y el hombre se quedaba sólo... cuando venía la emergencia por la ofensiva del ejército, ¿qué hizo la mujer? Llegó luego a la casa del marido, para platicar con él y ver qué hacían con las cosas... Y se terminaba el pleito... de alguna manera tenían que ponerse de acuerdo para salir con las cosas o ver qué hacían con ellas... Y tal vez ya se fueron a dormir juntos, y así se terminaban las peleas.

Lo mismo se puede decir con la religión. Antes de la represión sí había problemas entre nosotros, que unos católicos, que otros evangélicos... Los evangélicos con sus capillas grandes, a veces hacen las reuniones en la plaza, empiezan a gritar en los mercados... Porque hay que distinguir, que una cosa eran las capillas y otra los misioneros que gritaban en los mercados... Pero cuando vino la represión, los que eran más gritadores, fueron los que primero se fueron al refugio... También pasó en la Iglesia católica, que casi todos los Animadores de la fe se fueron también al refugio... Pero los que nos quedamos tratábamos de entendernos mejor; ¿cómo íbamos a pelear, si teníamos el ejército detrás de nosotros? Yo digo que el ejército nos hizo el favor de unirnos, ellos con su represión sólo consiguieron que nosotros nos amáramos más... Desgraciadamente, cuando han venido los tiempos en que ya se firmó la paz, las cosas empezaron a cambiar; porque ahora sí llegaban los pastores evangélicos con sus ideas, y no favorecieron el ecumenismo que nosotros teníamos cuando vivíamos bajo la montaña.

Lo mismo pasa con nosotros, queremos que los sacerdotes que lleguen a nuestras comunidades nos ayuden a vivir unidos, no a fomentar la división; no queremos que pase lo que sucedió con el padre Estanislao. Monseñor Julio Cabrera, que es el Obispo de

Quiché estaba muy de acuerdo con nuestra manera de pensar, nos apoyaba, y quería que siguiéramos trabajando de la misma manera.

Para nosotros siempre ha sido un problema el tener que pensar que muchos de los soldados que llegaban a nuestras comunidades eran indígenas, personas de familias muy humildes. Primero, tal vez los agarraron y se los llevaron obligadamente al cuartel. Esto pasaba. Es doloroso pensar cómo el ejército les turbó la mente y los obligaba a matar... Esto era lo que pensábamos al ver lo que hacían con la pobre gente de las CPR, los perseguían como si la gente fueran demonios... El ejército les enseñó a creer que son subversivos, y los subversivos hay que eliminarlos... Era la ideología que les metían en su mente. Es como su un padre de familia tiene varios hijos que viven en un pueblo, y les dice que la gente de la otra aldea son cabritos, son malos... Pero ellos no se han parado a pensar si de veras es así... Y llegan a aquel pueblo considerando a toda la gente negativamente, que son puros cabritos, porque así les enseñó su papá. Lo mismo los soldados, se meten en las comunidades sin saber, sólo con la idea que el ejército les ha metido en su cabeza. No piensan. Nosotros cuando decidimos salir al claro no fue porque nos rendimos... Nosotros durante 11 años hemos mantenido nuestras propias autoridades... No creo que el ejército cambie o vaya a reconocer todas las injusticias que cometieron; pero sí creo que los evangélicos pueden caminar hacia adelante, y no volverse a lo anterior.

MARZO DE 1993

En marzo de 1993 los representantes del Trabajo Pastoral de las Comunidades de Población en Resistencia tuvimos nuestra primera reunión oficial con los agentes de pastoral de la Diócesis de Quiché. Anteriormente mencioné, la situación que se dio con la visita del señor Nuncio. Pero uno de los problemas que teníamos que plantear a la Diócesis era saber qué parroquia se podría encargar de las distintas Comunidades de Población en Resistencia, de acuerdo con la ubicación geográfica de cada una. El padre Bernardo, que estaba en la parroquia de San José Ixcán, en Tzalbal, dijo que

como parroquia, él no podía ayudarnos. Tenía razón, porque el ejército lo estaba controlando constantemente; y en ese tiempo las CPR, son para el ejército lo mismo que la guerrilla.

En agosto de ese mismo año tuvimos una Asamblea de Catequistas de las CPR, con los Catequistas de los Retornados, en la comunidad de Santiaguito... Estaba presente un seminarista jesuita, Francisco Iznardo, "Paco". El problema era tratar la manera de colaborar con más unión porque las dos partes estábamos sufriendo mucho. Hicimos un recuento de todos los catequistas asesinados, de los secuestrados..., a ellos los llamamos nuestros mártires, junto con el padre Guillermo Woods, el primer mártir en Ixcán. En esa Asamblea decidimos qué nombre le íbamos a poner a la nueva Parroquia: Candelaria de los Mártires.

Esta decisión fue aceptada por el Obispo de Quiché, Monseñor Julio Cabrera; aceptó que la fiesta se celebrara el día dos de febrero, fiesta de la Virgen de Candelaria, en el aniversario del nacimiento de nuestra parroquia. Abarca las siguientes comunidades: Primavera del Ixcán, Cuarto Pueblo, Los Angeles, Ixtahuacán Chiquito, Mayalán, San Lorenzo. Hicimos dos celebraciones grandes ese año: El dos de febrero, día de la Virgen de Candelaria, celebramos en Pueblo Nuevo; y el día 14 de marzo, día de los Mártires, celebramos en Cuarto Pueblo, porque allí fue la gran masacre.

En ese tiempo la parroquia se empieza a formar, pero sigue funcionando el Equipo de Trabajo Pastoral. No existe todavía un lugar para guardar las cosas de la iglesia... Había gente de las CPR pero también "retornados", que habían regresado de los campamentos de México... No tenemos iglesia; la gente vive en champitas. El Santísimo lo seguimos llevando como en las CPR. El padre Paco nos dice que no pensemos ahora en construir una iglesia; pensemos mejor en la gente, en cómo se va a ubicar, que primero tengan sus casas y luego emprendemos los trabajos para la iglesia.

Quisimos que la parroquia se llamara Candelaria de los Mártires, porque el día 2 de febrero, las Comunidades de Población en Resistencia, pudimos sacar un comunicado en los medios de prensa,

nacional e internacionalmente, para que todo el mundo sepa quiénes somos, y que ya podemos salir con libertad de la montaña, sin miedo, de tal manera que se reconozcan los derechos de toda la población, se respete su vida y ya no sean perseguidos por el ejército. Esto fue el 2 de febrero de 1994; hubo una celebración con varios sacerdotes, y presidida por el padre Melo, que es jesuita, y fue el que sucedió al padre Falla en Ixcán. Esto es algo importante que tenemos que recordar.

En el año 1995 las parroquias de Ixcán, se organizan para formar la Zona Pastoral de Ixcán, de la Diócesis de Quiché; pero en la siguiente reunión se volvió sobre el tema, y se cambió el nombre: Región Pastoral, y ha quedado.

REMHI

Ese año empiezan los trabajos para la Recuperación de la Memoria Histórica de Ixcán (REMHI); se organizó un Equipo de agentes de pastoral, sacerdotes y laicos o laicas, para empezar a escribir el testimonio de las personas de cada comunidad.

Pero sucedió que la gente no está conforme, hay división. Y esto se vio cuando hicimos una reunión para los cursos de preparación al trabajo. Los Catequistas de las comunidades donde la gente tuvo que participar en las patrullas de autodefensa civil se juntaron a parte, los de los retornados hicieron lo mismo, separados, los Catequistas de las CPR, igual. Yo sentí una gran tristeza, porque la división es clara... Y lo que queríamos era que con la devolución del trabajo se buscara la unidad de la gente.

El primer trabajo de ese año fue el de la reconciliación entre la gente; sabíamos que los muertos habían quedado enterrados en diversos lugares, otros habían sido quemados... Se pensó en las exhumaciones, empezando por Cuarto Pueblo, para enterrar con dignidad a todos los masacrados por el ejército.

Las CPR y los retornados nos unimos en este trabajo, y le pedimos a CALDH que nos ayudaran para hacer los trámites legales que se necesitan para la exhumación, y asumieron el trabajo de las exhumaciones una organización, el Centro de Antropología Forense

Centro de Acción (CAFCA). Los policías hicieron la vigilancia durante todo el tiempo que duró la exhumación. Lo que encontramos eran huesos en medio de cenizas, pedacitos de huesos... Sacamos 30 quintales de huesos. La gente lloró por sus familiares al ver que estaban allí enterrados.

AÑO 1996

Como iglesia se pensó que para unir a los diversos sectores, era bueno tener promotores de derechos humanos. Lo logramos. Luego pensamos en promotores agrícolas, y el IBIS nos ayudó a promover el proyecto. Con esto se pudo capacitar en agronomía a los promotores de las comunidades. Con esto, comienza a caminar la Pastoral Social de la Iglesia en Ixcán. Fueron también frutos de unidad para la gente.

15 de Agosto 1996. Dejé la Sagrada Eucaristía en la iglesia de Cuarto Pueblo, la puse en manos del párroco, que llegó para la celebración. Cuando se la entregué, sentí una gran tristeza, porque durante 12 años yo la llevé, y fui el responsable de cuidarla durante todo el tiempo que trabajamos con las CPR. Sintiendo profundamente lo que estaba haciendo, creí conveniente que ya había llegado el tiempo de dejar el Santísimo en el sagrario de la iglesia. Cuando estábamos en la montaña, en las horas de emergencia y el ejército nos perseguía, traté de cuidar bien el Santísimo durante ese tiempo, tal vez, nunca permití que cayera en manos del ejército durante doce años. Es cierto, no tuve un lugar donde descansar, no tuvimos una capilla, Jesús camina con nosotros. El día que dejé el Santísimo en el altar lo hice pensando que era la fiesta de la Asunción de la Virgen María, patrona de Guatemala, pidiendo por la paz y la reconciliación de toda la gente de Guatemala.

En este año llego de nuevo a mi tierra de Cuarto Pueblo, empiezo a reconocer nuevamente la tierra que había cultivado muchos años antes. Se siente una gran alegría al ver la propia tierra. Comencé de nuevo a construir mi casa... Es como empezar la vida de nuevo, porque durante doce años habíamos permanecido fuera de nuestras parcelas.

LOS MÁRTIRES

En 1997 hicimos un monumento, la casa de los mártires, como un monumento, para guardar los restos de las exhumaciones; se escribieron los nombres de los mártires. Este lugar era para nosotros como un museo o lugar sagrado, para tener la presencia de los restos de todas las víctimas, con sus nombres... Los fuimos colocando en tinajas, uno puede tomar los restos con sus manos, y sentimos como que uno está platicando con sus familias; nos hace recordar la historia, la vida de ellos. Cada 14 de marzo celebramos el aniversario. Llega muchísima gente a visitar los restos de sus familiares; también llegan el día de los difuntos, el 2 de noviembre, cada año.

El 7 de diciembre, día de Concepción, se bendijo la casa de los mártires; se hizo la inhumación de los restos de los mártires. El día anterior, 6 de diciembre, se hizo una caminata por todos los caminos del municipio, para recordar todo lo sucedido en los años de la violencia. Presentamos los restos frente a la Municipalidad de Playa Grande. Los policías de la Municipalidad nos dieron todo el apoyo para realizar con libertad este acontecimiento. En la tarde la caminata siguió de regreso a la comunidad, agradeciendo a Dios por el trabajo de toda la comunidad; así hicieron las otras cuatro comunidades que forman parte de la Cooperativa. Teníamos acompañantes internacionales que aterrizaron tranquilamente en la pista en avionetas, y la visita a Playa Grande, se hizo con confianza y libertad. Vino el Vicario General del Obispo a dar la bendición a la casa de los mártires. Esto lo quiero dejar como una Historia para la comunidad.

En el año 2004, acordamos hacer 12 estaciones de viacrucis, para recordar la historia de los mártires. Estas pinturas se quedaron en el pueblo. Nos recuerda cómo fue la muerte de los mártires. El tiempo que llevó la realización de estas pinturas fue de tres años. Y esto fue lo que hicimos:

- 1º. Se hizo un viacrucis recorriendo los lugares donde murió cada una de las personas, pensando cómo estos hechos fueron tan

cruels. Tardamos dos días en sacarlo, escribiendo estación por estación. Este recorrido me costó mucho, al recordar la vida de los mártires.

- 2°. Estos escritos los llevé con algunos sacerdotes, para dar bien la forma a cada una de las estaciones; lo que cuesta es encontrar a un pintor que lo pueda hacer; y luego, no tengo dinero para las estaciones. Cada cuadro de pintura cuesta dos mil quetzales, y para las doce estaciones se necesitan 24 mil. Acabó el año y estoy triste, porque no encuentro la forma de hacer las estaciones, no tengo dinero.
- 3°. Hablé con las Hermanas Esclava del Sagrado Corazón de Jesús, ellas me dijeron que van a platicar con sus Hermanas religiosas para ver si podemos encontrar los pintores y ver cómo se puede hacer para el fondo que se necesita para pintar las estaciones. Al fin encontraron a una mujer pintora, de Italia, se llama Teresa. Empezó a leer todos los escritos que teníamos, y luego comienza a hacer las primeras pinturas; por mi parte, la acompañaba y trataba de corregir algunas, para dar mayor significado a las pinturas. Así fue como se pudieron hacer las estaciones para la comunidad Cuarto Pueblo.
- 4°. La comunidad recibió las estaciones como si fueran el propio sufrimiento del pueblo. Desde entonces tenemos las estaciones, y cada Semana Santa, nos permite recordar la vida de los mártires que juntamos con la pasión de Jesús. Al contemplar las estaciones, resulta muy duro de aceptar cómo el ejército de Guatemala cometió tantas violencias con la gente. Estas imágenes se llevaron a otros países, para que también conocieran la vida de los mártires, con las estaciones del sufrimiento del propio.
- 5°. Cuando terminamos este trabajo, el padre Paco me dijo: ¡Marcelino, ahora ya puedes descansar de todos tus trabajos de Catequista! Es bueno que la comunidad nombre otros Catequistas para que puedan continuar el trabajo. También pensé que estas pinturas podían ofender al ejército y al gobierno, porque con las estaciones, quedó para siempre plasmado en

pinturas los horrores de la violencia, para que nadie olvide lo que el pueblo padeció, con las grandes masacres con las que quisieron acabar con toda la gente. Obedecí al padre Paco, y dejé en ese tiempo de ser Catequista en la comunidad, pero seguí con otra misión, la Pastoral Social.

VISITAS A OTROS PAÍSES

Trabajando con la Iglesia acompañando a las Comunidades de Población en Resistencia, fue un tiempo difícil, pero también se aprende mucho. Pudimos aguantar esos años. La convivencia de esos años nos dejó muchas cosas positivas; con la gente aprendimos qué es en verdad ser un cristiano. De la misma manera, yo también tuve la oportunidad de conocer otros países.

Mi primer viaje fue en 1991, por medio de Acción Cristiana Guatemalteca ACG. Visité Holanda y Bélgica, En Holanda tuvimos que presentar los testimonios de las CPR. Y los refugiadas en México, hicieron lo mismo. Luego tuvimos un encuentro en la Parroquia de Don Bosco, con la que hicimos una hermandad. Se hizo como el símbolo de un matrimonio; pusimos el anillo, y nos comprometimos que nosotros pasaríamos toda la información sobre los sufrimientos de la gente en las CPR, y las personas de la solidaridad, iban a platicar con el Gobierno de Guatemala, para que dieran el respectivo reconocimiento a las CPR como población civil en resistencia. Fue un gran apoyo el que nos dieron.

En 1993 fui a Suecia y Holanda. En Suecia participamos en un encuentro con la Iglesia Luterana de ese país, ellos nos hicieron la invitación y consiguieron el fondo para que pudiéramos viajar. Escucharon los testimonios de las CPR y de los Catequistas. Hicimos un acuerdo con ellos para que nos ayudaran con una publicación en los medios de información, para la “salida al claro” de las CPR. Se hizo de la misma forma que en la Parroquia Don Bosco de Holanda. Para mi fueron dos momentos muy importantes: una la salida al claro con su apoyo y, la otra, la cofinancia con la Iglesia de las CPR.

El Obispo Monseñor Julio Cabrera, que en ese tiempo era nuestro Obispo en la Diócesis de Quiché, también hizo una gira por esos países, y le contaron que yo había pasado, que les habían gustado los testimonios que dimos sobre la iglesia en las CPR, y en general todo lo relacionado con la Diócesis de Quiché. Entonces Monseñor Julio me dijo: Marcelino, tú has visitado otros países, por qué no pasas por las parroquias de la Diócesis. Le dije que hablara con los párrocos de cada lugar, para coordinar cada visita.

En 1996, fui a Alemania, con invitación de la Iglesia católica. Asistí a 30 años la “túnica sagrada de Jesús”, que según las leyendas, esta ropa fue la que rifaron durante la noche de la pasión de Jesús, cuando lo torturan... y rifaron la túnica, lo ganó uno de los soldados que maltrataban a Jesús, y él se la dio a su mamá, que se llama Magdalena. En ese tiempo los soldados tenían que servir al imperio de Roma, de allí salió la orden. Esa mujer guardó la ropa en un templo de Alemania. Cuando ella se murió, encontraron la sagrada túnica. Hoy está guardada en la Catedral, y cada 30 años la sacan para mostrarla a la gente, y que el público la pueda conocer.

Cuando el obispo de Alemania habló, yo no lograba entender bien, de qué se trataba, y le pregunté: Señor Obispo, ¿de quién es la Sagrada Túnica? Él me explico cómo llegó aquella ropa de Jesús a Alemania y Roma. Cuanto sacaron la túnica sentí que era un gran regalo, porque nunca en mi vida había conocido esa túnica, que no tiene costuras. Empezaron a sonar las campanas y las bombas, pero cohetes. Yo recordaba las ropas de los mártires de Cuarto Pueblo... Nos hincamos frete la Sagrada Túnica; eran las 9 de la noche y me levanté de mi oración a la una de la mañana. No sentí cómo se pasó el tiempo, y Monseñor nos llevó a descansar. Al día siguiente, cuando el Obispo me saludó en la mañana, me preguntó cómo me sentía, y me puse a contarle lo que sentía... Y él me dijo: ¿Por qué no retrasa su regreso a Guatemala? Le dije que sí se podía, pero después de la misión que está en agenda. Pude conocer otros lugares.

En el año 2000, después de la Santa Misión que se tuvo en la

Diócesis de Quiché, participé en el Congreso Misioneros representando a Guatemala; viajé con mi esposa, y también me acompañó Marcelino Cano, de Nebaj, con el que me había encontrado en las visitas a las CPR de la Sierra. Presentamos el trabajo de la Santa Misión. Cuando se presentó cada país, mi esposa llevaba la reliquia de las cenizas de los huesos de nuestros mártires, y yo llevaba la bandera de Guatemala.

Como Catequista, sentí que todo aquello era un gran regalo que la Iglesia le hace a uno; todos los gastos los asumió la Iglesia. Hubo un encuentro donde presentamos cómo se hizo la Misión en cada país; nosotros presentamos la experiencia de la Santa Misión en la Diócesis de Quiché, con los hermanos de lengua latina, los que hablábamos español.

La visita fue rápida, de 4 días. Pero antes tuvimos la oportunidad de asistir a una audiencia con el Papa Juan Pablo II. Asistimos a la celebración de la Santa Misa, y nos daba pena, porque él estaba enfermo, y casi no podía hablar; le temblaban las manos al pronunciar su homilía. Lo bueno es que nos dio la bendición, y fue una gran oportunidad, porque pienso que no siempre es el Papa el que nos da la bendición; muchos estaban lejos, nosotros estábamos cerquita del Papa. Fue un gran regalo.

En el año 2002, el comité de solidaridad de los cristiano de Italia, me invitaron como laico que era, para que hiciera un recorrido por Italia, dando un testimonio de la Iglesia de Guatemala, y lo principal, tengo que decir, que lo hice como parte de los laicos de la Iglesia en Ixcán. Acepté; me preparé bien y viajé junto con mi esposa. Para esta visita fuimos con mucho tiempo y, al final de todo el recorrido, lo sentí como una peregrinación, porque tuvimos la oportunidad de visitar algunos lugares de mucho significado para la fe, lugares de los que no había escuchado y menos que los hubiera visto. Estuvimos en la Catedral de San Marcos Evangelista, en Florencia... Luego visitamos Roma; me vino la idea de hacer un retiro en el Coliseo de Roma, donde ejecutaron tantos mártires cristianos. Pedí si se podía ver el lugar donde estuvo preso San Pablo, en la cárcel. Y los que nos dirigían estuvieron de acuerdo, y nos llevaron a ese lugar... Estuvimos tres días haciendo todo el recorrido por Roma; en cada lugar meditaba... Vi las

representaciones que muestran cuando tiraron a los cristianos frente a los leones; uno pagaba, y le colocaban como un teléfono, donde te explicaban cómo habían sido los sufrimientos de los apóstoles Pedro y Pablo en Roma.

Cuando llegué a la basílica de San Pedro... llegamos al sepulcro donde lo enterraron, en el Vaticano... Cuando llegué a la casa de los Jesuitas, un padre nos explicó cómo estaba enterrado San Pedro... Y cómo arriba de la tumba celebra el Papa, donde hace el juramento de ser el seguidor de San Pedro, pues el mismo Jesús así lo dejó, y sólo un Papa hay para todo el mundo. El Vaticano es un lugar pequeño, pero es respetado por todo el mundo.

Cada vez que he llegado a Roma, dos veces, ha sido como renovar el compromiso de seguir trabajando con la Iglesia, trabajando como Catequista, conociendo los fundamentos de la Iglesia.

Aunque por otro lado, también se puede ver que la Iglesia maneja muchos bienes, y es demasiado el poder que tiene la jerarquía. Hay muchos lugares de negocio, los museos son negocio... Y los padres allí sí son importantes.. Para llegar a ver al Santo Padre, el Papa Juan Pablo II, solicitamos el permiso 15 días antes, y luego tuvimos que pasar por el control de la seguridad, es como entrar con un rey, ¿verdad?

Pero mirando la otra cara, es muy maravilloso ver la entrega total de los seguidores de Jesús; cuando los apóstoles están en la cárcel, un niño que se llamaba Tarsicio, que participaba en las celebraciones de los Apóstoles, cuando daban la comunión, a él no se la daban por ser niño. Entonces, cuentan que él les llevaba el pan a los apóstoles que estaban presos en la cárcel. Cuando los soldados se fijaron que él llevaba la comunión a los encarcelados, lo mandaron matar por el camino, solo por darles la comunión a los encarcelados. Es triste escuchar la vida de este santo, pero es la realidad en los seguidores de Jesús.

Yo pienso que este fue el gran regalo que Dios me ha dado a través de las personas cristianas que nos invitaron y dieron su aporte económico para los pasajes y la comida. Gracias por ello. Yo

cuento mi historia, lo que he visto y lo que recuerdo de la vida de los Apóstoles.

QUIERO TERMINAR ESTA HISTORIA

En todo este relato no he contado todo lo que nos pasó; es casi imposible. Pero sí queremos ir juntando lo de todos, la vida de la gente, por lo menos desde 1983... Queremos que nuestros hijos y nuestros nietos conozcan esta historia. Se la tenemos que ir contando poco a poco. También es importante que la entiendan bien, porque hoy hay mucha confusión y ha vuelto el divisionismo.

Recuerdo que en una ocasión hablando con los niños todavía pequeños, pero que ya entienden algo, nos preguntaban: ¿y si uno no conoció al papá, porque se murió en la violencia, dónde podemos conseguir su foto? ¿Cómo pueden saber cómo era su papá? Otro niño decía: ¿Por qué Dios dejó al ejército aquí, si el ejército mata; por qué Dios lo creó? Y claro, teníamos que explicarles un poco que el ejército estaba allí, y llegó a reprimirnos, pero no lo creó Dios... Lo que sí es cierto es que todos tenemos un poquito de la historia; nadie puede decir que él sabe todo lo que sucedió en la violencia, y nadie de las comunidades puede afirmar que no sabe nada. Todos tienen un poquito, y no es cierto que solamente uno lo conozca todo, ¿verdad? Tenemos que pedir apoyo para hacer todo este trabajo... Hay que juntar las historias... ¿cómo podrán entender todo lo que nos pasó aquellos niños que están naciendo ahora, o que van a nacer dentro de algunos años? No se puede esconder la historia, que más que historia es la vida de la gente, sus sufrimientos, los dolores por perder a los seres queridos, la lucha para sobrevivir en medio de la guerra. No sólo es importante que lo conozcan nuestros hijos y nietos, sino que lo conozca el mundo, porque en la represión de nuestra gente también está la responsabilidad de otros países, los que venden armas, los que apoyan la violencia, los que mantienen la discriminación. Ahora nos toca luchar para que en Ixcán la gente viva mejor, en paz, con alegría, que se vea el desarrollo... Que los niños se acostumbren desde pequeños a respetar la vida de los demás, que la muerte es

lo que más nos aleja de Dios. Confiamos en seguir adelante sabiendo que Dios nos seguirá dando fuerzas para luchar por la justicia, la verdad y la dignidad de la gente.

Profetas mayas, gritad:
¡No morirán los quetzales,
Que llega la libertad!
La sangre de los leales
Nos ha salvado la herencia.
Población en resistencia,
Ponte de Pascua y de pie.
¡Ponte las galas de bodas,
Tú la más mártir de todas,
Santa Iglesia del Quiché!

*Pedro Casaldáliga
Obispo de São Félix do Araguaia, Brasil.
En el 25 Aniversario de la Diócesis de Quiché
28 de abril de 1992*



Foto de Jean Marie Simon
Soldado sobre el campanario de la Iglesia de Nebaj, 1983